Hugo José Suárez

El desencanto

editorial 3600

El desencanto

14 años del gobierno de Evo Morales

Hugo José Suárez

editorial 3600

El desencanto
14 años del gobierno de Evo Morales
Hugo José Suárez
Primera edición

© Hugo José Suárez

© Editorial 3600

Edición y producción
Editorial 3600
Teléfono 2415288
editorial3600@gmail.com
facebook.com/editorialtms
www. editorial3600.com

Director de colección
Willy Camacho

Cuidado de edición
Willy Camacho

Dep. Legal: 4-1-xxxx-20
ISBN: 978-99974-16-4-7

Impreso en Bolivia
2020

A José María Suárez

"En política uno nunca puede hacer nada excepto juzgar cuál de los males es el menor ".

George Orwell, *El poder y la palabra*[1]

"La historia no es un absoluto que se realiza sino un proceso que sin cesar se afirma y se niega. La historia es tiempo; nada en ella es durable y permanente. Aceptarlo es el comienzo de la sabiduría".

Octavio Paz, *Pequeña crónica de grandes días*[2]

"El poder no corrompe necesariamente a las personas en cuanto individuos, aunque no resulta fácil resistirse a esa corrupción. Lo que hace el poder, especialmente en tiempos de crisis y de guerra, es obligarnos a realizar actos que son inaceptables cuando los lleva a cabo un particular, y a intentar justificarlos".

Eric Hobsbawm, *Una vida en el siglo XX* [3]

---

1 Orwell, George. 2017. *El poder de la palabra,* Barcelona: Random House, p.265.

2 Paz, Octavio. 1990. *Pequeña crónica de grandes días,* México: Fondo de Cultura Económica, p.17.

3 Hobsbawm, Eric. 2003. *Una vida en el siglo XX*, Barcelona: Crítica, p. 137.

ÍNDICE

Introducción general 13

Primera parte: la ilusión (2005-2011)

Introducción 23

Columnas

15 de diciembre de 2006. *Contra la censura, pero en serio* (*La Época*) 27

3 de febrero de 2007. *Un año de Evo (La Época)* 29

28 de febrero de 2008. *Prólogo a la edición en francés del libro Bolivia país rebelde (2000-2006)* 31

11 de marzo de 2007. *Carta a una tía (La Época)* 35

9 de abril de 2008. *Unidad frente al fascismo (La Época)* 37

7 de mayo de 2008. *Mamarracho electoral: el Referéndum de Santa Cruz* 39

21 de mayo de 2008 *¿Dónde está Don Julio, Cardenal? (La Época)* 43

2 de julio de 2008. *Evo y Allende (La Época)* 45

29 de julio de 2008 *¿Dónde están los liberales?(La Época)* 47

1 de agosto de 2008 *¿Quién no quiere el referéndum en Bolivia? (La Época)* 49

15 de agosto de 2008 *¿Alguna vez existió la "media luna"? (La Época)* 51

29 de agosto de 2008. *La política encantada (La Época)* 55

30 de enero de 2011 *¿A dónde vas Evo? (La Época)* 57

6 de febrero de 2011. *Por la unidad de las izquierdas (Página Siete)* 59

5 de enero de 2012. *"En este país no hay futuro para mis hijos" (Página Siete)* 63

Un balance: Bolivia 2011 65
Inflexión histórica 65
Cooptación o expulsión 67
Héroes y traidores. 68

Segunda parte:
Algo huele mal (2017-octubre 2019)

Introducción 73
Columnas e intervención en redes sociales 77
24 de marzo de 2017. *Reacción a la reacción (El Deber)* 79
17 de diciembre de 2017. *Jueces, elecciones y política (El Deber)* 83
18 de noviembre de 2018. *Las enseñanzas de Nicaragua (El Deber)* 87
2 de diciembre de 2018. *Enseñanzas de Brasil (El Deber)* 89
30 de diciembre de 2018. *Ojalá (El Deber)* 91
10 de febrero de 2019. *Claves para entender el proceso boliviano actual (primera parte) (El Deber)* 95
24 de febrero de 2019. *Claves para pensar Bolivia (segunda parte) (El Deber)* 99
23 de junio de 2019. *No sé si quiero votar (El Deber)* 101
28 de agosto de 2019. *No MAS Evo (El Deber)* 103
24 de septiembre de 2019. *Evo en su peor momento (El Deber)* 107
30 de septiembre de 2019. 109
5 de octubre de 2019 110

13 de octubre de 2019 111
19 de octubre de 2019 112

Un balance: Bolivia a la hora del cambio (octubre de 2019) 113
Introducción 113
El cambio 114
La continuidad 118
Cambiando para conservar 121
Para concluir 124

Tercera parte: El descalabro (20 de octubre – 10 de noviembre del 2019)

Introducción 127
Columnas e intervención en redes sociales 129
20 de octubre de 2019 131
22 de octubre de 2019. *Votar en París (El Deber)* 133
21 de octubre de 2019 135
22 de octubre de 2019 136
24 de octubre de 2019 137
25 de octubre de 2019 139
26 de octubre de 2019 141
28 de octubre de 2019 142
30 de octubre de 2019 143
31 de octubre de 2019 144
3 de noviembre de 2019 145
4 de noviembre de 2019 146
5 de noviembre de 2019. *Evo en el precipicio*

(El Deber) 147
6 de noviembre de 2019 149
7 de noviembre de 2019 150
9 de noviembre de 2019 152
10 de noviembre de 2019 153
11 de noviembre de 2019 154
19 de noviembre de 2019.*Lo que Evo nos dejó (inédito)* 157
Por la paz, las elecciones y la democracia (El Deber) 161
3 de diciembre de 2019.
La decepción y la esperanza (El Deber) 163
17 de diciembre de 2019.
El poder y las ideas (El Deber) 167
31 de diciembre del 2019.
La ingenua esperanza (El Deber) 171

Un balance: Bolivia otra vez al borde del abismo
(11 de noviembre de 2019) 173

Para terminar y volver a empezar 183

Adenda 1. Tres lecturas y dos aprendizajes de octubre-noviembre 2019 191

Adenda 2. El eco de Octavio Paz 195

Introducción general

En 2011, Filemón Escobar, líder histórico de la Federación de Mineros, ideólogo y fundador del MAS, diputado y senador, escribe una tan lúcida como dramática sentencia sobre el gobierno de Evo Morales: "Qué ironía de la democracia que, al llegar a los seis años de gobierno del MAS, este se precipita en picada por la política de confrontación, por haber abandonado la ideología de la civilización andina-amazónica de la complementariedad y la reciprocidad, y por sustituirla por el socialismo de tipo y forma estalinistas"[4].

En ese momento, Morales todavía no había mostrado su potencial político, no había desplegado del todo su espíritu autoritario y su gobierno no dibujaba con claridad su rostro despótico. Y, sin embargo, Filemón, que como se decía de Víctor Paz podía ver debajo del pavimento, ya advertía que la descomposición estaba en camino, que la semilla de la ambición del poder total estaba sembrada y que más temprano que tarde llegaría el descalabro.

Este libro se ocupa del ascenso, del poder y de la caída del proyecto más lúcido y a la vez contradictorio de la historia contemporánea de Bolivia. Trata de las pasiones y la apuesta por una "revolución democrática" que dio frutos fabulosos y

4 Escobar, Filemón. 2011. "El evangelio es la encarnación de los derechos humanos…" en *Una respuesta a los ataques del MAS: la Iglesia Católica y su lucha por la recuperación de la democracia*, La Paz: Ed. Plural, p. 214.

horrendos al mismo tiempo, y de cómo la mezquindad carcomió sus bases y llevó el "proceso de cambio" al precipicio. ¿Qué pasó en Bolivia entre el 2006 y el 2014? Y, sobre todo, ¿cómo viví yo esta ilusión en sus distintos ciclos? Las respuestas a estas dos interrogantes nutren las páginas del presente volumen.

Escribo desde una posición de izquierda crítica, ecuménica, que no obedece a jefes, que no promueve monopolios de la verdad y de la interpretación, con voz propia, indisciplinada, apasionada por la diversidad, por la irreverencia, por la autonomía. Una izquierda que no se cuadra frente a estatuas, ni dogmas, ni doctos; que no se inclina ante los lineamientos intelectuales o políticos de un comité central o de los "líderes históricos". Una izquierda libertaria que, frente a la podredumbre que ve en frente, apuesta que otra izquierda es posible.

Y a la vez, escribo desde una izquierda adolorida, que es testigo de un castillo de cartas que se viene abajo más por errores internos que por arremetidas foráneas. Aquí no me encargo de los factores externos, de los conspiradores y de las decenas de acciones coordinadas en miras de tumbar a Evo por parte de lo peor de la política boliviana. Esto lo escribo desde adentro, con la sinceridad, el dolor y el desasosiego entre las teclas.

Si bien no es un texto de historia ni una cronología fiel a los hechos, conviene situar brevemente lo sucedido en el país para entender la razón de lo que viene.

Los catorce años de gobierno de Evo Morales se los puede dividir en distintos períodos, cada uno con sus propias características. El primero abarca del inicio de su gobierno, en 2006, hasta la aprobación de la Nueva Constitución y elecciones respectivas en 2009. Es el momento más épico de Morales, cuando tiene que lidiar con la recomposición de las fuerzas políticas que, asustadas frente a la posibilidad de perder sus privilegios y arrinconadas política y socialmente, reaccionan con virulencia utilizando todos los medios para impedir la agenda del presi-

dente. Luego de la compleja y, en muchos momentos, incierta batalla, Morales logra imponer su agenda y empieza a gobernar. Aprueba la Nueva Constitución y consolida un respaldo electoral impresionante, envidiable e inédito.

El segundo ciclo, de 2011 a 2019 es cuando el gobierno desarrolla su proyecto en múltiples dimensiones. En lo económico, implanta lo que llamó el "modelo económico, social, comunitario y productivo"[5] que dio notables resultados, todas las variables de la macroeconomía fueron aplaudidas por organismos internacionales, cosechando premios por doquier. El crecimiento sostenido fue de la mano de la formación de una clase media urbana y joven con capacidad adquisitiva y una drástica reducción de la desigualdad. A la vez, se empezó con una profunda política de descolonización que tocó las entrañas de una sociedad racista y colonialista como la boliviana y logró revertir algunas inercias. La rotación de élites en el aparato estatal, el impulso a figuras indígenas en las artes, la cultura y en las instituciones, las nuevas reglas en el ámbito laboral, generaron un notorio cambio profundo en la estructura del país. A la vez, el respaldo electoral fue contundente, probado en distintos momentos en las urnas. Sin embargo, es también en este período cuando surgen los problemas irreconciliables. Las rupturas internas son claras, el aparato de represión entra en acción, se implanta un tipo de uniformidad hegemónica del pensamiento que aplana la diferencia, surge el control de todos los tentáculos de la vida pública (medios de comunicación, justicia, sindicatos, agrupaciones). El movimiento del Territorio Indígena y Parque Nacional Isiboro Sécure (TIPNIS), en 2011, deja al descubierto que la idea de la "madre tierra" y el "buen vivir" promovida por el gobierno no es más que una bonita retórica. Los desacuerdos internos

5 Arce, Luis. 2015. *El nuevo modelo económico, social, comunitario y productivo*, La Paz: s.n.

son brutales, los cuadros más comprometidos que se alejan de Morales son marginados y castigados. En lo económico, se acentúa la continuidad con "el modelo colonial extractivista del capitalismo dependiente", como lo llama Raúl Prada. En lo político, como explico en uno de los apartados, se construye un modelo de gestión política que consiste en una figura presidencial fuerte, respaldo electoral, un sindicato de base fiel y excluyente, cooptación y división de movimientos sociales, control de medios, acuerdos estratégicos con sectores empresariales, y control de órganos de poder (legislativo y judicial).

Particularmente, Morales mostró la intención de manipulación del voto. Como es conocido, en febrero de 2016 llamó a un referéndum porque quería ser presidente por cuarta vez, y cuando perdió tuvo que acudir a una artimaña jurídica, argumentando que postularse a la presidencia es un derecho humano, lo que fue refrendado por el Tribunal Constitucional que habilitó su última candidatura. Así llegamos a las elecciones de octubre de 2019, en las cuales el MAS utiliza escandalosamente el aparato estatal para su campaña.

El último y más corto ciclo son los 22 días que suceden entre el día de las elecciones el 20 de octubre y su renuncia el 10 de noviembre. El país llega a un momento polarizado, pero sin que esté en juego propiamente el horizonte societal; la disputa entre Carlos Mesa y Evo Morales apunta más a la dirección del proceso que a su reconducción. El día mismo del voto comienza el conocido movimiento por la defensa del voto, las denuncias de fraude, los excesos de distintos tipos en todo el país que conducen a su alejamiento del cargo y su autoexilio en México. Las 48 horas hasta que asuma la presidencia Jeanine Añez son tensas y violentas, mientras que Morales, ahora en su rol de víctima desde la Ciudad de México, lanza dardos certeros con dramáticas consecuencias. Por su parte, Añez, posesionada, rápidamente muestra su rostro autorita-

rio, provocando matanzas inaceptables y reproduciendo las formas políticas de Evo.

Como lo he dicho, en este libro, siguiendo la organización de los tres ciclos del gobierno de Evo, recojo mis participaciones públicas en distintos medios. Empiezo por el entusiasmo de los primeros años, luego las dudas y la descomposición paulatina, y concluyo con las semanas de gobierno y la huida a México que muestran su último rostro. En este momento terminal del régimen, reproduzco mi indignación sin tapujos. Estoy pasmado frente a un gobierno en el que años antes creí apasionadamente y que ahora, por un lado interviene de manera escandalosa en el proceso electoral, y por otro monta una farsa espectacular con el relato del Golpe de Estado que no solamente coloca a Evo en el lugar de los agredidos, sino que lo redime de todos sus males, le perdona su pasado, lo dibuja como héroe y víctima. Miro las noticias y no puedo creerlo, me indigna y solo escribo mi desconcierto, imprimo en las letras mi asombro y decepción.

En los tres períodos he reproducido mis artículos (que salieron en varios periódicos de circulación nacional) y algunos ensayos más reposados, incluso en el último momento he recuperado mis participaciones en redes sociales, con sus arriesgadas implicaciones. Sé que se trata de un texto desigual que conjuga tanto una rápida intervención en Internet como el artículo más extenso y analítico, pero he querido presentarlos con transparencia al lector para que se pueda apreciar la pasión y el encanto de los primeros años hasta la desilusión de las últimas horas frente a la falsa retórica de Evo en el extranjero. También tengo conciencia de que escribo desde afuera del país, nunca tuve datos de primera fuente, todo se nutre de lo que decían los periódicos, las redes, los amigos y familiares, además de mis visitas vacacionales, charlas y entrevistas esporádicas con personas de distintas orientaciones y posiciones políticas. Hay muchas cajas oscuras, episodios no

contados, datos ocultos de lo sucedido en los entretelones de la política que irán saliendo poco a poco. Seguramente con los años tendremos una idea más fiel de lo que realmente pasó en el país, especialmente en los últimos días de la renuncia de Morales. Por lo pronto, en estas páginas van mis impresiones "en caliente" con la información que se contaba en el momento, intentando evitar las narrativas políticas explicativas dominantes, sea de un lado o del otro; no quise caer en la trampa de "esto es un golpe", "Evo era un dictador", o "estamos recuperando la democracia". Por las circunstancias mismas del tipo de reflexiones aquí reproducidas, queda claro que, como decía Mariátegui, "una valoración está siempre subordinada a su tiempo", por lo que cada letra corresponde al clima que primaba cuando fue escrita y con la información que en ese momento circulaba. Así deberán ser valoradas estas intervenciones en el futuro (por eso el estricto apego a la fecha de cada entrada).

Finalmente, he querido publicar este libro porque esta es la historia de una apuesta, quizás no equivocada, acaso ingenua, pero seguro desviada y descompuesta. Es una pequeña muestra de cómo pueden cambiar las personas y los proyectos, cómo la política tiene múltiples rostros y el poder puede desvirtuar las mejores intenciones. El tono crítico de estas páginas es para no olvidar los errores. La complacencia es mala consejera, especialmente para con los políticos. La experiencia del gobierno de Morales, exitosa, contradictoria y compleja, debió ser la perfecta ocasión para un balance profundo y crítico de los límites y aciertos de una agenda progresista, pero lo que escuchamos fue una ola apabullante de aplausos y defensa visceral de lo indefendible. Como colectividad crítica, perdimos la oportunidad de avanzar con base en la autoevaluación transparente de los errores, muchos prefirieron la trinchera y fomentar la brigada de los elogios mutuos. Este libro es una nota disonante en esa melodía.

Termino esta introducción en marzo del 2020, y el período referido concluye en diciembre del 2019. La política en Bolivia da muchas vueltas y va de prisa, las cosas pueden cambiar en inimaginables direcciones. Nadie sabe hacia dónde vamos, es parte de la disputa. Paz decía que "la historia es el campo de juego de la Fortuna (...), por eso es imprevisible"[6], y que "toda reflexión sobre la historia contemporánea termina en una interrogación"[7]. Es cierto. Queda este testimonio de un desengaño. Ojalá que al menos estas letras sirvan para aprender alguna lección. Por lo pronto, queda pendiente vivir el duelo por la muerte de un gran proyecto, luego del cual, acaso pueda renacer la esperanza.

París, julio de 2020

6 Paz, Octavio. 1990. *Pequeña crónica de grandes días*, México: Fondo de Cultura Económica, p. 37.

7 Ibíd., p. 57.

PRIMERA PARTE

La ILUSIÓN

2005 - 2010

Introducción

El 22 de enero del 2006 Evo Morales tomaba posesión como presidente de Bolivia. No estaba en el país, seguí su discurso por televisión. Lloré al verlo en el parlamento, mientras le ponían la banda presidencial. Me quebré con él. Sentía que se materializaba uno de nuestros sueños. Se hacía realidad aquello por lo que habíamos luchado tantos años. Luego de tantas muertes, tanto esfuerzo, estábamos logrando que un indígena, un cocalero, un sindicalista, un izquierdista llegara a la conducción del país. Decía que lloré con él, y lo aposté todo, me entregué sin reparos al proyecto. Creí firmemente que ahí se jugaba todo, que había llegado el tiempo de crear una nación diferente. Habíamos logrado lo imposible.

En ese período, entre 2005 a 2010, me subí al épico llamado de la historia. Estaba en México haciendo carrera académica, así que no volví al país. Mis amigos llegaron a la vicepresidencia, a los ministerios y a las embajadas. Supe con claridad que, de haber estado en Bolivia, habría ocupado uno de esos cargos. Me ofrecieron un puesto internacional de representación política, pero lo rechacé porque tenía que consolidar mi todavía naciente inserción en la universidad mexicana. Ganas no me faltaron, incluso dudé de permanecer en México. Desde mi posición, apoyé al proceso político sin miramientos ni reservas: escribí un libro para dar batalla a la homogeneidad mediática que en México presentaban a Evo como un irresponsable e incapaz; publiqué artículos de periódico en México y en Bolivia; di conferencias por donde me invitaban explicando y defendiendo el "proceso de cambio". Puse la pluma, mi capital simbólico, mi esfuerzo al servicio del proyecto colectivo. Saqué el nombre de mis mártires en mis

argumentos –lo que ahora no hago más–, sobre la mesa solté el recuerdo de mi padre, recordé a Allende, pensé en Luis Espinal. Me sentía responsable de cuidar, defender y contribuir. Sostuve acaloradas discusiones, me distancié de familiares y amigos, y me sentí hermanado a quienes impulsaban y conducían el programa.

En la introducción de mi libro *Bolivia país rebelde (2000-2006)*[8] –que entre otras cosas lo dediqué a mis cuatro abuelos, como homenaje a mi herencia boliviana–, escribía:

> Lejos están aquellos años en los cuales Bolivia aparecía en la sección de "noticias breves" de algún periódico importante. Cuando se la mencionaba se recordaba su lugar en el ranking de la pobreza (solo superado por Haití en América Latina), el rol del narcotráfico, el tema de la coca o alguna peculiaridad turística. Hoy no pasa semana en la cual el país no aparezca en los titulares de periódicos, telenoticieros y radios. Son varias las portadas que se le han dedicado, múltiples articulistas han reflexionado (a favor o en contra) en los medios más difundidos y prestigiados en todo el mundo. Está claro que algo se mueve en Bolivia que interesa a más de uno.
>
> En efecto. A partir del año 2000 emergen en Bolivia una serie de movilizaciones sociales de amplia magnitud que modifican el escenario social y que dan como resultado, en el ámbito político, la contundente victoria del líder indígena Evo Morales en las elecciones de diciembre de 2005, lo que sitúa al país como una referencia internacional. La Guerra del Agua, ocurrida en Co-

8 Suárez, Hugo José. 2007. *Bolivia país rebelde (2000-2006)*, México: El Colegio de Michoacán.

chabamba en abril de 2000, con la participación de más de 80.000 personas; el bloqueo indígena en La Paz, en septiembre del mismo año, llevado a cabo por 500.000 aymaras, y su repetición en junio de 2001; la movilización de las 30.000 familias cocaleras en varios momentos en los últimos años; la lucha de 100.000 vecinos de la ciudad de El Alto (en la zona metropolitana de la ciudad de La Paz) en la Guerra del Gas (octubre de 2003) para la defensa de los recursos naturales y la expulsión del entonces presidente Gonzalo Sánchez de Lozada; la permanente movilización de indígenas del oriente a través de marchas por el territorio hacia las ciudades capitales; los cientos de muertos y heridos en distintas movilizaciones; en suma, el país movilizado y resistiendo desde abajo hicieron que se abriera una nueva etapa en la historia nacional, se agotaba la forma política, económica y social impuesta por el neoliberalismo a mediados de los ochenta. Atinadamente, un grupo de intelectuales afirmaba que en el inicio del Siglo XXI se vivió el *Retorno de la Bolivia Plebeya*[9].Es que Bolivia es un país de masas, de sindicatos, de comunidades indígenas, de marchas y movilizaciones, de bloqueos, de demandas. Es un país donde la disputa por la conducción de la historia se la hizo desde la calle, y en ella el pueblo puso sudor, cuerpo y sangre (…)[10].

9 García Linera, A. (coord.). 2004. *El retorno de la Bolivia Plebeya,* La Paz: Muela del Diablo.

10 Suárez, Hugo José. 2007. Bolivia país rebelde (2000-2006), México: El Colegio de Michoacán, p.13-14

Dicho de otro modo, creí en Evo y en el "proceso de cambio", no sé si a ciegas pero como cree alguien con fe.

En lo que sigue se verán mis participaciones públicas en un tono abiertamente militante. He preferido dejar lo escrito prácticamente como salió en aquella época como testimonio de la magnitud de la apuesta. Mis argumentos y el uso del vocabulario responden a la discusión de aquellos años. Sentía que el gobierno de Evo estaba en el momento más difícil, asediado por la recomposición de los sectores más conservadores y había que cerrar filas, mantener un solo frente para no permitir que se volviera a atrás.

Pero poco a poco se empezaban a ver algunas fracturas y tensiones. En 2010, la disputa entre Juan Del Granado y Evo Morales me dolió y no la comprendí. Al año siguiente fui a Bolivia en un viaje familiar y pude hablar directamente tanto con Álvaro García como con Juan. Ambos me mostraban su versión de los hechos. Era como vivir un divorcio y sentirse jaloneado por los afectos y las fidelidades. A mí me empezó a quedar claro no solo que las cosas no iban del todo bien, sino que empezaban a surgir algunos rasgos perversos del "proceso de cambio". Escribí un texto sin la intención de publicarlo, solo apuntes, que luego los mandé a Bélgica y fueron editados en francés[11]. Empecé a perder la ilusión o la ingenuidad, pasé del enamoramiento inicial a la sorpresa por lo que tenía al frente. Descubrí otros rostros de la política real, rostros que hasta ese momento no había querido ni podido ver. La frustración empezaba a crecer.

---

11 Suárez, Hugo José. 2012, "Evo et l'évisme" en *Revue Antipodes*, n°197, Consultado en línea el 02/03/2020 en Antowww.iteco.be/revue-antipodes/Bolivie-le-developpement-et-la/Evo-et-l-evisme

15 de diciembre del 2006

(La Época)

Contra la censura, pero en serio

Sin avisar ni pedir permiso, hace un par de días me llegó un correo electrónico (traía el rótulo de "Carta Abierta") firmado por una organización llamada PEN Club Santa Cruz (Poetas, Ensayistas y Narradores) que abogaba por la libertad de expresión y el Estado de Derecho en Bolivia. En el escrito se informaba que Susan Sontag, Ramón Gómez de la Serna y Mario Vargas Llosa pertenecieron a tal institución y que defendieron a Salman Rushdie cuando fue agredido. El comunicado, que concluye con una imagen religiosa, apoya a Juan Claudio Lechín por su huelga de hambre y pide a los centros internacionales de PEN que observen con atención lo que pasa en Bolivia y defiendan la libertad de expresión.

Seguramente si Susan Sontag, que siempre apoyó las luchas sociales, supiera que su nombre está siendo utilizado para apoyar los oscuros intereses de una oligarquía racista y millonaria, alzaría la palabra. Me pregunto qué diría Rushdie de un mensaje que utiliza su capital simbólico para colaborar con una posición largamente inscrita en la derecha intolerante y que termina con una imagen de Jesús que da la bendición.

Lástima que algunos escritores cruceños despierten tarde a la historia; ¿dónde estuvieron cuando en Santa Cruz se apoyó el golpe militar de Banzer y se liquidaron a decenas de personas? ¿Dónde cuando se exiliaron y censuraron a cientos de periodistas? ¿Dónde estuvo su indignación cuando Goni mataba a 50 alteños en unas horas? ¿Qué soñaron mientras las dictaduras torturaban –sí, torturaban, es decir ponían electricidad en los testículos, metían cabezas en el inodoro hasta

la asfixia, extraían las uñas con alicates– a cientos de seres humanos? ¿Qué ellos no tenían dignidad? ¿No tenían que ser defendidos? ¿Quién es el que doblega al famoso Estado de Derecho cuando le da la gana y utiliza su nombre a su antojo?

Si se me permite, sin ser poeta, ensayista ni narrador, pido encarecidamente a PEN que lean algo de la historia de este país, que vean cómo durante siglos la oligarquía mató, descuartizó, torturó a miles de indígenas y campesinos; que se enteren que Santa Cruz es el lugar donde el racismo y la explotación de un grupo de empresarios es brutal y donde la impunidad se pasea libremente tomando calles, plazas y discotecas. Les pido, sin duda, que volteen hacia este país, este país de indios que está atravesando un momento muy difícil, cuyos principales responsables son unos pocos usureros –que no todo el maravilloso pueblo oriental– que utilizan lo que pueden –incluidos a los literatos– para buscar sus beneficios absolutamente personales. Cierto, que PEN, que organizaciones de derechos humanos y de defensa de la dignidad vuelquen los ojos hacia Bolivia, especialmente hacia Santa Cruz y la perversa historia de su élite, y veremos por quién doblan las campanas.

3 de febrero del 2007

(La Época)

Un año de Evo

Ha pasado un año de que festejamos uno de los momentos más importantes de la vida de la nación. En el país de los indígenas, un líder indígena fue el que asumió la Presidencia de la República. Aunque cueste creerlo, era la primera vez en casi 200 años de la historia de Bolivia.

Luces y sombras son el resultado de la evaluación de este tiempo de gobierno, pero no cabe duda que empezamos a ser más dignos, más democráticos, más equitativos. La tarea no ha sido fácil, la derecha caprichosa ha levantado sus banderas y, haciendo gala de su poca imaginación, ha retomado las formas de lucha de los movimientos sociales de izquierda –demás de su discurso- y se ha atrincherado en tierra oriental, desde donde lanza sus dardos al nuevo proyecto popular. Los empresarios han hecho huelga de hambre; los "niños bien" han salido a marchar para defender sus beneficios urbanos; los que han promovido y sostenido vínculos con las dictaduras han calificado a Evo como dictador y se llenan la boca de la palabra "democracia". En fin, no falta algún correo electrónico que recuerda la frase de nuestro himno "Morir antes que esclavos vivir", slogan que fue ampliamente utilizado por quienes luchamos contra la dictadura garcíamesista. Si ni para eso tienen creatividad.

Pero entre los tantos vaivenes, vale destacar la enorme presencia de Evo en el concierto internacional. Más allá de las estrategias de la derecha para deslegitimarlo, su prestigio es el más alto que haya alcanzado cualquier mandatario de Estado boliviano. Hoy en el mundo entero se habla de Evo, y cuando

se dice "Bolivia" ya no se menciona su pobreza o su vínculo con el narcotráfico, sino que se habla de un país de indígenas con iniciativas económicas y políticas novedosas, tal vez polémicas en algunas ocasiones, pero siempre interesantes.

Bolivia ha dejado de ser el lugar para que los neoliberales experimenten sus teorías, o para que burócratas copien el modelo económico chileno. Hemos pasado de ser el pequeño país sirviente, a ser una nación que, a pesar de sus debilidades y limitaciones, interactúa con dignidad en la vida política internacional y marca el ritmo de la historia de América Latina. Sin duda que, luego de este año, seguimos teniendo razones para festejar.

28 de febrero del 2008

Prólogo a la edición en francés del libro *Bolivia país rebelde* (2000-2006)[12]

Cuando se terminó de escribir este libro, a finales del año 2006, el panorama político y social boliviano tenía algunas características diferentes al actual. Luego de la derrota contundente del neoliberalismo en 2003 –con la expulsión del expresidente Gonzalo Sánchez de Lozada y su huida en helicóptero–, y de la victoria de Evo Morales en 2005 –con el 54% de los votos– empezaba una nueva etapa en la vida republicana de Bolivia marcada por el proyecto de "Revolución Democrática y Cultural".

El desafío no era solamente enfrentarse al neoliberalismo –como ya lo hicieron varios países vecinos–, tener una administración no corrupta, no hacer uso brutal e irresponsable de la violencia estatal, proponer reformas de tocador para paliar los problemas coyunturales del país. En suma, no se buscaba únicamente ofrecer un gobierno transparente, cercano al pueblo y sensible a problemas socio-económicos. La tarea era descolonizar las estructuras estatales, construir una nueva forma de ser nación, un nuevo estado moderno, plurinacional, autónomo, económicamente dinámico, igualitario e interactivo en el ámbito global.

Al menos tres deudas históricas había que empezar a resolver. La primera tenía que ver con el desfase entre cultura y Estado. Es sabido que tanto el marco legal como los múltiples símbolos nacionales nunca representaron a la población boliviana. Las mejores leyes, las más lúcidas iniciativas, no fueron

12 Suárez, Hugo José. 2009. *Bolivie, la Révolution démocratique*. Charleroi : Éditions Couleur Livres.

capaces de reflejar la complejidad cultural del país. El segundo desafío era revertir la perversa relación con los recursos naturales –que ha acompañado a la nación desde sus inicios– que consiste en la combinación de enormes riquezas que son mal aprovechadas por las élites. La burguesía boliviana, mediocre y limitada, no fue capaz de crear riqueza –no hablemos de distribuirla–, lo que tendría que haber sido, por principio, su principal función. Por último, lo más evidente, es la desigualdad socio-económica. El país se caracterizó desde siempre por las escandalosas distancias sociales y económicas, lo que condujo a tener en su seno grupos brutalmente diferenciados.

La agenda gubernamental para lograr los objetivos giró alrededor de, por un lado, la nacionalización de los hidrocarburos (mayo de 2006), y por otro, la creación de una Asamblea Constituyente (agosto del mismo año) cuya tarea básica era dotar al país una nueva Carta Magna.

La primera edición de este libro se terminó cuando el gobierno estaba en su primer impulso, y quedaba la pregunta de hacia dónde se dirigiría el país y cómo reaccionaría la oligarquía derrotada. Hoy, dos años más tarde, podemos ver que, por un lado, las iniciativas de la Revolución Democrática han tenido importantes implicaciones en miras de resolver las deudas históricas, y, por otro, ha nacido una nueva derecha violenta, racista y separatista que es la que hoy se mueve en el terreno político.

En este marco, la Asamblea Constituyente instalada en agosto de 2006 se convirtió en el escenario de batalla más conflictivo y durante varios meses el gobierno buscó llegar a acuerdos para lograr su cometido, pero consecutivamente la derecha utilizó artimañas de distinta índole para retrasar su trabajo e impedir el parto de una nueva carta magna. Incluso el Comité Cívico de Santa Cruz, en la región oriental, promovió a grupos irregulares muy violentos que golpearon a asam-

bleístas de origen popular, además de cometer una serie de abusos y atropellos inaceptables en una nación democrática.

Luego de varios meses de acción ilegal de estos grupos, la Asamblea tuvo que llevarse a cabo en un recinto militar, con cordones de ciudadanos de todo el país y protección policial para cumplir su mandato. A pesar de la adversidad, en diciembre del 2007 los asambleístas lograron aprobar en Oruro una Constitución que refleje las características multiculturales y pluriétnicas del país, incluyendo las demandas de autonomías departamentales e indígenas. En la actualidad, el artículo primero de la Nueva Constitución dice que "Bolivia se constituye en un Estado Unitario Social de Derecho Plurinacional Comunitario, libre, independiente, soberano, democrático, intercultural, descentralizado y con autonomías. Bolivia se funda en la pluralidad y el pluralismo político, económico, jurídico, cultural y lingüístico, dentro del proceso integrador del país".

A dos años del gobierno de Evo Morales, hemos visto cómo la oligarquía se ha reorganizado y ha mostrado su fortaleza particularmente en el oriente del país, desde donde lanza sus dardos al proyecto popular. Se ha empeñado en desconocer la Nueva Constitución en una táctica política que pretende desestabilizar al gobierno y promover estatutos autonómicos que están completamente fuera del orden jurídico. En esa dirección, ha realizado acciones ilegales y secesionistas, poniendo en riesgo la integridad de la nación. Estamos frente al nacimiento de una nueva derecha altamente agresiva y racista que tiene un radio de acción regional y que utiliza la exacerbación identitaria como una eficaz forma de movilización. No es descabellado decir que tenemos un nuevo tipo de neofascismo latinoamericano en acción.

Detrás del discurso de autonomía de este grupo, está una oligarquía terrateniente que se juega la vida y su futuro. Este proyecto político, que es promovido por Prefectos y Co-

mités Cívicos de algunos departamentos, tiene al menos dos componentes. El primero es la autonomía, entendida como la manutención de las estructuras coloniales de administración pública al interior del departamento, estructuras en las cuales, claro está, ellos son los más beneficiados. Así, no se contempla el reconocimiento de microrregiones y mucho menos de pueblos indígenas que tengan derechos en territorios también autónomos.

Un segundo elemento es el factor económico. La oligarquía cruceña había llegado a su techo, y su fortuna –alimentada sobre todo a partir de inversión estatal y favores ilegales en tiempos de dictadura– no podía ir más allá. En ese contexto, se abrió la posibilidad de la exportación de gas por el descubrimiento de recursos hidrocarburíferos. La administración de esos bienes hubiera significado para esa élite una efectiva inserción en el mercado internacional y la consolidación de su poder en el ámbito local, nacional y global.

La confrontación tan violenta en los últimos dos años responde a la lucha por dos ideas de país: uno arraigado en las estructuras coloniales de los siglos pasados que promueve a un grupo terrateniente en el ámbito económico internacional con la administración de los recursos naturales; y otro de origen popular que busca la construcción de una república moderna insertada en la economía global pero con equidad y con reconocimiento de la diversidad cultural y étnica en su interior.

A pesar de las dificultades y de la oposición derechista a la iniciativa popular, la Revolución Democrática ha dado pasos fundamentales y está en camino de construir un país plurinacional, que administre diversidad, unidad y equidad en un proyecto de nación moderna. Bolivia va para adelante, y ya no podrá ser detenida.

11 de marzo del 2007

(La Época)

Carta a una tía

Querida tía.

Te agradezco que me hayas enviado la revista boliviana Datos (N. 90) que trae el trágico episodio de la muerte de Christian Urresti, ocurrido el 11 de enero del 2007 luego de un violento enfrentamiento entre manifestantes de clase media autodenominados "jóvenes por la democracia" y campesinos cocaleros en Cochabamba (Bolivia). Efectivamente, cuando estamos lejos de esas situaciones, es difícil imaginar la magnitud de los hechos –yo que vivo en México, todo me llega de otra manera–. Leyendo el contenido de la revista, no puedo sino horrorizarme por la manera cómo murió el joven Urresti, condenar enérgicamente el hecho y pedir justicia para los responsables. Además, sabiendo que tus hijos lo conocían personalmente, y que tú frecuentas a la familia, les envío toda mi solidaridad. Imagino la ausencia, la injusticia, las preguntas del por qué suceden estas cosas, la indignación, la rabia. Imagino a los padres y sé que deben estar atravesando por uno de los dolores más desgarradores de la experiencia humana.

En contrapartida, y para que tú también estés al tanto de cosas que pasan y pasaron en nuestro país, pero que por la distancia social seguramente te llegan menos, te envío mi libro *Imágenes para no olvidar*. Ese pequeño texto lo publiqué cuando se cumplían 30 años del golpe de Hugo Banzer (en agosto del 2001), es decir que abarca la experiencia de la violencia de Estado en dictadura y en democracia (te recuerdo que el libro fue censurado y no me dejaron poner mi nombre).

En el libro podrás ver que durante la dictadura de Banzer desaparecieron y asesinaron a más de 100 personas. Podrás sentir

la angustia de Gladys Solón, a cuyo hijo se lo llevaron una tarde y hasta hoy no encuentra una tumba para ponerle flores. Pero también podrás apreciar que en democracia el Estado cometió cientos de atropellos. Entre 1987 y el año 2001, 45 cocaleros fueron asesinados, y hubo 400 heridos de bala en El Chapare (Cochabamba). Seguro que tu mirada se detendrá en el llanto de la madre de Ramiro Quispe, quien llora ante el ataúd de su hijo, asesinado el año 2000 en Achacachi (La Paz); no dudo que te conmoverás frente a la comunidad aymara que llora la partida de Hugo Aruquipa, que con sus 15 años encima salió a comprar útiles escolares un domingo en abril en Achacachi y las balas del Ejército le quitaron la vida.

Cierto, el libro termina en 2001, faltan los memorables episodios del gobierno del gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada: el descarado asesinato de más de 50 alteños en dos días en octubre del 2003, la muerte de Luis Zelaya Márquez –32 años– en Santa Rosa (Santa Cruz) por reclamar atención de las autoridades a sus demandas sociales; la operación de Sorata-Warisata (La Paz), donde murieron varios campesinos.

Ojalá que la partida del joven Urresti nos sirva para pensar cómo la violencia ha sido una de las formas de la política en Bolivia, y, aunque no tiene sentido hacer estadística de los muertos, quienes han asesinado constantemente a jóvenes indefensos, han sido sobre todo las distintas formas del autoritarismo de derecha, en ocasiones organizada en paramilitares, o amparados en estructuras policiales y estatales o simplemente grupos mafiosos. Ojalá que el inmenso dolor por el que atraviesan los tuyos, les abra el corazón para entender el dolor de la madre de aquella niña de 6 años muerta por bala en Warisata (La Paz) en 2003, cuya foto jamás encabezará una elegante revista como la que me mandas gentilmente. Ojalá que no hayan muertos de primera y de segunda, los que deben ser llorados –y homenajeados– y los que merecían ser asesinados. En fin, ojalá las lágrimas nos abran los ojos.

Te quiere, Hugo José.

9 de abril del 2008

(La Época)

Unidad frente al fascismo

Uno de mis libros de cabecera, obviamente, es *Los cuatro días de mi eternidad*, de Luis Suárez (Ed. Muela del Diablo, 2006), intelectual asesinado el 15 de enero de 1981 y considerado uno de los "mártires por la democracia". Acudo a él en múltiples ocasiones, y siempre encuentro respuestas nuevas en las mismas letras. Ante la coyuntura política actual, caí en un artículo escrito por Lucho –intitulado, precisamente "unidad frente al fascismo"–, publicado en el *Semanario Aquí* en junio de 1979 (cuando era dirigido por Espinal). El paralelo con lo que se reflexionaba hace tres décadas y la coyuntura actual es notable, solo hay que cambiar unos nombres, siglas y eventos.

En el texto se advierte sobre el proyecto de golpe que se gesta desde Santa Cruz movilizando grupos paramilitares en contra de la visita de Siles Zuazo a esta ciudad: "ante la incapacidad de ganar las elecciones, el expresidente prepara con teatral destreza un golpe para reimplantar el fascismo y terminar de saquear el país, eliminando esta vez a todos los dirigentes de izquierda que podrían oponerse a su actuar". En ese escenario, Lucho invoca a la unidad: "hablar del peligro fascista y de la necesidad de unidad de las izquierdas frente a él, es necesariamente brindar todo el apoyo posible al fortalecimiento de la COB y al triunfo de la UDP. Hostigar o atacar a una de esas organizaciones es, sin lugar a dudas, una actitud reaccionaria, porque facilita el advenimiento de los verdaderos enemigos de las clases trabajadoras".

Se puede hacer un paralelo, cambiar el apellido de Banzer por el de Marinkovic o Costas y la referencia a la COB y

UDP por las diferentes fuerzas de izquierda que hoy apoyan el gobierno de Evo Morales. Cambian los nombres, pero los sectores sociales y los proyectos de sociedad son muy similares. Lo que está en juego sigue siendo –un poco más, un poco menos– lo mismo.

Por eso considero proféticas las palabras con las que Lucho concluye su texto: "En este momento, o se está contra el fascismo, a través del apoyo a las opciones reales de defensa de la democracia, o se es cómplice de él. Que nadie le haga el juego a la derecha por una miopía de perspectiva histórica, porque será responsable ante el pueblo de su traición".

A treinta años, estamos en un momento similar. O avanzamos en el proyecto popular piloteado por Evo (más allá de todos sus problemas, límites y contradicciones), o favorecemos el fortalecimiento de las oligarquías regionales que a la vuelta de la esquina, herederas del espíritu autoritario banzerista, no dudarán en liquidar a quien se le ponga en frente si tienen más poder. Ojalá estemos a la altura de la historia.

7 de mayo del 2008

Mamarracho electoral: el Referéndum de Santa Cruz

En principio, todo demócrata que se precie debe aplaudir un referéndum, entendiendo que este será un mecanismo a través del cual los gobernantes someterán sus decisiones a consulta popular. Sin embargo, para que sea legítimo y sus resultados tengan alguna validez, un mínimo de requerimientos son indispensables –no solo necesarios–.

Evidentemente primero debe existir un árbitro neutral. En América Latina ha costado mucho construir instancias no controladas por los poderosos para que el voto no esté conducido ni manipulado. En el caso boliviano, la Corte Nacional Electoral es precisamente quien debe cumplir la tarea de asegurar que las reglas del juego estén claras para todos. Además, los que pretenden competir deben tener igualdad de condiciones para emitir publicidades y argumentos en medios públicos para que el votante tenga posibilidad de elegir con información relativamente plural y veraz. Todos los sectores implicados deben tener la posibilidad de hacer una campaña a favor de lo que creen que es la mejor opción. Por lo delicado de estos procesos, es recomendable contar con observadores internacionales de probada reputación y neutralidad que garanticen que no existirá ni fraude ni irregularidades. Finalmente, la gente debe tener libertad para participar en el proceso sin presiones violentas. Se trata, en suma, de buscar un escenario de competencia honesta y transparente entre propuestas, y evitar mecanismos que aplanen el verdadero ejercicio de voto popular.

Si bien todo lo señalado es obvio –imagino que materia de primer semestre de cientistas políticos–, en el caso de la

consulta realizada el 4 de mayo en Santa Cruz se violaron sistemáticamente todos y cada uno de los preceptos democráticos. La convocatoria se la realizó al margen de la Corte Nacional Electoral, acudiendo solamente a la Corte Departamental, que no tiene facultades para ello y que comparte escandalosamente intereses con la Prefectura y el Comité Cívico. El contenido de la boleta estuvo dirigida hacia una respuesta, la campaña solamente la hicieron quienes querían que ganara el "sí" y para ello utilizaron todos los medios, legales o ilegales, para promover su propuesta. Los votantes fueron cohesionados de distintas maneras para votar en una dirección y no se tuvo ni un solo debate de ideas de las partes. De hecho, fue una disputa sin oponente. En cualquier país una elección con aquellas características sería anulada inmediatamente.

En esas condiciones, el resultado es obvio: según distintas fuentes, cerca del 45% de la gente no participó. De los que sí votaron, la mayoría lo hicieron –evidentemente– por la propuesta oficial. El 4 de mayo se vivió la jornada electoral más violenta de la historia democrática de Bolivia, se quemaron ánforas, se golpeó a periodistas extranjeros y nacionales, comunidades indígenas enteras rechazaron la participación, barrios populares desenmascararon el fraude mostrando ánforas llenas con votos marcados artificialmente por el "sí", hubo un muerto, 18 heridos y 40 detenidos. Algún chofer de la Corte Departamental Electoral fue encontrado borracho transportando las ánforas desde Camiri hacia Santa Cruz, etc., etc. Ni hablar de los cientos de personas que se manifestaron en otras regiones del país en contra del mentado referéndum.

Pero claro, al final de la jornada, olvidando el proceso y las condiciones deplorables de su consulta, la Prefectura y el Comité Cívico realizaron una gran fiesta autoproclamándose vencedores. Cierto, confundieron lo que es hacer una verbena, con un proceso de participación popular. Tras este

resultado falseado, el principio político que parece promover la oligarquía cruceña es: "miente, miente que algo queda".

El referéndum impulsado por los terratenientes locales no es más que un mamarracho electoral, que viola normas, leyes, procedimientos y que se hace la burla del pueblo de Santa Cruz, de Bolivia en su conjunto y de la democracia que tanto ha costado recuperar y construir en el país. Su resultado y su forma no alumbran, sino que oscurecen el futuro de la región y de la nación.

21 de mayo del 2008

(La Época)

¿Dónde está Don Julio, Cardenal?

Amigos cercanos a menudo me contaban sus encuentros con Don Julio. Por sus relatos, y por conocer su trayectoria en la lucha por los derechos humanos y en contra de la dictadura, aprendí a apreciar a Julio Terrazas. Incluso alguna vez lo visité en Santa Cruz y tuvimos una agradable conversación, aunque no me dejó de llamar la atención la casa en que vivía, que estaba lejos de ser un recinto popular.

Cuando fue nombrado Cardenal (a principios del 2001), pensé que era una equivocación, pues el papa Juan Pablo II se caracterizó por evitar que en la élite eclesial participen sacerdotes de origen progresista. Festejé el nombramiento y sentí que todavía la iglesia católica podía transmitir algo de esperanza a sus fieles.

Pero el retrato de Don Julio rápidamente se fue desfigurando. Me asustó su cercanía con los organismos internacionales, sus afinidades con intelectuales de derecha y me pareció escandalosa la histórica foto en la cual él sale al centro rodeado por lo peor de la clase política del momento. Era la firma del "acta de entendimiento" en junio de 2001, cuando el Cardenal prestó su investidura y su capital religioso para dar un último respiro al mundo político en decadencia. Como siempre, se justificó el hecho con melosas palabras.

Los últimos años han terminado de modificar la imagen de Don Julio, y ha demostrado que debe ser llamado Cardenal. Tal vez el entorno cruceño lo asfixió, o la élite con la que comparte la tierra pudo enterrar a Don Julio, o simplemente el espíritu santo dejó de atravesarse por su camino. Lo cierto

es que no supo leer los "signos de los tiempos", y cuando los cristianos más pobres lo necesitaban, les dio la espalda. Cuestionó que los indígenas en Santa Cruz vivan en condiciones de extrema explotación muy similares a la esclavitud, volvió a prestar su capital religioso para consolidar a la oligarquía del lugar y participó en un referéndum que para todos es sabido que no solo fue ilegal sino además éticamente condenable y políticamente escandaloso.

¿Qué le diría Don Julio, el que supo enfrentarse a la dictadura, al Cardenal Terrazas que camina del brazo ideológico de los terratenientes cruceños?

Tal vez las palabras que Néstor Paz pronunció proféticamente hace ya tantos años sean de lo más pertinentes para nuestros nuevos actores religiosos: "Nos podemos sentar a leer largamente el evangelio como tantos señores Cardenales, obispos, pastores, que están muy bien donde están mientras el rebaño se debate en la soledad y el hambre ( ). Lastimosamente son los fariseos de turno".

Ojalá que el espíritu vuelva a tocar las puertas del corazón de Don Julio, que deje al Cardenal guardado y vuelva al lado de los cristianos oprimidos.

2 de julio del 2008

(La Época)

Evo y Allende

El jueves 26 de junio del 2008 se cumplieron 100 años del nacimiento de Salvador Allende, presidente chileno que fue asesinado en el golpe de estado encabezado por Pinochet en 1973. Los personajes de esa talla nos sirven no solo para rendirles homenaje en estatuas, sino para leer la historia que a nosotros nos tocó vivir y construir los puentes necesarios entre dos tiempos distintos. Por eso, al pensar en Allende, su vida, su proyecto y su muerte, no puedo dejar de traer a colación a Evo Morales y la situación boliviana actual.

En efecto, las coincidencias están a la orden. Los dos llegaron a la presidencia por elección popular (en el caso de Evo con porcentaje mucho más elevado), y decidieron que su proyecto socialista iba a ser ganado a través del proceso electoral y no por la vía armada. En su política internacional, Morales y Allende reforzaron sus vínculos con países condenados por Estados Unidos (Santiago recibe a Fidel Castro por tres semanas). Sus programas de gobierno implicaron un proceso de nacionalización de recursos estratégicos (del cobre en Chile, del gas en Bolivia), y reformas económicas y sociales que afectaban el corazón de los intereses tanto de la élite local como de las transnacionales. Así, rápidamente se crearon anticuerpos en sus países y en las naciones del llamado "primer mundo" que formaron un pacto perverso buscando cualquier camino para derrocarlos. En una escandalosa alianza antidemocrática y antinacional, las oligarquías boicotearon cualquier iniciativa local, sea en lo político o en lo económico. En las dos naciones, la derecha, apoyada por Estados Unidos, creó

e impulsó grupos irregulares (como la Juventud Cruceñista en Bolivia o la policía secreta de Pinochet en Chile) que se encargaron de realizar atentados de distinta magnitud a representantes populares. Varios sectores impulsaron un clima de violencia y desestabilidad que pretendieron precipitar hacia la confrontación interna y el uso de la fuerza. Las dos derechas buscaron cualquier medio para derrocar a los presidentes democráticamente elegidos, y en el caso chileno lo lograron a través del sangriento golpe que es altamente conocido.

Quizás lo más significativo es que tanto el proyecto de Allende como el de Morales dibujaron las bases de cómo debe ser una nación socialista moderna, apoyada en la democracia, en la soberanía nacional, la autodeterminación, la justicia y la equidad; y por supuesto, los reaccionarios de siempre actuaron en consecuencia.

Cuando Salvador Allende se vio asediado por la derecha chilena que exigía su salida, dio un mensaje profético que ahora se lo puede aplicar casi textualmente para el contexto boliviano y el presidente Evo Morales: "soy un luchador social que cumple una tarea, la tarea que el pueblo me ha dado; pero que lo entiendan aquellos que quieren retrotraer la historia y desconocer la voluntad mayoritaria de Chile: sin tener carne de mártir, no daré un paso atrás; que lo sepan: dejaré La Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me diera. Que lo sepan, que lo oigan, que se lo graben profundamente, defenderé la revolución chilena y defenderé el gobierno popular porque es el mandato que el pueblo me ha entregado; no tengo otra alternativa, solo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo".

Habrá que gritarles fuerte a la oligarquía boliviana de hoy las mismas palabras. "Que lo sepan, que se lo graben profundamente": la historia del golpe en Chile en el 73 no se repetirá en la Bolivia de hoy. El pueblo boliviano dio su voto a Evo Morales, y ese es el mandato que se debe cumplir.

29 de julio del 2008

(La Época)

¿Dónde están los liberales?

Cuando volví de Bélgica a Bolivia, en 1998, tuve una conversación con uno de los promotores de la democracia liberal que me dijo más o menos lo siguiente: "si somos consecuentes demócratas, tenemos que apoyar a Hugo Banzer" –entonces presidente que había ganado las elecciones–. Su argumento no me convencía, pues más allá de que el procedimiento para que ese personaje llegara a ese lugar haya sido relativamente sensato –subrayo lo relativamente–, mis convicciones éticas no me permitían apoyar a un exdictador –bajo ninguna circunstancia– que mandó a liquidar a cientos de personas, exilió a otro tanto, desapareció a más, apoyó el asesinato del principal impulsor de un juicio en su contra: Marcelo Quiroga Santa Cruz.

Traigo a colación esa conversación porque me da la impresión de que tras la máscara de los pensadores de la democracia liberal en Bolivia se esconden auténticos conservadores de una nueva derecha, que, por cierto, nutren de argumentos a los rostros públicos de esa tendencia política (algunos prefectos y dirigentes de comités cívicos).

Cuando Evo Morales subió a la presidencia, con el doble de resultado electoral de Banzer, no escuché las voces de apoyo de aquellos que defendían al dictador por haber ganado una elección. Sus razones empezaron a surgir cuando acusaron a Evo de no regirse por las leyes y, ahí sí, pusieron el nombre, la pluma y el cuerpo –hasta hicieron huelga de hambre– defendiendo lo que entendían por democracia. Se opusieron así con un formalismo ortodoxo a lo que era

el clamor popular –respaldado en las urnas– de un cambio constitucional.

En los meses de la cascada de referéndums autonómicos de cuatro departamentos del país, que no cumplieron con ninguna de las reglas básicas de cualquier proceso de votación, los "demócratas liberales" brillaron por su ausencia. Su palabra, su cuerpo, su nombre no aparecieron para denunciar un proceso abiertamente anticonstitucional y antidemocrático.

Ahora que estamos a unas semanas del referéndum revocatorio, donde efectivamente se quiere preguntar al pueblo de la manera más franca –y hasta arriesgada para el presidente– si quiere que continúe el gobierno nacional y los departamentales, los "demócratas liberales" vuelven a guardar silencio. Nuevamente, si pretendieran ser consecuentes, tendrían que impulsar y defender la consulta popular porque esta se inscribe en los procedimientos legales y es un ejercicio democrático de mayor envergadura (el primero en la historia del país).

Pero no, ahí están codo a codo –unos de manera más pública, otros entre las sombras–, con las posturas de la nueva derecha boliviana. Por eso, por el lugar en el campo de poder que han tenido en los últimos años de manera recurrente, no puedo si no concluir que la máscara de los "demócratas liberales" esconde una visión derechista de país. Y por último, es claro que ningún auténtico demócrata y liberal serio podría avalar sus posiciones.

1 de agosto del 2008

(La Época)

¿Quién no quiere el referéndum en Bolivia?

Hace algunas semanas, cuando las elites empresariales regionales proponían un referéndum autonómico, me pareció que la iniciativa era positiva como una consulta popular que siempre es bienvenida (similar a un sondeo de opinión pública), pero inaceptable como una convocatoria con resultados vinculantes por no inscribirse en los marcos legales y violar todos los preceptos de un proceso participativo de decisiones y, por tanto, de la democracia.

Hoy nos enfrentamos a una situación completamente diferente. El gobierno de Evo Morales convocó a un referéndum revocatorio en un momento en el cual la derecha lo acorralaba y bloqueaba cualquier iniciativa suya. El razonamiento, más que político, parecía ser fundamentalmente democrático: que sea la gente quien decida el rumbo del país. Hasta ahora no hubo presidente en Bolivia que tenga la valentía de someter su mando, más allá de haber ya ganado una elección con el 54%, a una nueva consulta popular.

Si bien imagino que la decisión tuvo un inevitable cálculo político, fue sobre todo constatar que Bolivia no podía seguir por el camino de la división y que para dirigirse en una dirección se requiere que el pueblo decida el horizonte, y los demás, en lugar de dedicarse a poner zancadillas, acaten la decisión de las mayorías y realicen sus críticas en los lugares y formas establecidas para ello.

El proceso del referéndum revocatorio cumplió los pasos regulares que exige la ley, e incluso dio la oportunidad para que la oposición pusiera todas las trabas posibles en las

instancias que controla (como el senado). Pero a pesar de pasar por las instituciones indicadas para su realización, el referéndum revocatorio está siendo atacado por distintos medios.

La pregunta es por demás obvia, así como su respuesta. ¿Quién no quiere el referéndum y por qué? Empresarios, partidos de derecha, prefectos que temen perder, medios de comunicación claramente casados con las elites, comités cívicos dominados por la oligarquía y alguno que otro funcionario público vinculado a sectores políticos conservadores.

No quieren el referéndum los que siempre apoyaron una salida autoritaria (sea dictadura o "democracia pactada"), los que se han visto afectados por las medidas del gobierno, los que nunca estuvieron de acuerdo con escuchar la voz de la gente para tomar decisiones colectivas. En verdad no quieren el referéndum los que nunca fueron demócratas. Por eso, hoy más que nunca, la lucha por la democracia implica la lucha por la realización del referéndum, de lo contrario estaremos volviendo al escenario dictatorial, pero con nuevos rostros y nuevos mecanismos de dominación.

15 de agosto del 2008

(La Época)

¿Alguna vez existió la "media luna"?

Los resultados del referéndum revocatorio vienen a romper varios mitos que fueron mediáticamente creados y políticamente defendidos sobre el proceso político boliviano. Veamos.

1. Evo ha perdido el apoyo popular. Fue ampliamente difundido y argumentado en correos electrónicos, periódicos, programas televisivos, etc., que el presidente ya no tenía el respaldo que tuvo hace dos años, pues sus acciones políticas habrían sido sistemáticamente erróneas. Como vemos con los datos, Evo Morales es apoyado por el 67% de la población (13 puntos porcentuales más que en 2005), lo que es un resultado inédito en la historia del país. Si este resultado hubiera sido una elección, el MAS tendría mayoría tanto en la cámara de diputados como en la de senadores, lo que facilitaría la gestión de gobierno.
2. Hay regiones donde el presidente "no tiene pisada". Los días antes del referéndum se realizaron tomas de aeropuertos en Tarija, Pando y Santa Cruz, recordando esa torpe tradición golpista de impedir que contrincantes políticos lleguen a otras tierras, tal como sucedió cuando candidatos de la Unión Democrática Popular visitaban Santa Cruz y el aeropuerto El Trompillo fue tomado por grupos armados, allá a finales de los 70 (parece tan lejano, y sin embargo). Incluso no se permitió la llegada del mandatario a Sucre con amenazas y condiciones completamente descabelladas. Esos grupos ultraradicales que con banderas locales pusieron en vergüenza internacional al país, querían mos-

trarse –y los medios así lo hicieron– como una mayoría aplastante que repudiaba a Evo Morales. Los datos del referéndum nos dicen que en Tarija el 50% de la población hubiera esperado esa visita, en Pando el 53%, en Chuquisaca el 54%, y en Santa Cruz al menos el 40%. Es decir que la bochornosa toma de aeropuertos fue realizada por un sector particular que no tiene el respaldo de la mayoría de la población.

3. La "media luna" es un frente homogéneo que no aprueba el plan de Evo Morales. Gracias a los medios y a ciertos sectores políticos, daba la impresión de que el país estaba dividido en dos, una región claramente a favor de Morales y otra radicalmente opuesta. Resulta que la realidad no es así. Como lo acabamos de señalar, el presidente tiene apoyo en el 54% de la población en Chuquisaca, el 53% en Pando, el 50% en Tarija. La mal llamada "media luna" no es más que una asociación de empresarios que resguardan sus intereses, particularmente hermanados en Beni y Santa Cruz (y no hay que olvidar que la oligarquía cruceña mira como inferiores a los benianos). La "media luna" no existe, lo único que hay es una alianza de algunas élites que, en la mayoría de los casos dando la espalda a su propia población (particularmente en Tarija y Pando), y realizan pactos políticos para defender los negocios empresariales.

En suma, en el caso de Pando, Tarija y Chuquisaca, si los prefectos fueran verdaderamente demócratas y pretendieran representar a su población y no a las oligarquías de su región, deberían apoyar a Evo Morales, o al menos dialogar para encontrar los puentes entre el proyecto nacional y el departamental. En el caso de Santa Cruz y Beni, si estos prefectos se condujeran con un mínimo principio democrático, tendrían que escuchar a sus minorías locales (cuatro de cada diez benianos y cruceños) y atender las demandas de las ma-

yorías nacionales (si quieren todavía vivir en una República llamada Bolivia).

Con los resultados del referéndum, se puede afirmar que no hay región en el país que no cuente con un amplio conglomerado humano que esté a favor del presidente y su proyecto de cambio, aunque el porcentaje varíe de acuerdo a las regiones (como sucede en cualquier lugar del mundo). En la historia de Bolivia, no ha existido un proyecto societal que haya alcanzado tal consenso. Ningún programa político, ningún líder logró lo que Evo Morales. Hoy queda claro que el deseo del pueblo boliviano es seguir por el camino de la revolución democrática que encabeza el presidente, y esa voluntad se debe acatar.

29 de agosto del 2008

(La Época)

La política encantada

A los bolivianos nos gusta hablar de política. En las calles, en el micro, en el café, en el almuerzo. En oriente, en occidente, en las ciudades, en los pueblos, en el campo. Vivimos de la política, y ella es parte de nuestro día a día. Pero la intensidad va variando de acuerdo a la coyuntura particular.

Entre los años 60 a 80, es decir el período de la dictadura y la recuperación democrática, hablar de política implicaba una apuesta vital. Tener una voz podía costar la vida, y muchos la dieron por defender su posición. Del otro lado, a la derecha también le fascinaba la política, y sentían la responsabilidad –y mandato– de matar a quien consideraran un peligro para el país (y así lo hicieron).

Pasada la euforia de vuelta de la democracia, poco a poco el entusiasmo fue desapareciendo, y en la arena política se quedaron los sectores directamente involucrados, como sindicatos o partidos políticos. Nació un nefasto personaje que fue el político profesional, que salía en tele, hacía discursos, compraba votos, repartía pegas. Su perfil cada vez más burocratizado hacía de él un ser poco atractivo, y la política era un instrumento para lograr una posición en el Estado.

Fueron los movimientos sociales del año 2000 que le pusieron otra vez sal y pimienta al quehacer político. De ahí a nuestros días, la temperatura se ha vuelto a calentar. Hoy de nuevo todos hablan de política apasionadamente. Las discusiones dividen a familias en dos bandos; amigos de mucho tiempo vuelven a desempolvar sus discrepancias, y las furias

salen en correos electrónicos y conversaciones cotidianas. La emoción está en el centro de la vida política.

El peligro de momentos en los que las pasiones son las que priman es que nos falta poco para dar el primer golpe al que piensa diferente de nosotros. Estamos, pues, en las puertas del *tinku*, y no hay quién controle nuestras furias.

Pero hay un segundo elemento que transcurre la cotidianidad pública en la actualidad: el desplazamiento ideológico. Antes de empezar una charla, considerando lo caldeado de los ánimos, conviene estar seguro de la posición del otro. Y es que en los últimos años muchos que eran de izquierda se han ido a la derecha, y otros que eran de derecha pasaron a la izquierda. Razones hay cientos para explicar uno u otro tránsito, pero es mejor no correr riesgos antes de abrir la boca.

El tercer y último elemento es la reasignación de contenidos a términos políticos. De pronto la palabra democracia aparece en boca de aquellos que jamás la defendieron; la "huelga de hambre" empieza a ser una expresión de la derecha, y no falta quien le dice a Evo, que tiene más del 67% de apoyo, que es dictador. Los términos hoy son manoseados a gusto del cliente.

De este *chenko*, cualquier cosa puede salir. Pasado mañana pueden los ex dictadores, diciendo que son demócratas, impulsar salidas brutalmente violentas (de hecho ya lo están haciendo los cívicos cruceños, tarijeños y chuquisaqueños). En fin, parece que conviene abrocharse bien los cinturones.

Por mi parte, tengo claro que siempre he sido apasionado de la política cuando esta implica defender los derechos de los más desprotegidos, la libertad y la justicia. No me he desplazado ideológicamente (aunque espero haberme renovado y crecido), sigo siendo de izquierda, y no confundo democracia con dictadura. Con mis furias a flor de piel, sigo siendo simpatizante del proyecto de cambio que encabeza Evo Morales.

30 de enero del 2011

(La Época)

¿A dónde vas Evo?

Desde que Evo Morales llegó a la presidencia, he sido un militante defensor de su proyecto. He difundido sus políticas en foros y plazas, escrito artículos y libros, porque tengo claro que él representaba un ineludible ajuste con la historia. En la distancia donde me encuentro, le he dedicado horas a la lectura de periódicos y correos, me he enfrascado en discusiones eternas argumentando a su favor, y me ha hervido la sangre cuando escuchaba tanta tontería que se decía en su contra.

Pero pasadas las principales tormentas, las elecciones municipales de 2009 empezaron a preocuparme. No entendía cómo, en el caso de La Paz, el MAS lanzaba una artillería espantosa contra Juan del Granado y Luis Revilla, hombres honestos, de izquierda, solidarios y que en los momentos más duros del gobierno, no dudaron en apoyar al presidente, poniendo en juego sus propios capitales políticos. Me parecía comprensible que se suba el tono de campaña, pero no consideraba lo más pertinente llegar a los extremos discursivos. Siempre tuve presente la idea de que el peor enemigo de la izquierda era su capacidad de autodestrucción y división, y eso veía emerger en aquellos debates.

Pero ahora las cosas están asumiendo un rumbo patético. En verdad me cuesta creer que el gobierno se esté empeñando en poner al banquillo de los acusados a Juan y Luis. No puedo creer que utilicen todos los canales –legales, políticos o autoritarios– para eliminar a piezas clave de la construcción de la nación. Duele. Me invade un sentimiento similar a cuando veía la paulatina descomposición del MIR de Jaime Paz en los

80, que emborrachado por el poder perdió el norte y, poco a poco, se fue convirtiendo en un espantoso espectro. Son otras razones, otras circunstancias y caminos, pero desde esta tribuna de observador que me toca en los dos procesos, veo como el tiempo y el poder son capaces de obnubilar los más nobles ideales. Siento un asco parecido. Veo cómo el MAS va transitando de ser un partido de esperanza, pilar de un proyecto socialista, a un autoritarismo que apunta su artillería no hacia la derecha sino hacia el surgimiento de nuevas izquierdas que tendrían mucho que contribuir. En vez de apoyar, destroza. En vez de dialogar, acusa. En vez de encontrar puentes, subraya las diferencias. En vez de impulsar una sana diversidad progresista, se refugia en la homogeneidad destructiva.

Siempre he pensado que el enemigo principal del proyecto socialista, más que la oligarquía oriental, eran las propias lógicas perversas del MAS que podrían acabar con Evo. El principal enemigo de Evo es el MAS, y en cierto sentido, una parte del propio Evo.

Estás a tiempo, Evo. Albergo la esperanza de que todavía se pueda rectificar esa actitud de rey chiquito, mirar al país como un estatista y a la historia como un gigante. Antes de convertirte en el corta-cabezas de lo que pudiera hacerte sombra. Escucha las voces de tu pasado, piensa en el futuro del país y del proyecto, mira adelante, más allá de ti mismo –¿qué hay después de la era de Evo?– y de los intereses puntuales de quienes te rodean; identifica con mayor claridad a los enemigos, a los adversarios y a los aliados. Suma, no restes. Construye, convoca, invita; no fiscalices y condenes erróneamente. Solo así será posible creer que esto va a largo plazo, que no estamos asistiendo al inicio del fin, y que el sueño no empieza a convertirse en pesadilla.

6 de febrero del 2011

(Página Siete)

Por la unidad de las izquierdas

Hace un par de semanas, cuando se intensificó la artillería del gobierno contra Juan del Granado y Luis Revilla –días antes del gasolinazo–, escribí el artículo "¿A dónde vas Evo?" en el que criticaba los ataques al MSM. El pequeño texto circuló por internet, fue reproducido en la red en páginas que ni conocía y recibió una serie de comentarios. Pero también confieso que me asustó empezar a aparecer en listas de envío de personajes muy desagradables con quienes no comparto nada. Me asusta pensar que algunas personas me hayan leído como un aliado. Por ello, me permito una reacción a la reacción, para lo cual propongo una apresurada clasificación de los comentarios recibidos que, creo, refleja parte de las disputas discursivas actuales en Bolivia.

Un primer grupo, que podría denominar los legalistas, me critican por indignarme por lo que le pasa a Juan y quedarme callado, por ejemplo, cuando se mide con la misma vara a Cossío o a Fernández. En el fondo se me acusa de oportunista y de poco apego a la defensa de las nobles leyes que ciegamente deberían ser las mismas para todos, sean de izquierda o de derecha (en México me hubieran dicho: "o todos pelones, o todos rabones").

Una segunda orientación –diríamos el neo progresismo desplazado– es la de quienes coinciden plenamente con mis críticas –aunque lamentan que me haya dado cuenta tan tarde (¡después de 5 años!) de que el gobierno es un desastre– y que me dan la bienvenida al mismo bando. Es un sector nutrido

tanto por exizquierdistas, como por otras orientaciones que, con diferentes grados, toman distancia crítica del proyecto.

El tercer tipo de reacción le pertenece a quienes de plano ven en mí un traidor que por mi origen étnico o de clase tenía que acabar al lado de la derecha. Se trata de una izquierda ortodoxa que todo lo diferente lo evalúa con la dicotomía fiel/traidor, digna compañera de la pareja amigo/enemigo.

Por último, he recibido muy gratos comentarios de aquellos con los que me identifico, que leyeron en lo mío una crítica desde el interior, como sanas discrepancias que tienen la intención de fortalecer el proyecto de Revolución Democrática, tratando de impedir que se carcoma y que sus principales actores sean los responsables de su autodestrucción. Es lo que he denominado hace años como una izquierda ecuménica.

Y esta posición la alimento de dos fuentes. Por un lado, recuerdo un artículo de Luis Suárez, que lo tituló "Unidad contra el fascismo", publicado en el semanario Aquí (16-22 de junio de 1979). En él se hacía un análisis sobre la fuerza de la derecha –entonces alrededor de Banzer– y de la necesidad de la unidad de las izquierdas para la construcción de un proyecto popular. Por otro lado, tengo muy presente la amplitud del llamado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en México, que en uno de sus primeros comunicados, en junio del 96, decía: "El zapatismo ( ) solo sirve, como sirven los puentes, para cruzar de un lado a otro. Por tanto, en el zapatismo caben todos, todos los que quieran cruzar de un lado a otro. Cada quien tiene su uno y otro lado. No hay recetas, líneas, estrategias, tácticas, leyes, reglamentos o consignas universales. Solo hay un anhelo: construir un mundo mejor, es decir, nuevo".

Ese espíritu libertario y fraterno es el que me invita a criticar lo más sana y duramente posible, lo que considero un error de Evo Morales, apelando a que no hay dogmas incues-

tionables ni profetas intocables en una verdadera izquierda. Pero no hay lugar para equivocarse: tengo la certeza de que el proyecto emprendido por el presidente es lo mejor que le ha pasado a Bolivia en toda su historia. Pero en esa tarea me pregunto puntualmente –apelando al conflicto con el MSM– cuánta distancia existe –más allá de coyunturas, elecciones, personajes o personalidades– entre lo que propone Juan y lo de Evo. ¿Son realmente irreconciliables? ¿No serán más bien más tremendamente coincidentes, necesarios y complementarios? Por eso, sin duda que si el escenario fuera distinto, si Juan del Granado estuviera en función de gobierno incriminando a Evo Morales, alzaría mi palabra para denunciar lo que me parecería una barbaridad.

En suma, creo que la historia nos ha enseñado que solo la unidad –en la diferencia, en el diálogo, en el encuentro, en la crítica fraterna y aguda– es la que nos permite pensar en un proyecto socialista. Se me podrá criticar de ingenuo, y seguramente tendrán razón: siempre he estado empapado en la política, pero nunca en el poder, por lo que no conozco los encantos y argucias de la bella dama. Pero creo, sinceramente, que si no sabemos poner la mirada colectivamente en el futuro más allá de nuestras diferencias, seremos los responsables de la estrepitosa debacle del proyecto más importante del siglo XXI.

5 de enero del 2012

(Página Siete)

"En este país no hay futuro para mis hijos"

En una de las reuniones de fin de año, escuché de una familia boliviana que vive en la Ciudad de México el siguiente comentario –por cierto, nada nuevo–: "dejamos Bolivia porque como está la situación no hay futuro para nuestros hijos". La frase la he escuchado cientos de veces en personas que, luego de la llegada de Evo Morales al gobierno en 2006, no dejan de sentirse acorraladas. Tal afirmación viene de una clase media que se autopercibe amenazada, tal vez con relativa razón, por los cambios estructurales. A las pocas personas de la élite que conozco en el país, no les he oído el mismo argumento. Algunos de ellos, los de mayor raigambre racista, repiten la sentencia con un tono elevado; pero otro sector, el más estratégico, se siente muy bien con el gobierno. De hecho, sabemos que la banca ha ganado más con Evo que con Goni, sus fortunas han crecido de manera más acelerada con la Revolución Democrática que con el neoliberalismo. En el país hay plata, mercado, crecimiento, estabilidad; el espacio para hacer dinero en una sociedad con mayores ingresos es muy amplio, solo se debe tener creatividad y despojarse de prejuicios. Así lo han entendido algunos, y para quienes vivimos fuera del país y volvemos de tiempo en tiempo, es notoria la transformación. Un pequeño paseo por la zona sur –no solo la de Juan Carlos Valdivia– muestra las construcciones en Calacoto o los nuevos templos del mercado y la cultura norteamericana como el Megacenter de Irpavi o el Multicine de la Av. Arce. La sociedad paceña –o la sureña– con Evo vive más cercana a la lógica de consumo estadounidense que con Sánchez de Lozada.

¿Pero entonces por qué la clase media no proyecta su futuro con el presidente indígena? ¿Por qué se siente incómoda? Podría aventurar la hipótesis de que, efectivamente, es ella la que perdió parte de sus privilegios. Por un lado, en la vida cotidiana sus posibilidades de emular a la aristocracia se redujeron: claro ejemplo es que en estos tiempos es una hazaña mayor conseguir empleada doméstica. Abundan las conversaciones donde las señoras clasemedieras se quejan de "estas cholas alzadas" que "habían querido tener horario, vacación, derechos, saber en qué va a consistir su trabajo" (es decir los elementos básicos de un contrato de laboral en cualquier Estado de derecho). En muchas reuniones familiares he escuchado a misma cantaleta. Pero por otro lado, la posibilidad de que la administración pública se convierta en el mecanismo de ascenso social se ha reducido. La rotación de élites impuesta por Evo ha implicado que los cargos burocráticos sean ocupados por personas cuyas credenciales fueron construidas en las luchas sociales y no en la Universidad Católica Boliviana, por lo que la promesa de que el estudio en una escuela privada iba a asegurar un trabajo estable –especialmente en el Estado– se ha esfumado. Por tanto, la clase media se ve obligada a descender sistemáticamente y en una generación quedar uno o dos peldaños más abajo; le quedan dos opciones: huir buscando otros horizontes que en verdad no son más que una ilusión (cuando salen del país no solo siguen siendo clase media, sino que pierden su capital social, económico y cultural y todo es cuesta arriba), o aprovechar las oportunidades del mercado para capitalizarse y más bien ascender. Los sectores populares tienen otro comportamiento, la historia les sonríe; y las altas oligarquías también juegan sus cartas con relativa astucia. Pero la clase media, como siempre, se siente angustiada y no sabe hacia dónde disparar. Por eso seguiremos escuchando, en gritos o susurros, la aburrida sentencia: "en este país no hay futuro para nuestros hijos".

Un balance
Bolivia 2011[13]

La inflexión histórica

El primer período de Evo en la presidencia, a partir de 2005 a 2010, fue el momento del quiebre histórico más importante en la vida republicana. Múltiples factores influyeron en eso, y al menos tres son los definitivos: la acumulación de las demandas populares en el llamado de refundación de la nación a través de una nueva Constitución; la exigencia de nacionalización de los hidrocarburos; la potencia del liderazgo personal de Evo con toda la carga simbólica que ello implicaba (ser indígena, haber luchado por la coca contra Estados Unidos, crítica acumulada al neoliberalismo durante décadas, etc.). La inflexión en la historia de la nación fue evidente, lo que llevó rápidamente a la reconstitución de una nueva derecha, ahora comandada por la élite oriental que jugó todas sus cartas para impedir la reconfiguración de la nación: sabotaje, lucha electoral, terrorismo, uso de los medios, etc. Prácticamente no hubo espacio que no fuera utilizado como trinchera por la derecha (con recursos lícitos o ilícitos). Buena parte de la nación, y por supuesto las fuerzas populares y progresistas, se alinearon y batallaron conjuntamente por la instauración de una nueva era y por impedir que la reorganización de las oligarquías permitiera frenar el proceso de cambio. Las diferencia internas se

13 *Revue Antipodes*, N. 197, 2012 (disponible en: http://www.iteco.be/revue-antipodes/Bolivie-le-developpement-et-la/Evo-et-l-evisme)

diluyeron frente a un enemigo común que estuvo a punto de tumbar al gobierno.

En ese período, prácticamente no hubo gestión pública sostenida, el gobierno básicamente luchó por su sobrevivencia. Sin embargo, las dos promesas fundamentales, nueva Constitución y Nacionalización se pudieron llevar adelante, quemándose los dos grandes cartuchos unificadores y que representaban una agenda política de impacto mayor y una respuesta a las demandas populares. El proceso fue de la mano con la transformación del liderazgo de Evo Morales, se hizo de él –deliberadamente y desde una política de Estado– un líder nacional, un ícono, un símbolo del cambio. Dejó de ser el dirigente cocalero coyuntural –como hubo cientos en la historia del sindicalismo boliviano– y se convirtió en el nuevo Tupac Katari, el líder indígena de época, que cambia la historia. Se construyó un símbolo potente cohesionador, se buscó que no sea solo un presidente, sino un mito. Evo dejó de ser un líder y se convirtió en el símbolo de la unidad y del cambio. Como nunca antes en la historia de Bolivia, se convirtió a Evo en leyenda viva, se lo puso en la historia y en el presente a la vez.

Este proceso de construcción de un mito, no fue de la mano de la construcción de un aparato institucional que lo acompañe, lo controle o lo sustituya; todo lo contrario, la Asamblea Plurinacional, el gabinete, el MAS, los sindicatos y demás instancias de poder a su alrededor, se convirtieron en oficinas personales manejadas a voluntad por parte del mítico líder.

Seguramente este esquema es el que permitió la victoria sobre la élite que se encontró desprovista de proyecto, de líder y de aparato, incluso de apoyo popular salvo en regiones específicas. Desde una perspectiva personal, creo que ese esquema era necesario, y quizás el único camino para que se logren los cambios y consolidar el giro histórico; es probable que si uno de los elementos se quebraba (por ejemplo que el proyecto

terrorista hubiera tenido éxito eliminando físicamente al presidente) no se hubiera obtenido el éxito que se logró.

En lo electoral, eso se expresó en los respaldos masivos a la figura del presidente, particularmente en el Referéndum que consolidó y selló el liderazgo y el sentido de unidad alrededor del líder. Pero frente a la contundente victoria vinieron las elecciones municipales del 2010, donde se empezó a ver un nuevo escenario político con nuevos problemas.

Cooptación o expulsión

A partir del 2010, cuando la derecha es arrinconada en lo electoral, lo ideológico y lo orgánico, afloran los problemas de la propia izquierda, nada nuevos, pero contundentes. El gobierno vive su mejor momento: estabilidad y crecimiento económico, control político en distintos ámbitos y niveles (sindicatos, asamblea, municipios, etc.), control legislativo, liderazgo de Evo indiscutible, ausencia de oposición. Empieza propiamente la gestión gubernamental, la agenda pública que se concentra en el proyecto de industrialización, inversión pública directa. Todo tiene como eje fundamental de acción el liderazgo de Evo que es la base que permite que lo demás funcione.

La reconfiguración del campo político sucede, tristemente, a través de rupturas al interior de los principales actores del proceso. En lo político partidista: desprendimiento –expulsión– del MSM; en lo intelectual: disolución del grupo COMUNA; en lo administrativo: disidencia –y alejamiento– de funcionarios de alto nivel (como Gustavo Guzmán, Rafael Puente, Pablo Solón); en lo sindical: expulsión de dirigentes, etc.

Dos matrices de comportamiento afloran en este contexto, que hay que subrayar y que se convierten en el eje de la acción gubernamental.

La tradición de la izquierda boliviana muestra que es muy difícil mantener la unidad en la diferencia. El proyecto, por distintas razones, nunca llega a ser tan importante como

para que las distintas fuerzas se adhieran a él en una lógica de unidad. La cooptación por parte del más fuerte hace que las coaliciones partidistas se conviertan en instrumentos puntuales y operativos y no se logra construir puentes, lazos entre los diferentes que permitan plegarse todos en una misma dirección. La lógica de "alineamiento" a los mandatos de la cúpula, sea representada en un líder –en este caso Evo– o en un colectivo –por ejemplo la clase minera– hace que las posibilidades de fricción y ruptura crezcan. Así, se corren dos riesgos: la atomización y pulverización de las fuerzas progresistas –cuando no hay un liderazgo o aparato fuerte– que terminan diseminando a todos los componentes (y la posterior resurrección de la derecha, es el caso patético de la UDP); o la expulsión de los disidentes que no se alinean a la estructura o liderazgo poderoso (en este caso el Evo y el MAS). En ambos casos, se demuestra la incapacidad de adherirse a un proyecto colectivo y construir mecanismos institucionalmente sólidos para que el proyecto continúe más allá de las diferencias, desavenencias y repartijas de poder. Lo que ocurrió es precisamente la exacerbación de esta tendencia: con un liderazgo contundente y un aparato relativamente fuerte –dependiente del liderazgo– como el MAS, los que no se cuadren a los mandatos del *jefazo*, están fuera. No se construyeron mecanismos de discusión, diálogo de diferentes, críticas y disidencias internas que no pongan en juego el proyecto. La menor puesta en duda de la acción gubernamental y, sobre todo, cualquier cuestionamiento del liderazgo es motivo de expulsión y condena. Es, en suma, una traición.

Héroes y traidores

La izquierda boliviana construyó su praxis política con base en una dupla: el heroísmo y la traición. Y no era para menos. Durante toda la dictadura, tiempo en el que se construyó un *habitus* político, la participación política implicaba dar el cuer-

po, dar la vida. Se participaba a costa de todo. La gente se jactaba de haber vendido su auto, haber perdido un trabajo, dejado una mujer –o la familia– por el proyecto político. Se contaba que en tiempos de dictadura, el verdadero militante tenía que resistir al menos dos horas de tortura antes de declarar, para que los compañeros puedan esconderse y escapar. El haber resistido a la tortura sin "cantar" se convertía en un capital político con mucho valor, se lo exhibía con orgullo, y en algunos casos (como lo peor del *mirismo*) se lo cobraba años más tarde. Los militantes entonces eran verdaderos héroes, modelos de perfección política, de coherencia y consistencia. Al frente suyo, estaban los traidores, compuestos preponderantemente por exmilitantes que, o no habían pasado exitosamente las pruebas del verdadero militante (recuerdo un argumento que decía: "si no eres capaz de resistir dos horas de tortura, entonces no te metas en política"), o que por distintas razones había decidido abandonar la posición denunciando a sus compañeros. Esa actitud, en un contexto tan polarizado como el de la dictadura, implicaba el asesinato de los compañeros, como pasó, por ejemplo, el 15 de enero de 1981.

La dupla terrible que tuvo su auge en tiempos de dictadura, seguramente con justa razón, se convirtió en un parámetro de la acción política en otros tiempos y en un argumento devastador contra la disidencia. Ahora, en el nuevo momento de Evo, la lógica de evaluación de los suyos es, precisamente, desde la dupla héroe/traidor, por tanto, el que se va, el que lo cuestiona, el que no está de acuerdo, es un traidor. Ser catalogado de traidor implica o vivir en el exilio o tener que batallar por seguir teniendo vida en el escenario político sin la etiqueta.

Mi hipótesis es que la imposibilidad de creación de instrumentos institucionales de administración de la diferencia y dejar que todo repose sobre la decisión del líder todopoderoso, por encima de la capacidad de adhesión a un proyecto,

al lado del uso indiscriminado de la dicotomía héroe/traidor (fiel/infiel) como categoría de juicio de cualquier participación política (por parte del gobierno), es lo que ha carcomido la unidad de las fuerzas progresistas. La responsabilidad está en las autoridades tanto por no poder construir mecanismos e inclusión o discusión de la diferencia, como por aplicar la lógica fiel/infiel a quien no se cuadre en el proyecto del líder.

El diagnóstico es estremecedor:

- El desgaste de la gran figura que se creó -Evo-, y que podía quedar como un ícono de la nación, será gradual llegando a un peligroso límite de querer usar la imagen para todo fin, lo que no hace más que debilitarla. ¿Hasta dónde se podrá estirar su imagen? ¿Qué consecuencias tiene que un programa político dependa de una persona?
- La acusación de traidor puede ir lejos, destrozando el propio proyecto, deshaciendo líderes y dejando el proceso de cambio sin sustitutos, o simplemente con un aparato espantoso como el MAS para la sucesión, lo que es arriesgadísimo.
- La descomposición de las propias fuerzas de izquierda hacen que la derecha gane terreno y abone su retorno.

SEGUNDA PARTE

Algo huele mal

2017 - octubre 2019

Introducción

En las páginas anteriores he recuperado mis escritos con los que iniciaba la segunda década del siglo XXI, en ellos se da cuenta de la semilla sembrada ya en el gobierno *evista*, sus riesgos y oscuros horizontes. Durante varios años decidí tomar distancia con la política boliviana. Guardé cauto silencio. Viajaba regularmente al país y seguía gozando de la amistad de los distintos actores que, ahora con mayor empeño, no se dirigían la palabra entre ellos más que para agredirse. Yo que mantuve la actitud de no comprarme pleitos ajenos y que no jugaba en el juego local –aprovechando mi cómoda condición de relativa extranjería– iba un día a hablar con el vicepresidente, otro con el alcalde, otro con un ministro y al final con un periodista de oposición. Transitaba sin conflicto por los distintos frentes ideológicos, recogía mis impresiones y sacaba mis propias conclusiones. Era un observador, intervenía muy poco públicamente. Por eso largo vacío de ese período en esta obra.

Fue recién en el 2017 cuando volví a las letras públicas. Lo primero fue un debate sobre mi lugar de enunciación, el estar afuera y adentro a la vez y todo lo que implica. Luego empecé propiamente a hablar sobre la política. El germen de la decadencia identificado un lustro atrás empezó a dar sus frutos. Vi con claridad cómo los líderes del gobierno devenían en lo que habían criticado (social, política, económica y simbólicamente), vivían en el sur, comían en los restaurantes de élite, utilizaban el estado para su beneficio personal –sea intelectual, material o simbólico–. Me aterró ser testigo del remplazo de la "democracia pactada" del neoliberalismo de los noventa hacia una "democracia arreglada" que desde el sin-

dicato dominado por Evo definía todo, aplanando cualquier diferencia. En suma, vi paso a paso cómo se iba gestando el esquema de control político del *masismo*, su eficacia y su lado oscuro, como lo analizo al final del siguiente apartado.

Paralelamente, me dediqué a estudiar, desde mi condición de universitario, el "proceso de cambio". Organicé un coloquio en México sobre el tema que dio como resultado un libro colectivo[14]. Escribí otro documento extenso sobre la transformación urbana en La Paz[15], veía con sorpresa cómo las lógicas del consumo en Bolivia eran muy similares a los otros países de la región, y que estábamos frente a la construcción exitosa de un modelo de desarrollo depredador, de clases medias, equitativo, autoritario, contradictorio y en el marco de una forma de capitalismo social.

Al mismo tiempo, aparece en el escenario lo sucedido en Nicaragua, en Brasil. Escribo con prudencia, solo mostrando las ideas de otros colegas e intentando señalar algunos riesgos para Bolivia. Empieza la campaña y, como era de esperarse, las máscaras empiezan a caer. Mi artículo "No MAS Evo" sintetiza mi certeza: Evo no es el "proceso de cambio", Evo es su principal enemigo, pasó de ser padre a padrastro del Estado Plurinacional. Y así, el 20 de octubre de 2019 llega el día de las elecciones. La descomposición es irreversible y en los días posteriores a la votación se verá el verdadero rostro del *masismo*, su falta de escrúpulos y su empeño por aferrarse al poder. "Son capaces de todo" se repite en todo lado, y es cierto.

Esas semanas, escribo un texto más analítico donde someto a debate la noción de cambio, o más bien la relación

---

14 Suárez, Hugo José (coord.). 2018. *¿Todo cambia? Reflexiones sobre el proceso de cambio en Bolivia*. Ciudad de México. IIS-UNAM.

15 Suárez, Hugo José. 2018. *La Paz en el torbellino del progreso*, Ciudad de México: IIS-UNAM.

compleja entre continuidad y cambio. Tuve una tímida incursión en redes sociales. No me daba cuenta, pero estaba al borde de la alberca a punto caer al agua. Estaba en la antesala de uno de los episodios más dramáticos de la historia reciente: el fin de un ciclo y el nacimiento de otra etapa incierta.

Columnas y redes

24 de marzo de 2017

(El Deber)

Reacción a la reacción[16]

La semana pasada, luego de que seis políticos hicieran pública la "Declaración conjunta en defensa de la democracia y la justicia" puse en mi muro de Facebook lo siguiente: "Harto recuerdo a los pactos de antaño me hizo ver la juntucha de ayer con la bandera boliviana y las palabras tan vacías como "Democracia y libertad", palabras ahora de boca en boca y que dicen poco. Lamentable el *reloaded*".

No voy a comentar el contenido del documento, su mensaje político, o quién ganan o pierde (de hecho creo que ganan los que sueñan con una *venezuelización* maniquea aunque el país se vaya al abismo, sus promotores están en el gobierno y fuera de él y se parecen tanto unos a otros). Tampoco voy a referirme a la descalificación personal que algunos añadieron en mi muro –"como tú no eres perseguido político, tu opinión es cómoda y vacía" o "además de tu vista parcial del asunto eres precipitado y opinas como quien se baja del camión "al vuelo""–, que por supuesto no merecen respuesta, ni a quienes muy respetuosamente en un espíritu de diálogo apoyaron o cuestionaron mis palabras con argumentos siempre sugerentes. Quiero concentrarme en lo que está detrás de algunos comentarios, en las premisas sobre las que reposan (y no lo hago en un clima de confrontación, en verdad agradezco la mayoría de las opiniones).

Tres son los pecados que se me inculpan.

16 Escribí esta columna luego de que varias agrupaciones políticas, de izquierda y de derecha, firmaran un acuerdo controvertido.

i. Estar afuera. Se me dice: "se nota que no vives en Bolivia", "tal vez te está haciendo falta venir", "sería saludable una vuelta prolongada". Desde la primera vez que dejé el país he lidiado con la condena de vivir en el extranjero. Escribiré en algún momento un ensayo más largo, ahora solo quiero subrayar lo curioso que es escuchar repetidas veces el mismo argumento cuando alguien no concuerda con mi punto de vista. Como si "estar" implicaría coincidir con sus opiniones. Por supuesto que jamás se me invita a repensar mis posiciones si estas refuerzan cómo piensa quien me critica. Enorme tema que merece mucha más tinta, queda como promesa.

ii La imposición de lo posible. Se me dice: "si no es así, ¿entonces qué?", "lo perfecto es enemigo de lo bueno". Es ampliamente conocido que el discurso político impone el horizonte de posibilidad, las reglas del juego, los márgenes de la discusión, mostrando que no existe otra opción, que no hay caminos alternos más allá de lo que ellos –los políticos– decidieron de antemano. Y ahí estamos obligados a jugar las cartas. Esta tiranía de la razón política aparece una y otra vez, y siempre la intento evitar. En tiempo electoral, cuando debemos "optar" en un escenario predefinido, es más tosca: se trata de callar, acatar y votar. Y, sin embargo, sabemos que siempre hay otras combinaciones, otras opciones que el propio juego del poder esconde voluntariamente, y la misión de cualquier intelectual es hacerlas visibles. Claro que hay otras rutas distintas a las que aparecieron la semana pasada en el sexteto, ellos lo saben, nosotros también.

iii El que no propone, debe callar. Se me exige una salida: "¿y la alternativa es? ¿cuál es la propuesta?", "¿qué hacemos?", "unos tratan de hacer algo, otros no hacen nada". A menudo se acude a la idea de que quien emite una crítica debe tener la solución, es como si –permítanme el ejemplo

banal– a un usuario de transporte público se le prive de denunciar la disfuncionalidad del servicio porque no se le ocurre otra cosa mejor. La propuesta y la crítica no tienen necesariamente que venir de la misma fuente, es más, preferible que sean el resultado de una deliberación colectiva mayor. El derecho de criticar no está sujeto a la obligación de proponer.

En fin, se me acabó el espacio en un tema que da para mucho. No prometo continuar con esto, pero sí anuncio que estoy preparando un libro sobre la relación entre lo político y el rol del intelectual, aunque habrá que esperar unos años hasta que dé a luz.

Por último, si en algo creo, es en la renovación de la izquierda, sin caudillos absolutos e indispensables ni partidos autoritarios, sin maniqueísmos, sin la premisa de amigo vs. enemigo como base de intercambio político. Creo más en quienes tienden puentes que en quienes construyen murallas y cavan trincheras, pero entendámonos bien, puentes en el horizonte de una sociedad progresista, igualitaria, auténticamente democrática y libertaria. Espero no estar tan solo en este magullado país que paso a paso se dirige a la confrontación con insospechadas consecuencias.

17 de diciembre de 2017

(El Deber)

Jueces, elecciones y política

Hace unos días, al calor de las elecciones judiciales, puse un par de intervenciones en mi muro de Facebook. No suelo hacerlo. Desde que dejé Bolivia hace más de 10 años, he procurado guardar distancia respecto del proceso político, o al menos no entrar en las acaloradas discusiones que nunca sabes en qué terminarán. Dos razones para tal mesura: estoy convencido de que la atmósfera política boliviana se la puede leer en sus pliegues más profundos, solo en el contacto cotidiano, en escuchar las conversaciones del Trufi, en los comentarios del café, en las cenas familiares. La comodidad de la ausencia cuesta en precisión analítica. Además, segunda razón, las pasiones y furias son tan contundentes que, a veces, prefiero conservar amistades –y familiares– en vez de subrayar diferencias.

El caso es que, a pesar de todo, decía que opiné con la liviandad que implica escribir en una "red social". Recibí una serie de reacciones en las que me voy a detener. Los afines al gobierno, indignados, me dijeron todo lo que pudieron, pero las críticas se centraban en dos aspectos: mi incompetencia intelectual (el dejarme llevar por lo que escuché sin ninguna seriedad), o en el hecho estar fuera del país y por eso no ver las cosas como son. Imaginarán que no me quitó el sueño que desde algún rincón del internet se me acuse de insuficiencia científica, y hace rato que no me preocupa cuando se me encara ser migrante. Pero lo que más me llamó la atención es que exactamente los mismos argumentos fueron vertidos por un sector contrario al gobierno cuando, meses atrás, dije algo a favor de Evo. Parece que el poseer o no capital intelectual, y

el estar o no en el país, son dos monedas de cambio que pueden ser utilizadas en distintas circunstancias. También estaban los que "apoyaban" mi decir pero montándose en él emitían descalificaciones extremas o incluso contrarias a lo que estaba sosteniendo. Y bueno, cada quien.

Otro tema, también sugerente, es la negación de las evidencias. Me explico. En una de mis participaciones afirmaba algo que todos sabemos: el MAS presiona-obliga a los funcionarios públicos a participar en actividades partidistas. Palabras más, palabras menos; montos más, montos menos; formas más, formas menos; eso sucede. Comprobarlo es difícil, incluso ocioso. También es cierto que esa práctica no es patrimonio del *masismo*, sino que forma parte de la cultura política de quienes administran el Estado. Todos lo han hecho –y lo hacen– en todos los niveles (nacional, gobernaturas y municipios) y en todas las orientaciones políticas. Fue, es, y será así. Razones hay, desde las más realistas como "la política se hace con plata", hasta las ideológicas: "es por el proyecto". Los militantes, cegados por estar sumergidos en su trinchera, no quieren aceptarlo; pero lo que definitivamente irrita es cuando escuchas a altos funcionarios afirmar, con una mano en la cintura, que eso no sucede. Claro, en conversaciones privadas, dirán lo contrario y argumentarán que esas son las reglas de la política, pero en la declaración pública deben proyectar una imagen de purismo.

Finalmente, alguna persona, militante hasta la pared del frente, puso en su muro –refiriéndose a la coyuntura–: "la polarización ha llegado, te guste o no, el centro nunca existió ( ). Bolivia no es para tibios ". Me quedé pensando en el goce y la sobreexcitación por vivir en la polaridad, en el escenario de confrontación dramática y excluyente, y en la imposición por levantar una u otra bandera. Sabemos que a la hora de la política real, nadie juega así, todos negocian y no hay mejores negociadores –no digo negociantes– que las actuales autori-

dades, por eso llevan ahí tanto tiempo. Pero la retórica de que el país "no es para tibios" es también una impronta de la política nacional, aunque algunos la asumen con más entusiasmo.

El caso es que Bolivia es el país de las emociones; aquí la política es más apasionada que ningún otro lugar que haya conocido. Termino: escribir en Face tiene sus riesgos –alguien me dijo "no te expongas"–; yo lo tomo como una experiencia más y, sobre todo, como un lugar privilegiado de observación sociológica. Y por supuesto, agradezco a todos sus reacciones.

18 de noviembre de 2018

(El Deber)

Las enseñanzas de Nicaragua

Para muchos de nosotros, la Revolución Nicaragüense fue un hito en nuestra formación política. Recuerdo que en 1979, mientras veíamos con mi papá el Festival de la Canción Iberoamericana por la televisión –en blanco y negro, claro–, cuando los países tenían que optar por un cantante, una voz dijo: "aquí Nicaragua libre con su voto". Inmediatamente mi padre reaccionó: "si no fuera por la dictadura, desde aquí hubiéramos dicho: "aquí Bolivia libre con su voto".

Desde ahí, siempre el pequeño país centroamericano estuvo presente. En 1990 cuando el sandinismo perdió las elecciones, en México asistí a una conferencia de Daniel Ortega quien explicó las razones de la derrota; era un evento de apoyo a la Revolución, y recuerdo que el dirigente enfatizaba que, al ver los resultados desfavorables, se les ocurrió muchas salidas, pero nunca desconocer la voluntad popular.

Mucha agua ha corrido bajo este puente. Hoy me encuentro con un libro sugerente del sociólogo belga Bernard Duterme (director del Centro Tri-Continental) titulado *¿Nicaragua, todavía sandinista?* La pregunta es adecuada, pues para todos es conocido que la represión de Ortega en los últimos meses y en general su posición en esta nueva temporada pone en duda su pasado revolucionario.

El libro examina críticamente los mecanismos a través de los cuales Ortega logró su consolidación en el poder, los costos y qué tuvo que abandonar en el camino. Reflexiona sobre el "control total de las instituciones" y la concentración del poder de la pareja presidencial. Asimismo, expone las

fuentes y los beneficiarios de la nueva economía, los costos ambientales y la participación de organismos internacionales. En suma, el autor critica la intención del gobierno de Ortega de mostrarse como el líder revolucionario que fue cuando ya no es más que su fantasma. El sueño de un "poder legítimo, nacionalista e antiimperialista, cristiano, socialista y solidario", se convirtió en una realidad "neoliberal, autocrática y conservadora".

En Bolivia tenemos mucho que aprender del proceso nicaragüense. Aunque soy enemigo de los paralelismos fáciles, hay rasgos de la descomposición ideológica que en Nicaragua se ven con claridad y que deberían llamarnos la atención. Una parte de las críticas de Duterme al sandinismo le caben como anillo al dedo al *evismo*. Cualquier retórica revolucionaria puede vaciarse de contenido y la imagen del Che puede terminar como una marca de zapatos. Lamentablemente, todo indica que hacia allá vamos. Me quedaría con la pregunta prima hermana a la de Duterme: ¿todavía es revolucionario el "proceso de cambio" en Bolivia? Tengo mis reservas.

2 de diciembre de 2018

(El Deber)

Enseñanzas de Brasil

La antropóloga brasilera Rita Segato escribe una brillante crítica a la cual no le falta ni una coma. Cito extractos: "Una democracia que no es pluralista es simplemente una dictadura de la mayoría. Y eso vale para todos. Vale para los fascistas cuando ganan elecciones, y vale también para las izquierdas ( ). Hacer aliados circunstanciales para garantizar la "acumulación de fuerzas" no significa estimular el debate. Por otro lado, ni la acumulación de fuerzas ni la toma del Estado sin el trabajo afiligranado de transformación de la sociedad han llegado jamás a destino, en país alguno, en su propósito de reorientar la historia hacia un futuro de mejor vida para más gentes. Es en la sociedad que se cambia la vida, no en el Estado. Ahora hemos perdido en el Estado y en la sociedad".

En otro pasaje retoma una crítica en sentido de que el Partido de los Trabajadores "abandonó un proyecto político y se adhirió solo a un proyecto de poder". Con el poder como meta, sobrevino desvinculación de los intereses del movimiento social respecto de los intereses del partido político asalariado, lo que condujo a las alianzas tácticas y eficaces, y al "miedo al pluralismo y la disidencia" reforzando las estructuras estatales y el control de la participación a través de las mismas.

Por otro lado, se confundió la ampliación del consumo con la ampliación de la ciudadanía, lo que "redujo la idea de ciudadanía a las aspiraciones de consumo como meta central. Se rompieron por este camino vínculos comunitarios que podrían llevar a una real politización. Real politización requiere

profundización del debate siempre. Hoy se ve que la ampliación del consumo sin ampliación de la conciencia y comprensión crítica de los valores propios de la teología del capital tiene pies de barro".

Segato concluye: "Es doloroso, pero la autocrítica y el conocimiento de la historia son la única garantía de poder caminar hacia una sociedad de mayor bienestar para las personas. Sin hacerlo andaremos en círculos convencidos de que tomando el Estado, por las armas o por las urnas, podremos reorientar la historia en otra dirección ( ). Pero no [hay que] olvidar que el cambio se hace en la sociedad y lo hace la gente. Y eso es lo que ha fallado: no se trabajó la conciencia colectiva, no se cambió la gente, a pesar de que se mejoró la vida de las mayorías".

Como siempre, hay puentes y distancias del análisis de Rita Segato con la experiencia boliviana, pero en el fondo, una buena parte de las premisas de su crítica caben como anillo al dedo al *masismo*. Si la cosa sigue así, el partido de gobierno, cegado en su ambición de poder, será el responsable de enterrar el proyecto popular del cual en algún momento formó parte fundamental.

30 de diciembre de 2018

(El Deber)

Ojalá

El escenario político boliviano de 2019 va a estar dinámico, por decir lo menos. El clima electoral va a empezar a imponerse y penetrar en todos los rincones. Las discusiones van a ser cada vez más acaloradas. Al interior de las familias, los amigos, los grupos de discusión, se verán rabiosas posiciones y vaya a saber cuántas amistades o amores perecen en el camino.

Como sucede siempre en las campañas, el argumento dejará de ser el eje central, y su lugar lo ocupará la propaganda, la calumnia, la descalificación. El centro de atención estará en la banalidad, en el desliz de algún candidato, en alguna revelación mediáticamente eficaz. Todos buscarán hundir al otro con las armas que tengan a la mano, falsedades o mentiras, verdades a medias, poco importa. Siempre he sostenido que las campañas políticas son el momento donde la estupidez toma la palestra, somete a la razón; es el tiempo donde los estadistas dejan su plaza a los estrategas.

Estas elecciones van a ser especialmente extrañas. De los candidatos, es lamentable que Jaime Paz intente desempolvar su historia ya maltrecha, solo acumulará derrotas y marginalidad electoral demostrando que no es "un político de raza", como alguna vez se autodenominó. Víctor Hugo Cárdenas, que fue quien abrió las puertas del Palacio al mundo indígena, el único vicepresidente que en su toma de protesta habló en tres lenguas originarias –difícil explicar a Evo Morales sin vincularlo de alguna manera, mal que le pese, al camino ya trazado por Cárdenas–, rifará su capital simbólico mostrando un rostro cristiano, conservador y vergonzoso, sin

aportar ya nada al escenario político. Felix Patzi y Oscar Ortiz representan dos extremos, pertinentes, comprensibles, con alguna base, una posición y una apuesta, pero poco interesantes.

El corazón de la disputa estará entre Evo Morales y Carlos Mesa. El primero utilizará el aparato de estado para sus fines electorales, pagará su campaña con los impuestos de todos los bolivianos, haciendo lo que siempre criticamos desde la izquierda y que es cada vez más inadmisible para cualquier régimen político. En vez de mirar adelante, se empeñará en mandar al país a la era de Goni, armará una campaña basada en la polarización de los 90, momento en el que él era un importante bastión –uno de tantos, no el único, no hay que olvidarlo–. Negará al país que construyó, al de clases medias, jóvenes, urbanas, consumistas, desideologizadas, pragmáticas. Dará la espalda a la verdadera "Generación Evo", negará a su creatura. Revivirá al fantasma de la Bolivia que luchaba contra el neoliberalismo bloqueando en el Chapare, no la que transita por teleféricos y carreteras interprovinciales. Será el padre que se dirige a su hijo adulto como si todavía fuera niño, contándole que el "cucu" vendrá a robarle sus juguetes. En esa tarea, a Evo no le temblará la mano si tiene que polarizar la nación hasta extremos absurdos, preferirá lanzarse al precipicio abrazado de sus caprichos y terquedades antes que acariciar la sensatez. No le importará matar al verdadero proceso de cambio del cual es el padre, si él no queda en la dirección. Mostrará que su mezquindad es más grande que su visión de país, demostrará que es más un padrastro egoísta que un verdadero padre de la nación (ojalá me equivoque).

Mesa buscará la unidad frente a Evo, ser la alternativa más real. Tendrá primero que elaborar un discurso que el país escuche, más allá de los temas fáciles como la corrupción, los gastos, los abusos o los errores. Tendrá que canalizar el desencanto amorfo de sectores tan distintos en una sola dirección, lo que no es fácil sin contar con aparato ni pilares ideológicos

contundentes. Se verá obligado a recibir cualquier apoyo, a sumar con la ilusión de después dividir, sin contemplar el costo de la factura.

El gran logro de Evo es la creación de un país con bases sólidas, las reglas del juego ya están dadas, y él fue el principal arquitecto, para bien y para mal. Las bases del diseño de país, la transformación de la sociedad ya se logró de múltiples maneras y es un proceso difícilmente reversible. Por eso lo curioso es que la plataforma de Morales y Mesa es, en el fondo, muy similar. Si la baraja hubiera salido diferente, no hubiera sido extraño encontrarlos en una misma fórmula. Aunque sea políticamente incorrecto, creo que son más los aspectos que los unen que los que los separan. En estas elecciones no está en juego un modelo societal, está en juego el capricho personal y el nombre del piloto. El plan del vuelo ya está relativamente trazado.

Termino. Ojalá que las elecciones no nos dejen tan magullados. Ojalá que el país sobreviva a los embates ciegos y furibundos que nos esperan. Ojalá que las furias no nos lleven a todos al abismo.

10 de febrero de 2019

(El Deber)

Claves para entender el proceso boliviano actual (primera parte)

Poco a poco, Bolivia empieza a ocupar la atención internacional por las elecciones que se avecinan. En el país de las emociones y las posiciones –como bien definió nuestra nación un amigo mío–, es difícil procurar un análisis sin levantar una bandera. A pesar de eso voy a proponer tres tesis no apasionadas en esta primera entrega.

Primero, considero un error leer el proceso boliviano con los ojos de la política internacional. Ahora que Venezuela está en el ojo de la tormenta, se puede especular sobre el destino de Bolivia, de la izquierda de retirada, del ascenso de la derecha en el continente, etc. Pero no hay que hacer puentes fáciles, Evo no es Maduro, Mesa no es Macri y mucho menos Bolsonaro. La economía boliviana no se puede comparar con la venezolana, el MAS no tiene nada que ver con el peronismo-kirchnerismo, etc. Todo puente analítico debe ser específico, y evitar una generalización rápida, y en el límite irresponsable.

En segundo lugar, la relación de Bolivia con lo internacional no debe ser leída desde la política latinoamericana sino desde el proceso cultural de la incorporación al régimen del consumo de la globalización. Me explico. Si algo tiene el gobierno de Morales, es la creación de un nuevo país con características sociológicamente muy contundentes: urbano, joven, consumista, menos entusiasta en términos políticos, competitivo, conectado a internet y con un fluido manejo de los "có-

digos de modernidad", como se los llamaba antaño. Hoy un joven boliviano se diferencia poco, o menos que antes, con otro de un país lejano. No es casual que llegue un grupo de Corea de Sur y que sea recibido con un público que lo conoce en detalle. Es decir, Evo hizo un país, sin quererlo y tal vez sin saberlo, globalizado.

El tercer punto es que considero que el "proceso de cambio" creó con éxito las bases de una nueva era –con rupturas y continuidades de las que me ocuparé en otro texto–. El nuevo diseño de nación es relativamente exitoso, logró integración territorial, estabilidad política, crecimiento económico, integración simbólica, rotación moderada de élites (cada punto habría que matizarlo y sostenerlo con datos). No hay que dejar de mencionar que los costos de cada logro son brutales y a menudo dramáticos, vale la pena traer a colación aquella sabia tesis que afirma que cada éxito (económico, cultural, o social) tiene una contraparte perversa que oculta (habrá que pensar en el costo social, ambiental, la política oscura del gobierno, etc.), pero el hecho es que "el modelo" sí marcha. Incluso creo que el mayor logro del gobierno es que su modelo funcionaría más allá del propio MAS. Se nos quiere hacer creer que el "proceso de cambio" solo seguiría con Evo, pero no es cierto, en buena medida continuaría –como tendencia societal– más allá del presidente (aunque ni gobierno ni oposición aceptarían esa tesis porque muestra que se parecen más de lo que se diferencian).

Voy a hacer una comparación analítica que espero que no sea tomada tendenciosamente. Cuando Pinochet iba a dejar el gobierno de Chile en 1988 luego de los resultados del referéndum, la derecha chilena decía que no se sentía derrotada porque el proyecto iba a seguir su curso con el rostro de una nueva burocracia. Cuando se creía que Patricio Aylwin iba a ser un candidato contra Pinochet, este mandó un mensaje muy claro: "vamos a mantener las reglas del juego". En el

fondo estaba diciendo que el régimen dictatorial había vencido, que sus fundamentos –su concepción del estado y del mercado– no iban a hacer tocados. Y así fue.

Paradojas de la historia: hoy en Bolivia creo que el proyecto de Evo ya ganó –como Pinochet en los 80 en Chile–, porque el país que deja –si realmente lo deja– tiene parámetros claros, y en algunos puntos irreversibles. Lo curioso es que yo solo veo una manera de matar el "proceso del cambio": que su padre no acepte los resultados de las urnas –ya empezó con lo del 21 F–; que Evo prefiera tirarse al precipicio con el país polarizado en las manos escuchando el canto de las sirenas antes que dejar crecer a su creatura.

En la próxima entrega desarrollaré algunos puntos más sobre el tema.

24 de febrero de 2019

(El Deber)

Claves para pensar Bolivia (segunda parte)

En la anterior entrega me referí a las "claves" para entender Bolivia hoy, poniendo atención a lo internacional, lo cultural y la inercia societal. Ahora quiero ver otros aspectos complementarios.

En sociología, analizar los procesos de cambio es cosa de todos los días, ese es el problema madre de la disciplina y se ha escrito mucho al respecto. En ese sentido, lo que sucede en Bolivia no es especialmente nuevo. Considero que para entender una transformación hay que, por un lado, desglosar las principales variables a las cuáles se les va a poner atención, y, por otro lado, entenderlas en su evolución histórica. Con respecto a las variables, se debe considerar al menos las siguientes: económica, cultural-simbólica, social, política. Y en los tiempos: el largo, el mediano plazo y lo inmediato. Con esta básica matriz interpretativa, hay que ver cada hecho social caso por caso. Por supuesto que este complejo tejido de la vida colectiva mostrará desfases impresionantes, continuidades inexplicables, encuentros inauditos.

El "proceso de cambio" hay que estudiarlo con ese detenimiento, y aparecerán cuestiones curiosas que, por supuesto, estarán mucho más allá del lenguaje político de los actores en juego que se disputan una interpretación de la historia.

Bolivia en la década de Evo Morales ha vivido transformaciones importantes en las dimensiones señaladas, pero los ritmos son diferentes y los resultados extraños. Un ejemplo: durante los tiempos del neoliberalismo, el gran empeño de las

autoridades era crear consumidores y "templos de consumo" –los llamados "shopping norte", "shopping sur", etc.– donde todos pudieran ir a satisfacer sus deseos, pero fracasaron rotundamente. El impulso al consumo como en cualquier ciudad capitalista periférica latinoamericana se implementó en la era de Evo. Es notable la aparición de nuevos lugares de compras con un éxito innegable, como si el "cambio" fuera poder comprar más y mejor a cualquier mall. Con orgullo criollo se cuenta que McDonald´s se fue del país, pero no dudo que más temprano que tarde esté nuevamente por aquí con la venia del presidente indígena.

La dimensión política del gobierno es quizás la más perversa, y veo continuidades atroces entre lo que hacían los partidos neoliberales y lo que hoy hace el MAS –que por cierto tiene varios Sánchez Berzain en su seno–. Poner al partido –y su líder– en el epicentro de la política es peligrosísimo, porque implica someter cualquier disidencia, pretender el control total de los poderes, eliminar la pluralidad y convertir la política no en la disputa por la conducción de la historia por agentes diversos que resuelven sus diferencias en espacios democráticos, sino en una batalla de amigos vs. enemigos, fieles vs. traidores, que da como resultado un país con posiciones irreconciliables.

La pregunta para los meses que vienen es hasta dónde podrá crecer la tensión, si llegará al punto catastrófico que exija una nueva baraja, con todo lo que eso puede significar. Ojalá que no nos orillemos a esos extremos. Se verá.

23 de junio de 2019

(El Deber)

No sé si quiero votar

La semana pasada fui a la Embajada de Bolivia en París a tramitar el empadronamiento ante el Órgano Electoral Plurinacional para el próximo octubre. Esta elección me encuentra con desinterés, a veces pienso que hice un papeleo en vano, o más bien como estrategia para no tener problemas administrativos posteriores. Hasta ahora no sé qué haré con mi voto, solo tengo claro a quiénes no se lo daré.

Por lo que he podido ver en la distancia, no me parece que haya una disputa por un proyecto societal. Las bases del diseño de Estado y de la sociedad tienen el sello del gobierno –unas para bien y otras para mal–, y no es lo que ahora se discute. Las razones que transitan en el debate público son sobre temas más bien secundarios que sustantivos; como alguien decía, no hay una batalla propiamente ideológica, sino una querella por el poder. Dicho de otro modo, no está en juego la matriz sociocultural y económica, o en código sociológico no es la historicidad lo que se discute.

Pero hay una paradoja: hoy por lo que sí se está luchando es por el control del aparato estatal, por el poder, lo que es una relativa novedad. Prácticamente en la última década todas las elecciones eran para medir el porcentaje de la victoria de Evo Morales, se partía de la base de la continuidad. En cambio en esta ocasión, sí existe un margen realista de que pierda las elecciones de una u otra manera.

A la vez, por eso mismo, las elecciones van a ser a muerte, serán las más sucias, las más desgastantes, las más mentirosas (tal vez incluso nos enfrentemos al fraude). Conociendo

las artimañas de lo político, habrá que ver hasta dónde llegan las partes, y sobre todo, vaya a saber a dónde llevan al país. Sabemos que son capaces de todo, y esta será la ocasión para corroborarlo. Ojalá que la sangre no llegue al río.

En la misma dirección, es la primera vez que, si seguimos los resultados de las encuestas, la mayor parte de los ciudadanos no quiere a Evo. No significa que por tanto apoyen a Mesa, pero si hay un consenso, es que a más de 50% no le entusiasma la idea de tenerlo como presidente, y de ese sector, hay muchos todavía más radicales. Hace tiempo que la población no llegaba a tal punto de acuerdo. Lo que el gobierno presenta como un éxito preelectoral en los sondeos, en realidad devela todo lo contrario. El líder que en algún momento fue capaz de aglutinar el apoyo de la mayoría de los bolivianos, ahora concentra la aversión de estos. Es su decadencia, acaso su peor momento.

En fin. Decía que tengo poco interés en votar, y lo peor es que imagino que mi desgano irá creciendo tendencialmente hasta llegar al 20 de octubre. Se verá.

28 de agosto del 2019

(El Deber)

No MAS Evo

Algunas de las elecciones pasadas he dado mi respaldo a Evo Morales, y siempre lo he hecho públicamente. Ahora, ante un clima oscuro, al menos tengo claro que no votaré por el MAS. Aquí algunas de mis razones.

Sé bien que una de las dimensiones de la política es saber mentir, engañar intentando que eso no traiga consecuencias electorales. No es nuevo. Pero algo de ingenua esperanza tenía cuando creí en la entereza del presidente. Evo aceptó el desafío del referéndum del 21 de febrero del 2016, yo confiaba en su olfato político y su relativa honestidad. Luego de que fuera derrotado y que buscara argumentos jurídica y políticamente eficaces, pero moralmente inaceptables para volver a ser candidato, me quedó claro que no es alguien en quién se puede confiar. Seguramente si en ese momento hubiera acelerado el relevo generacional –perdió la oportunidad–, hoy tomaría al nuevo candidato como una opción de voto. Pero no fue así.

Una segunda razón por la que no puedo apoyar a Morales es por su manera de ejercer la política y el escandaloso uso del Estado con fines personales y partidistas. Ha convertido el juego del poder en una lógica de amigo-enemigo destrozando toda posibilidad de diálogo, de diferencia, de disidencia. Para Evo solo hay amigos leales y sometidos que vean en él al *jefazo*, o enemigos. En esa lógica, prefiere que la población sea afectada antes que apoyar un proyecto sensato de algún contrincante. Su saña con la ciudad de La Paz es atroz, poco le importan los paceños, prefiere lastimar al gobierno local

–incluso, por ejemplo, cobijar a los transportistas violentos– para, eventualmente, luego controlarlo, antes que el bienestar de la gente. Y el modelo que vemos en la sede de gobierno se refleja en todo el país.

En ese mismo sentido, Evo utiliza el Estado y todos los recursos (acarreo de funcionarios y amenaza si no quieren participar en sus eventos, uso de maquinarias y estructuras, medios de comunicación, manejo arbitrario de la justicia, etc.) para su beneficio sin pensar que son un bien público que le pertenece a todos. No hay una visión de Estado, más bien hay un partido que somete a la sociedad utilizando la estructura burocrática. Eso es exactamente lo que criticábamos a todos los gobiernos del neoliberalismo que hacían lo mismo (aunque con un poco más de disimulo). Recuerdo cómo el aparato parlamentario lo expulsó injustamente de la cámara de diputados en 2002, fue una barbaridad. Todavía guardo en la memoria cómo el ministro de Goni, Carlos Sánchez Berzain, mandaba a pintar las paredes paceñas de negro con el lema "Evo no hagas más líos" en 2003. Triste destino el de Evo, pasar de ser el niño golpeado del barrio al matón que repite las prácticas de los abusadores. En ese punto, como en tantos otros, no hay mucha diferencia entre Evo y lo peor de la derecha de antaño. Morales se parece cada vez más a aquellos contra quienes combatió en los noventa.

En tercer lugar, no puedo tolerar el tratamiento que hace Evo y todo su gobierno de las luchas por la democracia. Para él no hubo enfrentamiento contra la dictadura, movilizaciones, mártires, sacrificios. No se da cuenta que él es un heredero de ese pasado, de esas lágrimas y sudores que prepararon el terreno para abrirle paso, y que sin esas resistencias, jamás hubiera llegado donde está. No acepta que es un enano montado en gigantes que lo antecedieron. Esa ingratitud con la historia, refrendada en toda la retórica oficial, es vergonzosa.

Por eso y otras razones que expuse en otros textos, Evo Morales abandonó el "proceso de cambio", y más bien se ha convertido en su principal opositor. Ha pasado de ser un impulsor de la libertad y la justicia social, a un militante de la sumisión y la disciplina. Está dispuesto a tirar por la borda todos los avances que se han logrado en mucho tiempo, por el capricho de quedarse abrazado del timón. Su ambición de poder ya no tiene límites. El proyecto personal se comió al proyecto colectivo. Dicho de otro modo: la continuidad del proyecto progresista en Bolivia no está en la reelección de Morales, no hay que equivocarse ni dejarse llevar por la propaganda electoral.

Ahora bien, debo confesar que, como lo decía alguien en redes sociales, cada que escucho a la élite local hablar de la "dictadura boliviana", de "Venezuela y Cuba en Bolivia", o argumentos racistas que no voy a repetir, me dan ganas de desempolvar mi desteñida bandera azul. Pero no lo haré.

24 de septiembre de 2019

(El Deber)

Evo en su peor momento

El gobierno no deja de sorprenderme. Las últimas dos semanas aparecieron dos encuestas: la encargada y divulgada por cuatro canales de televisión, y la de Agencia de Noticias Fides, Erbol y Televisión Universitaria. En la primera Evo tiene 43,2% de preferencia, y Mesa, 21,3%; en la segunda, 31,1% vs. 24,9% respectivamente.

Hasta aquí, todo normal, la diferencia no espanta. Una de las características de la democracia actual en todos lados es manipular los datos –incluso aunque técnicamente sean serios– de manera que la balanza se incline en una dirección, por eso el descrédito de todos los sondeos. Pero lo que es menos común es que un órgano electoral, sometido a los gobernantes, censure la encuesta que no le conviene al partido oficial.

El MAS ha acudido al esquema de siempre: utilizar el poder del gobierno para aplanar todo lo que le cause ruido. Así, si una encuesta no le favorece, simplemente fabrica otra al lado y da línea en todos sus medios para que esa sea la que marque el debate público. Y ahí tienes a los apresurados comentaristas jugando a interpretar los datos oficiales como si fueran ciertos. Es el juego de la política.

Recuerdo que en las elecciones de 2002 Goni iba ganando en las encuestas, frente a Evo y Manfred Reyes. En uno de los últimos sondeos previos al día de la votación, la Red Uno –que hoy forma parte del grupo que encargó la encuesta que beneficia a Evo– intentó manipular los resultados dándole más votos a Manfred; los propietarios del medio tenían relaciones directas e intereses compartidos con el candidato.

Hubo una denuncia pública que incluso llegó a la Asociación de Periodistas, pero ahí quedó. Curiosidades de la historia, parece que ahora es Evo el que recibe los favores mediáticos; ocupa el lugar de Manfred.

En otro orden, aunque paralelo, me pregunto cuánto cuesta el voto para Evo. Imagino que no se puede cuantificar con precisión (jamás se tendrá acceso transparente a esos datos) y habrá que esperar los resultados finales, pero si hiciéramos sumas, restas y divisiones, tal vez se podría tener una aproximación del gasto del Estado boliviano en publicidad de los candidatos *masistas* –con el dinero de todos, que supuestamente no está destinado a propaganda electoral–. No tengo dudas de que el resultado sería sorprendente, sería el voto más caro de estas elecciones. Mantenerse en el poder cuesta, cuesta caro y es dinero de la gente.

Cuando Evo, en las elecciones de 2002, tuvo más del 20% de la votación, fue un voto sincero, militante, con los medios en contra, con los empresarios condenándolo, con el mundo político asediándolo. Hoy Evo, con el estado a su favor, utilizado como si fuera su propiedad, con 13 años de gestión, con una red de medios que amplifican la voz oficial, con el aparato electoral y judicial que lo patrocina a la mala, no llega a los resultados que tuvo en las elecciones de 2005 o de 2014.

El país quiso a Evo y lo demostró con contundencia en las urnas. Hoy Bolivia mayoritariamente no lo quiere. Las encuestas tendenciosas que el gobierno presume como victoria respecto de Mesa, en realidad son una derrota frente al país, frente a él mismo y su pasado. Tengo nostalgia por aquel Evo que hacía campaña a pie y no en helicóptero; por aquellas campañas con militantes y sindicalistas, no con funcionarios que obligados tienen que dar parte de su salario y su tiempo para el partido; por el Evo al que no le amarraban los guatos. Hoy, Evo es el eco opaco y deslucido del grito que fue (Sabines).

30 de septiembre de 2019

En mi muro reproduzco un video del neo pentecostalismo aymara donde un público nutrido de cholitas baila y reza con banderas bolivianas flameando, una banda en el escenario tocando una morenada y adorando. Yo solo digo: "Esto es explosivo, combinación interesante, habrá que ver hasta dónde crece la 'afinidad electiva' entre el pentecostalismo y la cultura del carnaval orureña. Va a dar mucho qué estudiar (¡espero tesistas sobre el tema!)".

5 de octubre de 2019

Me envían un fragmento del cabildo cruceño. Me aterra escuchar el tono religioso, la oración colectiva, tomados de las manos siendo animados por una de sus oradoras. Pongo en mi muro irónicamente:

"El discurso de Andrea Vaca Barbery en el Gran Cabildo de Santa Cruz casi me convence de votar por Evo, desdiciendo todo lo escrito últimamente".

13 de octubre de 2019

Empiezo a subir el tono de las entradas en mi muro:

"Ya que se vaya el Evo. Que empiece el renacimiento del proceso de cambio".

Por supuesto que estoy apostando a la disociación entre Evo vs. "proceso de cambio". Y creo que la única manera de darle continuidad al proyecto es que Morales se haga a un lado (lo que debió haberlo hecho tiempo atrás). Mi intención es subrayar lo que considero esencial: el modelo funciona en lo económico y en lo social, no en la conducción. Dicho de otro modo, líder y proyecto no son lo mismo, es más, uno matará al otro. Suscito 105 reacciones y 41 comentarios. Primera vez, y creo que única, que el Ministro de Comunicación me pone una carita sonriendo

19 de octubre de 2019

Un día antes de las elecciones, retomo en mi muro la reflexión de Pablo Solón, quien fue embajador de Evo en Naciones Unidas y luego se separó drásticamente, además de ser hijo del famoso muralista Walter Solón Romero:

> Brillante Pablo Solón, lo mejor que he leído en esta temporada. Lo firmo. "PS: Yo creo que no hay otra alternativa. Entre estos dos polos no hay una alternativa. Hay que construir y reconstruir algo diferente, y aprender de nuestros errores. Porque tuvimos movimientos muy fuertes hasta el 2006, hasta que llegamos al gobierno. Entonces tenemos que ser muy autocríticos de los errores que cometimos para que los nuevos movimientos no los vuelvan a cometer. A estas alturas, la dicotomía entre esta izquierda y esta derecha no es de fondo. No se trata de construir otro caudillo para hacer frente a Evo Morales u otro partido neoliberal, se trata de reconstituir el tejido social de los movimientos sociales y de nuevos actores para que empiecen a auto gestionarse, auto organizarse. Ese movimiento, hoy por hoy, es muy incipiente en Bolivia".

Las semanas siguientes las reflexiones de Solón serán claves.

Un balance
(Octubre de 2019)

Bolivia en la hora del cambio[17]

Introducción

El próximo 2o de octubre Bolivia volverá a las urnas para una nueva elección presidencial en la cual se definirá el gobierno para el período 2020-2025. Se trata de la sexta vez en que los bolivianos acudan a las ánforas –cuatro elecciones presidenciales y dos referéndums– desde que Evo Morales obtuviera la contundente victoria en 2005 que lo llevó al Palacio de Gobierno con el 53,5 % de los votos, de donde no se ha movido hasta nuestros días.

¿Cómo llegamos hasta aquí? Ya se ha explicado en páginas previas las repetidas victorias de Morales, los problemas y vicisitudes. Sólo cabe recordar brevemente que, más allá del amplio respaldo que por años tuvo el presidente, el 21 de febrero del 2016 se convocó a un referéndum que rectificara el artículo 168 de la Constitución del 2009 y diera paso libre para un eventual tercer período de gobierno. El resultado peleado, luego de una serie de excesos de todos los actores, fue 51,3% por el "no" y 48,7 por el "sí", imposibilitando la continuidad

17 Retomo algunas reflexiones de mi libro *La Paz en el torbellino del progreso* (Suárez, 2018) y del artículo publicado en *La Lettre de l'IHEAL-CREDA*, n. 30, juin, 2019.

de Morales. Sin embargo, el año siguiente el gobierno apeló al Tribunal Constitucional del Estado Plurinacional para que declarara inconstitucional el artículo aprobado años atrás por ser discriminatorio y violar su derecho humano a ser candidato. El órgano jurídico, controlado por el gobierno, accedió a la solicitud dando paso libre a la nueva elección que, como se dijo, se llevará a cabo en octubre próximo.

Ahora bien, más allá de las cifras electorales y las artimañas propias del mundo político, ¿cómo está el país en la actualidad? ¿Cuál es el balance de estos trece años de gobierno del MAS? El emblema oficial del período ha sido el "proceso de cambio", pero ¿qué cambió en realidad?, ¿qué se mantuvo?, ¿qué cambió para no cambiar?

El cambio

La diversa literatura científica en Bolivia, con enfoques y posiciones incluso divergentes, coincide globalmente en que el país ha atravesado por una mutación. Luis Tapia hablaba, en 2009, de una "crisis de Estado": "estamos viviendo una coyuntura de transición, de cambio sustantivo en la relación de fuerzas, cuyo rasgo central consiste en que el viejo bloque político-económico dominante ha sido expulsado electoralmente del poder ejecutivo a nivel del gobierno central y se ha vuelto minoría en el legislativo"[18]. Por su parte, Mayorga argumenta que en este período se vive un "proceso de transición a una nueva forma estatal" (caracterizado por el retorno del nacionalismo estatal de la economía) y el multiculturalismo ("reconocimiento de la diversidad étnica"). El "nuevo orden estatal" según este autor abarca el orden político (control unipartidista), el productivo (nacionalización e hidrocarburos), el económico (redistribución y lucha contra la pobreza), el social

18 Tapia, Luis. 2009. *La coyuntura de la autonomía relativa del estado,* La Paz: Muela del Diablo – CLACSO, p.7.

(integración) y el cultural (inversión de jerarquías valorativas, simbólicas e identitarias de los distintos grupos de la nación)[19].

En sintonía con la tesis de Mayorga, conviene subrayar cuatro dimensiones distintas del cambio. En primer lugar, se ha vivido la rotación de élites administrativas quebrando la inercia colonial que reservaba a la élite blanca la misión de dirigir el país. Espinoza explica cómo las élites gobernantes en el gobierno de Evo Morales provinieron de sectores sindicales y populares[20]. Zegada y Komadina muestran el cambio de la composición parlamentaria, si en el período 1993-1997 48,7% de los diputados provenían de profesiones liberales y 3,9% lo hacían del mundo obrero, artesano o del sector primario, en el período 2010-2014, 17,7% eran del primer grupo y 26,3% del segundo; asimismo, 34,8% de los diputados *masistas* de esa legislatura fueron obreros o campesinos, siendo el porcentaje más elevado[21] . Por su parte, Soruco describe el nuevo perfil del servidor público, abonando a la idea de la construcción de una nueva burocracia que es el resultado de la movilidad social e intergeneracional[22].

Una segunda dimensión es la económica. Se ha desmontado la inercia neoliberal que implicaba dejar la autorregulación del mercado con poca intervención estatal y se ha fortalecido la maquinaria del Estado en el control del dinamismo económico. El "modelo económico social comunitario y productivo" se basó en tres iniciativas: política de nacionalización, redistribución del ingreso, control de la inflación e incre-

---

19 Mayorga, Fernando. 2014. *Incertidumbres tácticas: ensayos sobre democracia, populismo y ciudadanía,* La Paz: PIEB, p.27-31.

20 Espinoza, Fran. 2015. *Bolivia: la circulación de sus élites (2006-2014)*, Santa Cruz de la Sierra: El País.

21 Zegada, María y Komandina, Jorge. 2014. *El espejo de la sociedad. Poder y representación en Bolivia*, La Paz: CERES-Plural, p.57-58

22 Soruco, Ximena. 2014. *Composición social del Estado Plurinacional,* La Paz: Centro de Investigaciones Sociales Vicepresidencia del Estado.

mento de la inversión pública[23]. En efecto, se ha establecido una política de inyección de capitales directos a la población a través de bonos, incremento notable del salario mínimo (de 500 bolivianos en 2006 a 1440 bolivianos en 2014) y beneficios puntuales –como el "doble aguinaldo" de fin de año para los trabajadores– que ha generado una estable clase media, reduciendo el índice de desigualdad y el porcentaje de población en extrema pobreza. Dicho en cifras duras, si el promedio del PIB en el período 1985-2005 fue de 2,99%, entre 2006 y 2014 fue del 4,8%, con un notable pico de 6,7% en 2013. El PIB per cápita creció de 1.010 $us en 2005 a 2.480 $us en 2012. Entre 2006 y 2012 el número de empresas activas y la creación de empresas pasó de 23.082 a 68.232. La pobreza extrema bajó de 38,2% en 2005 a 21,6% en 2012. El índice de Gini que mide la desigualdad bajó de 0,59 a 0,47 (donde 1 es desigualdad y 0 igualdad). Finalmente la inversión pública pasó de 879 millones de dólares en 2006 a 4.507 millones de dólares en 2014[24]. En una perspectiva paralela, se ha favorecido un dinamismo económico de los sectores populares que han sabido aprovechar la coyuntura acumulando importante capital[25].

La nueva política económica ha creado una clase media urbana y joven relativamente estable. El CENSO de 2012 tra-

---

23 Arce, Luis. 2015, "El nuevo modelo económico, social, comunitario y productivo" en *Economía Plural,* La Paz: Ministerio de Economía y Finanzas Públicas.

24 Bolivia: Ministerio de Economía y de Finanzas Públicas. 2013, *El modelo económico social comunitario y productivo y sus resultados,* Santa Cruz: Ministerio de Economía y Finanzas Públicas. Consultado en línea el 17 de marzo del 2013 en http://es.slideshare.net/EconomiaBo/nuevo-modelo-econmico-social-comunitario-y-productivo-y-sus-resultados, p.24-45. Banco Central de Bolivia. 2015, *Informe de política Monetaria,* La Paz: Banco Central de Bolivia, p.27

25 Tassi, Nico. 2012. *La otra cara del mercado,* La Paz: ISEAT; Tassi, Nico. 2013. *Hacer plata sin plata,* La Paz: PIEB.

jo al menos tres novedades. De los más de diez millones de bolivianos, casi siete de cada diez tenían menos de 34 años, es decir que habían nacido después de 1978[26]. Un segundo elemento es la cuestión de la educación. El alcance de las políticas de alfabetización promovidas por el Gobierno de Evo Morales fue significativo, 63% era alfabeto en 1976, en 2012 lo era un 95% (97% en el área urbana). La tasa de asistencia escolar de la población de 6 a 19 años pasó de 63,5% a 87,3% en el mismo período, y el número de personas mayores de 19 años con secundaria o estudios superiores creció de 446.142 a 3.782.327[27]. Por último, a mediados del siglo pasado Bolivia era preponderantemente rural (74% vs. 26% urbano), la tendencia fue modificándose de manera progresiva y sostenida; a mediados de los ochenta ya se apreciaba un mismo porcentaje, pero para 2012 la balanza se inclinó hacia lo urbano con 67,5% y lo rural solo 32,5%[28]. Lo anterior fue de la mano del incremento de las formas de consumo estandarizado de las ciudades capitalistas latinoamericanas y el imaginario que lo acompaña. Se crearon cadenas de supermercados y mega centros en las distintas ciudades, se favoreció la circulación de productos sofisticados y costosos en tiendas al alcance de una gran parte de la población. En La Paz, creció el parque vehicular en 100% entre 2005 y 2013, se incrementó la importación de productos de perfumería, cosméticos y perlas preciosas. Se instaló una cultura gastronómica sofisticada con múltiples iniciativas de prestigio internacional. Las aspiraciones del nuevo sector giran alrededor del consumo, la educación, la posesión de una vivienda propia.

---

26 Bolivia: Instituto Nacional de Estadística. 2015. *Censo de Población y Vivienda 2012 Bolivia: Características de la población,* La Paz: INE, p.23-24

27 Ibid. P.126-129

28 Ibidem.

Un último aspecto es la integración social y simbólica, que en algunas esferas se denomina "descolonización". Se la puede observar en dos polos. Por un lado, la visión oficial ha buscado la imposición de una narrativa que quiebre con la historia de la nación –y particularmente con el ciclo neoliberal iniciado en 1985– y que consolide un nuevo capítulo a partir de 2006 (por ejemplo ver Kohl y Farthing, 2012[29] o Viaña (Coord.), 2014[30]). Desde el gobierno se ha buscado promover una identidad nacional como un nuevo orden hegemónico a través de discursos, museos, libros, monumentos, etc.[31]. Se trata de un "nuevo imaginario estatal ( ) representado, entre muchos otros gestos, por Evo Morales como "el último Presidente de la República y el primero del Estado Plurinacional""[32]. Por otro lado, se ha impulsado un distinto sentido de pertenencia a una colectividad de iguales, una relación distinta con el otro, en especial de los sectores populares frente a las élites tradicionales. Ello repercute, por ejemplo, en trabajadoras del hogar, en las empresas, etc.; es decir, una plataforma de equidad, multiculturalismo y valorización étnica en distintos ámbitos de la sociedad.

Pero no todo cambia.

La continuidad

La retórica oficial se ha concentrado en mostrar y demostrar la profundidad y contundencia del "proceso de cambio". Como

29 Kohl, Benjamin y Farthing, Linda. 2012. *El bumerán boliviano,* La Paz: Plural.

30 Viaña, Jorge. 2014. *Configuración y horizontes del Estado plurinacional,* La Paz: Vicepresidencia del Estado- Centro de Investigaciones Sociales.

31 Nicolas, Vincent y Quisbert, Pablo. 2014. *Pachakuti: El retorno de la nación*. La Paz: Ed. PIEB.

32 Torrez, Yuri y Arce, Claudia. 2014. *Construcción simbólica del Estado Plurinacional*. La Paz: Ed. PIEB, p.2

se dijo, dicha tarea ha tocado las instituciones, los símbolos y múltiples iniciativas. Por ejemplo, en el ámbito económico, el Ministro de Economía, Luis Arce, publicó en 2015 un libro que, desde las cifras, pretendía mostrar la ruptura del período neoliberal (1985-2005) y la implementación del "modelo económico social comunitario productivo (2006-2014)"[33]. La metáfora económica y política fue la del péndulo: si antes el país estaba en el polo neoliberal, ahora se encuentra en el socialista. Sin embargo múltiples indicios advierten fuertes lazos entre los dos períodos. Por ejemplo, en el ámbito económico y político, Ernesto Araníbar advierte que lo que caracteriza las últimas tres décadas es la continuidad democrática y electoral desde 1982 –elecciones ininterrumpidas, lo que con sus bemoles dio relativa estabilidad política–, y el crecimiento sostenido del PIB con control inflacionario a partir de 1985[34]. En esa misma dirección, la medición del éxito del modelo se ha concentrado en exhibir los logros tangibles en la economía, lo que ha le ha permitido al gobierno cosechar aplausos de los organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial, instancias que otrora eran el principal enemigo. En el mismo sentido, durante muchos años la democracia liberal fue duramente criticada por los principales ideólogos del actual gobierno, se decía que la lógica de "un ciudadano, un voto" como ejercicio cada cuatro años iba en contra de la verdadera participación de la forma comunitaria de percibir y ejercer el poder. Tras las contundentes victorias de Evo Morales en las urnas, las reglas electorales –y las instituciones desde donde se las puede regular y sobre todo con-

33 Arce, Luis. 2015, "El nuevo modelo económico, social, comunitario y productivo" en Economía Plural, La Paz: Ministerio de Economía y Finanzas Públicas.

34 Araníbar, Ernesto. 2015. *Del péndulo al cubo: la configuración del mercado nacional en una era transnacional*, La Paz: Ed. 3600 y Heterodoxia

trolar– ahora son defendidas como el mejor mecanismo de la participación popular. En términos más generales, a pesar de la intervención del Estado en la economía, el modelo de desarrollo reposa todavía en el extractivismo y, por tanto, la explotación de los recursos naturales hasta que la naturaleza lo permita. Dado que se tiene relativamente controlados a los movimientos sociales –sean cooptados en la estructura burocrática estatal o sometidos a cualquier precio–, no le resulta demasiado complicado al gobierno continuar con su proyecto. Así, construir las carreteras, represas, el uso de los bosques o la contaminación de las aguas, y hasta el proyecto de energía nuclear, son cosa de todos los días. La ideología del progreso cambió poco en las últimas décadas, aunque el gobierno se esfuerce en divulgar la idea del "buen vivir".

También se puede poner la atención en otros ámbitos. El sentido urbano basado en la construcción, la utilización de vehículos y la construcción de palacios oficiales, se ha incrementado. En 2014, la Federación de Empresarios Privados de Santa Cruz exhibía con orgullo el movimiento económico de los restaurantes, el presidente de la Cámara Nacional de Comercio destacaba la creación de nuevas empresas, la Cámara Automotor Boliviana afirmaba con entusiasmo que entre 2006 y 2013 el mercado automotor había crecido 125%. De hecho, en La Paz el parque vehicular creció 100% en número de unidades en el mismo período. El sentido urbano de la dictadura de Hugo Banzer (1971-1978) en el que se consolidó la ciudad de cemento y del automóvil, se consumó con la propuesta de urbe de Evo Morales. Bien decía Marshall Berman que Brasilia parecía la concreción física de un régimen autoritario y, paradójicamente, fue diseñado por el arquitecto comunista Oscar Niemeyer; lo mismo sucedió en Bolivia: el gobierno socialista materializó el sueño urbano de los empresarios del *banzerismo*.

Cambiando para conservar

Bourdieu acuñó la idea de cambiar para conservar, aludiendo a situaciones en las que se despliegan relatos de mutación cuando en realidad son estrategias de continuidad y reacomodo de los agentes en las nuevas reglas del juego (en el marco de su teoría de reconversión de capitales al interior de los campos). Algo similar sucede en algunos rubros en Bolivia. En la política, se ha renovado el principio de la gobernabilidad –que fue capital en los noventa como el eje político del neoliberalismo– pero bajo la premisa de la subordinación. Si en la era neoliberal se acudió a la "democracia pactada", que significaba repartir los beneficios –y responsabilidades– del estado a quienes participen del pacto siempre y cuando no perturben la administración, ahora se ha instalado un régimen de "democracia controlada" desde el partido, involucrando a todos en el mismo, con base en los réditos de la administración burocrática. Así, quienes están dentro del partido y que por tanto controlan el estado, toman las decisiones en bloque sin necesidad de discusión alguna. El parlamento, que antes fue el espacio privilegiado para los pactos arreglados por la élite a puerta cerrada, ahora es simplemente una instancia de ejecución de las políticas que dicta el presidente, que solo consulta a su sindicato, a sus ministros y su pequeño entorno. Se ha esfumado el lema "mandar obedeciendo al pueblo", tomado del zapatismo mexicano que alguna vez fue evocado por el gobierno en sus primeros años (hasta el referéndum cuyo resultado fue indiscutible, ha sido revertido por la fuerza). En términos más abstractos –lo decía Touraine como un peligro para América Latina– la sociedad se ha sometido al estado, y el estado al partido.

Evidentemente, esto ha implicado la destrucción de toda disidencia, y el uso de todos los instrumentos de los que dispone el aparato público para el sometimiento y aniquilación del que piense diferente, eliminando cualquier posibili-

dad de diversidad ideológica o pluralidad política. La descalificación del otro ha tenido como telón de fondo las categorías de héroes y traidores, amigos y enemigos, acuñadas durante la era dictatorial y la lucha por la democracia. Se ha acentuado la exigencia de lealtad y fidelidad al líder y adhesión a su proyecto con la amenaza de convertirse en traidor en caso de salirse del libreto.

De manera paralela, en el funcionamiento de las formas estatales –con la respectiva herencia colonial y republicana– como una manera centralista y autoritaria de concentrar el poder, se ha cambiado de apellidos para su ejercicio, pero han quedado intactas y fortalecidas las estructuras. Así, en vez de construir mecanismos de participación política y de toma de decisiones desde las comunidades, se ha reforzado la idea del liderazgo, del jefe, del presidente con mayúscula. La imagen de Evo, que es uno de los pilares del modelo político, ha destrozado toda posibilidad de gestión colectiva del poder, doblegando la tradición libertaria boliviana basada en las masas y en la comunidad como núcleo rotativo y democrático desde donde se diseñe y gestione lo común. Un ejemplo ilustrativo se encuentra en la película Insurgentes, de Jorge Sanjinés (2012). La tradición del cineasta –un ícono de los movimientos sociales en Bolivia– fue subrayar el carácter colectivo de las luchas y nunca cayó en la personificación de las mismas. Pero en el filme referido, se esfuerza por construir un personaje iluminado que encarna la historia y que es el heredero y símbolo de lo indígena, lo que implica necesariamente matar el principio comunitario de la política.

En la política urbana a la que se aludió en los párrafos anteriores sucede algo similar. El modelo de ciudad iniciado en la era dictatorial, impulsó la construcción de edificios de gobierno que sean íconos –así impliquen la destrucción del paisaje y el patrimonio– y que muestren una idea de lo moderno. El tan lujoso como vistoso nuevo palacio de gobierno, inaugurado en 2018,

está revestido de símbolos, lemas y cuadros que evocan el mundo indígena. Sin embargo, en el fondo, la propuesta está más en sintonía con su gemelo a una cuadra, el edificio del Banco Central de Bolivia, concebido a mediados de la década del 70 en plena dictadura de Hugo Banzer e inaugurado por Luis García Meza en 1981. En la construcción del teleférico tenemos un ejemplo paralelo. Desde 2014 se comienza una fabulosa red de transporte urbano, los colores, los signos y los nombres aluden al imaginario indígena, pero los mensajes y las formas prácticas de su uso son de un *disciplinamiento* contundente que evocan lo que algunos autores llamaron los "códigos de modernidad"; las palabras que aparecen como mensajes en los distintos tránsitos son: "puntual, moderno, limpio, confiable, integrado, acogedor, ordenado, confortable".

Si volcamos la mirada a otros casos, veremos que lo que se presenta como una transformación en realidad es un reemplazo. Por ejemplo, Freddy Mamani Silvestre, se autodenomina el creador de la "arquitectura andina" y es ampliamente promovido por el gobierno. Lo contradictorio es que, por un lado, su propuesta en vez de reflejar la estética indígena y las formas colectivas de construcción, migración y ocupación del espacio, las fiestas y las dinámicas familiares y comunitarias que las acompañan, en realidad muestra que es el resultado de empresas unifamiliares que sobreviven en un capitalismo desregulado y que enseñan el éxito a través de su patrimonio[35]. Por otro lado, el "autor" se presenta como un nuevo arquitecto que promueve los valores andinos, pero en realidad se trata de un nuevo empresariado emergente que logra administrar bien las necesidades del mercado en un contexto cultural favorable. Es decir, es una reconversión del capitalismo con un sello étnico.

---

35 Poupeau, Franck. 2015. « Architectures émergentes à El Alto (Bolivie): essai d´interprétation sociologique», en Environnement Urbain / Urban Environment, Vol. 9, Consultado en línea el 19/04/2019 en https://journals.openedition.org/eue/601

Para concluir

La intención de estas páginas ha sido situar la coyuntura electoral boliviana de 2019 pero asumiendo como eje analítico dinámicas a mediano plazo que tomen en cuenta la última década de gestión del gobierno del MAS. Para ello, la reflexión se ha concentrado en los elementos visibles de transformación, aquellos que más bien representan una continuidad, y los que son lógicas de reconversión de dinámicas acumuladas en la historia y que hoy aparecen con nuevos rostros.

La enseñanza del "proceso de cambio" parece ser que la construcción del proyecto estatal de Evo Morales ha articulado dos lógicas complementarias: por un lado una retórica revolucionaria radical en lo económico, lo simbólico, lo político y lo social, pero, por otro lado, una lógica pragmática que, con la intención de resolver los problemas operativos de gestión y control del poder, opte por transacciones nuevas, retomando inercias sociopolíticas y económicas de larga data con iniciativas puntuales y sobre todo eficaces.

El país que ha resultado de estas políticas durante más de 10 años –que además es heredero de las inercias que venían de períodos anteriores– tiene rasgos propios de las sociedades latinoamericanas de principios de siglo, reduciendo las diferencias con otras naciones de la región. De distintas maneras la sociedad ha cambiado más que el estado y no necesariamente en la dirección del relato revolucionario emitido por este. La primera se ha acercado al estándar de las ciudadanías urbanas de consumo, mientras que el aparato estatal ha mantenido y renovado sus formas coloniales y neoliberales de concepción y ejercicio de la política. Todo indica que esta tensión y desfase no resuelto entre estado y sociedad acompañará un largo período más.

TERCERA PARTE

El descalabro

20 de octubre - 10 de noviembre de 2019

Introducción

El 20 de octubre fui a votar. Era domingo, lo hice en París. No imaginaba todo lo que iba a pasar. Pensaba que, a pesar de la polarización, las cosas más o menos iban a seguir su curso. Creía que Evo iba a enfrentar con cierta sensatez las elecciones, que iba a ganar, pero estaría obligado a una segunda vuelta, y muy probable que ahí perdiera. Quería creer que no íbamos a llegar a extremos de locura y, sobre todo, pensé que al gobierno le convenía más un tránsito del poder a Carlos Mesa que una convulsión que ponga en riesgo los pilares del "proceso de cambio".

Llegué en la tarde a casa, con los primeros resultados comenzó el alboroto. No podía creer lo que pasaba. Desde la distancia las cosas se recienten de distinta manera. La declaración de victoria de Carlos Mesa y minutos más tarde la de Evo anunciaban que la batalla electoral transitaba a un nuevo escenario. Para sentir mejor el ambiente nacional, me conecté a todas las redes sociales. Tenía abierta mi aplicación de Facebook en mi celular y la consultaba constantemente. Mandaba mensajes de WhatsApp y recibía decenas de informaciones. Veía mi Twitter con ansiedad esperando alguna novedad. Con un clima tan denso, rompí con mi discreción en redes y comencé a participar compulsivamente. Casi sin darme cuenta, a la vuelta de la esquina estaba en el corazón de la contienda.

Me desesperaba ver cómo, en un clima de violencia creciente, el gobierno era torpe, tosco y mentiroso. Veía a mis antiguos amigos en las posiciones más escandalosas, repitiendo todo lo que habíamos criticado tanto con un descaro desmedido.

Como cabalgo entre Bolivia y México, volví a los paralelos históricos, a las comparaciones, creyendo que era imposible que la izquierda mexicana cayera en el encantamiento de discurso oficial. En algún momento, sostuve un intercambio amistoso y razonable con un conocidísimo intelectual –o más bien un amplificador vestido de académico, de la voz de los políticos– explicándole la discusión de Bolivia, las distintas posiciones, las múltiples maneras de ser de izquierda. Mis palabras claramente no fueron escuchadas.

La tensión creció en el país y los excesos tocaron los límites, no dejé de participar en redes, a costa de recibir todos los improperios previsibles. Semanas más tarde un colega me comentó sus impresiones sobre los sociólogos en Facebook, asombrado por cuánto el argumento se puede devaluar, cuán fácil es manosear las palabras y los conceptos, cuán cómodo es repetir los lugares comunes. Por eso, luego de la renuncia de Evo, decidí callar, usar las redes como un canal de difusión, no de discusión. Era un debate inútil, tiempo perdido. Aprendí que ese no es lugar para las ideas.

Sufrí al ser testigo de cómo el "proceso de cambio" se venía abajo gracias, en buena medida, a Evo. Se dice que la profundidad de la decepción depende del tamaño de la esperanza, que la dureza de la caída depende de la intensidad de la expectativa inicial. Me dolió ver que los sueños se esfumaban. En algún tiempo creí en que esta era una "revolución democrática y cultural", pero no fue así, ahora los principales impulsores se empeñaban en demolerla. Duele asistir al funeral de una apuesta, pero me quedó claro que es mejor vivir el duelo doloroso e indispensable, que guardar al muerto en un ropero; o peor: añorar su resurrección.

Los días, las redes, la columna

20 de octubre de 2019

Día de acudir a las urnas. Pensando en las enseñanzas de la historia mexicana, pongo el fundamental lema de la campaña de Francisco Madero en México que fue el preámbulo de la Revolución en 1910:

"Sufragio efectivo, no reelección".

Esa noche, Carlos Mesa se declara vencedor, lo propio Evo Morales, se para el conteo del TREP y empiezan las movilizaciones.

22 de octubre de 2019

(El Deber)

Votar en París

Unos meses atrás fui a inscribirme a la Embajada de Bolivia en Francia para votar el 20 de octubre. Pasaron las semanas y llegó el día. Inicialmente pensé que debía asistir a la propia embajada, pero por suerte antes de salir de mi casa me enteré de que la votación se iba a llevar a cabo en la alcaldía del distrito 16 de París, por cierto, el más rico de la ciudad.

Llegué después del mediodía. Mientras caminaba por la preciosa avenida Henri Martin, la bolivianidad empezaba a hacerse sentir. Conversaciones en castellano de los transeúntes, algunos aguayos en prendas de vestir y, sobre todo, un par de camionetas estacionadas al frente de la alcaldía con las puertas abiertas, sombrillas y cajas de plástico que contuvieron salteñas, api y platos típicos. Llegué tarde, así que ya no pude comprar nada.

Entré por el elegante portón central, y rápidamente me topé con la información del Órgano Electoral Plurinacional. A la izquierda estantes de plástico con las listas de votantes y sus respectivas mesas, a la derecha, en paneles, información precisa sobre cómo emitir el voto y flechas guiándonos hacia el Salón de Fiestas, que es donde estaban instaladas las urnas. En ese mismo lugar votan los franceses.

En el camino, las indicaciones iban de la mano de normas disciplinarias muy concretas: "no sentarse en las escaleras", "no quedarse en el pasillo", "circular de manera ordenada", "prohibido el acceso" –a determinadas salas–. Ya en la mesa de votación, todo funcionaba de manera clara, amable y rápida.

Me llamó la atención la diversidad de los votantes. A menudo estamos demasiado acostumbrados a pensar que Francia solo mantiene relación estable con la clase alta paceña a partir de sus instituciones educativas, pero se nos olvida que, por suerte, la historia es mucho más fluida y plural. En los pasillos de la alcaldía se escuchaban acentos de todas las regiones de Bolivia y de los distintos grupos sociales. No faltó quien luego de votar se acomodó en un rincón para comer apetitosos cuñapés que traía en una bolsa de plástico; mi timidez impidió pedirle que me invite.

Los resultados finales también mostraron relativa diversidad. De los 774 inscritos, 391 votaron por CC, 114 por el MAS, 12 por 21F, y 11 por PDC, aunque a la hora del conteo final surgieron expresiones festivas polémicas: un grupo empezó a saltar festejando –no me queda claro si la victoria de Mesa o la derrota del MAS– gritando "¡Evo a Chonchocoro!" entre risas, cantos y alegría.

Al volver a casa, me encontré con la figura más tierna de la votación: una señora mayor saliendo del metro, bien abrigada, sentada en una silla de ruedas llevada por su familiar en dirección a la alcaldía. Iban a votar. Pensé en mi abuela, su última votación fue la de 2005, hizo un esfuerzo enorme por llegar a la urna, y sentirse parte de una comunidad nacional.

* * *

Alguna colega continúa criticándome desde Facebook, ahora se refiere a dónde estoy viviendo: "Bravo por votar desde la comodidad de París a la derecha! El colmo!". Curioso, nunca dije por quién voté, ella infirió de acuerdo a la imagen que tiene de mí y me calificó. Además, ¿si lo hubiera hecho, es malo votar desde París? ¿Es malo hacerlo por la derecha si alguien quisiera hacerlo? (Insisto, no lo hice). La izquierda intolerante salió a relucir. Pero era solo el anuncio de lo que vendría.

21 de octubre de 2019

Insisto con mis referencias a México. Sucede que todo este tiempo he vivido entre Bolivia y México, y he visto los puentes siempre impactantes. Me ha impresionado cómo el poder priísta y panista mexicano se parecía tanto al ejercicio *masista* de gobierno. A estas alturas, ya se sabe que se detuvo el conteo del TREP cuando la tendencia era favorable a Carlos Mesa, y cuando volvió la información, ya el vencedor era Evo Morales. Igualito a lo sucedido en México tres décadas atrás en el fraude del PRI al PRD. El secretario de gobernación de entonces y operador del apagón fue Bartlett, actual alto funcionario de López Obrador. Escribo en redes:

"En la Plaza Murillo parece que han contratado a Manuel Bartlett (expriísta responsable del fraude contra Cárdenas en 1988, en México): el sistema se cayó ".

22 de octubre de 2019

El país ya está movilizado. Diferentes grupos políticos, líderes sociales de varios lugares denuncian fraude y llaman a paro indefinido. El MAS se afirma como ganador en la primera vuelta. Hay enfrentamientos por todo lado. En mi muro:

> El MAS abrió las puertas del infierno. Dio el salto al abismo con el país en los brazos. ¡Que capricho! ¿Cuántos muertos costará su decisión? ¿Cuántos años para recuperar la ruta democrática?, ¿la confianza en las instituciones electorales?, ¿la confianza en los actores de la política? La historia los juzgará.

Se comparte 55 veces mi entrada y recibo 167 comentarios. Empiezan los insultos y la polémica.

Más tarde continúo con la comparación con México:

> Puentes entre México y Bolivia: Victoria de Salinas de Gortari en 1988 + victoria de Calderón en el 2006 = Victoria de Evo el 2019. Algo anda mal...

Más afrentas, ahora sale el frente mexicano indignado porque Morales pueda parecerse en algo con los presidentes allá.

24 de octubre de 2019

El país ya está en llamas. Impresionado por cómo leen las cosas desde el extranjero, endiosando al presidente, retomo nuevamente la reflexión de Solón:

> Por favor, lean la carta de Pablo Solón. Especialmente los que están fuera del país y guardan una imagen equivocada de Evo. Por mi parte, la firmo.
>
> "Nada de esto hubiera pasado si Evo no hubiera desconocido el referéndum que dijo NO a su reelección, y forzado esta elección bajo el argumento de que su derecho humano a ser elegido está por encima de la constitución y la voluntad de la población.
>
> No quiero entrar en otros temas que son muy importantes como la situación económica del país, los derechos de la Madre Tierra, la situación de las organizaciones sociales y la reconfiguración de la burguesía en Bolivia. Muy pronto podremos seguir conversando de esos temas, de nuestros aciertos, errores y pronósticos. Por el momento, solo les pido informarse desapasionadamente de la situación boliviana y tomar la decisión que les dicte su conciencia y sus principios. De mi parte, seguiré el ejemplo del mayo francés, continuaré pidiendo lo imposible que es lo único posible: Que Evo reconozca el referéndum del 21 de febrero y deje de insistir en su reelección antes de que corra sangre."

Todo está convulsionado. Repito en mi muro la frase del artículo "De golpes y golpistas", de Juan Carlos Salazar, periodista que vivió mucho tiempo en México y que fue director del periódico Página Siete:

Dice Salazar: "Si hay un golpista en la Bolivia del 'proceso de cambio' es el propio Evo Morales. Y no lo digo yo. Lo dijo él mismo cuando afirmó públicamente, una semana antes del 21F, que desconocer el resultado del referéndum equivaldría a dar un golpe de Estado ("Si el pueblo dice "no", ¿qué podemos hacer? No vamos a hacer golpe de Estado. Tenemos que irnos callados")".

25 de octubre de 2019

No puedo creer lo que está sucediendo, cómo el gobierno miente una y otra vez, cómo se aferra al poder, cómo descalifica a sus oponentes y no tiene ninguna voluntad de negociar. Es el despotismo en su peor rostro. Acudo a un fragmento del artículo de Rafael Puente, "Qué pena Evo":

> Rafael Puente, intachable intelectual de la izquierda boliviana le dice a Evo: "te has comportado como muchos mandatarios indeseables que solo buscaban el poder por el poder, incumpliendo principios legales y constitucionales; y todo esto en un escenario que, entre tanto, ha pasado a ser internacional, dada la participación activa de la OEA y de la Unión Europea (...)
>
> ¿Y crees que eso se resuelve con la sencilla maniobra de descalificar a la OEA? ¿Por qué no la descalificabas cuando aquel uruguayo impresentable, de apellido Almagro, te daba la razón? Entonces la OEA venía a ser un referente completamente confiable.
>
> Realmente has deteriorado tu imagen. (...) Y, en general, hace tiempo que no vemos vigente ninguno de los principios que alentaban tu primer gobierno: Madre Tierra, Vivir Bien, industrialización, soberanía alimentaria, participación social
>
> Pero por lo menos nadie te podía acusar de falta de legitimidad como Presidente, aunque sí de abusar antidemocráticamente de tu mayoría de más de dos tercios en la Asamblea Legislativa; pero es que realmente tenías esa mayoría
>
> Ahora la has perdido, pero además has perdido toda credibilidad, y eso difícilmente se

recupera. Realmente qué pena, Evo, y creo que no falta mucho para que te arrepientas. Pero será tarde".

26 de octubre de 2019

Intento mostrar que quienes criticamos a Evo no somos un pequeño grupo alineado con los sectores más conservadores. Traigo a mi muro un pedazo de reflexión de la intelectual argentina que ha brillado por sus análisis críticos:

De Marisella Svampa:

> "...¿quién podría negar la deriva política de Morales, quien nació del ciclo de luchas anti-neoliberal, de las entrañas de los movimientos sociales, que tanta repercusión tuviera en términos políticos y simbólicos en la región latinoamericana? Su afán reeleccionista es la ilustración más cabal de lo que ha significado la concentración del poder durante el ciclo progresista. No hay margen de idealización posible para quien fuera considerado el 'primer presidente indígena de América Latina', frente a esta condenable obsesión por permanecer en el poder. Algo que, sin embargo, no debe hacernos olvidar las transformaciones sociales positivas operadas en la sociedad boliviana, en el marco de una envidiable estabilidad económica. Esperemos que la auditoría de la OEA se realice y cierre este penoso, pero poco olvidable suceso, y Morales acepte los resultados de la votación".

Otra vez, una lúcida colega revira: "qué ciegos son!", dice indignada.

28 de octubre de 2019

Las cosas se ponen cada vez más difíciles para el gobierno. Me gusta cómo lo refleja el literato cruceño, lo reenvío.

Dice Homero Carvalho

> "Creo que antes del 21-F todo le salía bien al MAS, incluso lo que hacía mal, ahora todo le sale mal, incluso lo que hace bien; parece que desobedecer la voluntad popular les atrajo la mala suerte, el 'k´encherío'".

Más tarde vuelvo con una frase que traía hace rato y que es compartida 31 veces:

Todos los gobiernos tienen un Sánchez Berzain. El Evo tiene varios.

30 de octubre de 2019

El centro de la discusión política es la auditoría de las elecciones que está en curso por parte de la OEA. El gobierno quiere ganar tiempo, la pide y dice que será vinculante. La oposición no la avala porque dice que no fue convocada para definir los términos. Yo tengo profunda desconfianza, pues creo que las autoridades no mostrarán toda la información. Luego se demostrará que estaba equivocado. Escribo:

> El gobierno pide auditoría porque sabe que controla las actas. Como buen mago, dirige la atención donde no está la trampa. No sé ustedes, yo ya no creo en reyes magos.

Los ánimos están cada vez más subidos de tono: 117 reacciones, 63 comentarios, 18 veces compartida la entrada.

El mismo día vuelvo con la siguiente frase:

> Por diez días Evo dejó de ser presidente de los bolivianos y pasó a ser dirigente de sus votantes. Lamentable. Le dio la espalda a la nación.

Es que me impresiona que el presidente no busque pacificar, y que más bien se convierta en un agitador antes que un estadista. Polariza más en lugar de buscar acuerdos. No sé hasta dónde va a llegar.

31 de octubre de 2019

Nada se compone. Escribo:

> Pensé que exageraba cuando hace doce días decía: "El MAS abrió las puertas del infierno ". Ahora me queda claro que son capaces de todo.

3 de noviembre de 2019

En el cabildo de Santa Cruz, aparece con una fuerza aplanadora el líder cívico Luis Camacho, que con cruz en mano e innumerables referencias a Dios, da 48 horas para que Morales renuncie. La cosa está cada vez peor.

> El factor religioso entra en acción en Bolivia. Dios nos libre. Evo pudo evitarnos este camino al infierno. No lo hizo. Ganó su tozudez, su capricho, su ambición. Pudo haber pasado a la historia como el arquitecto de la nueva Bolivia, pero parece que lo hará como el presidente que provocó la mayor confrontación del país con insospechadas consecuencias.

Empiezan a salir las expresiones de creatividad popular. La canción *La resistencia* de Carolina Bessolo es un himno que lo comparto con gusto. También el grito hecho canción "quién se rinde, nadie se rinde ".

> "¡Evo de nuevo, huevo carajo!". La verdad, el mejor grito que he escuchado en mucho tiempo. Ojalá se haga realidad.

4 de noviembre de 2019

Empiezo a ser solicitado en varios medios, sobre todo franceses. También me hablan de Radio UNAM. Invitando a que me escuchen y pensando en mis colegas mexicanos, afirmo:

> A las 8:35 de la mañana, hora de México, me entrevistarán en Radio Unam sobre Bolivia. Se puede escuchar en red. México no se puede confundir, la izquierda mexicana ha vivido muchos fraudes, no puede apoyar uno en Bolivia seducida por el desgastado discurso oficial. México debe continuar con la tradición de acoger a las partes en conflicto y buscar salidas democráticas, no legitimar un régimen con clara tentación autoritaria que en muchos puntos se parece al *prianismo*[36].

Todavía no se ve el lamentable rol que jugará México en este conflicto.

36 En México se utilizó la expresión PRIAN como la conjunción del Partido Revolucionario Institucional (PRI) más el Partido de Acción Nacional (PAN).

5 de noviembre de 2019[37]

(El Deber)

Evo en el precipicio

El presidente ha demostrado amplia capacidad para dejar pasar grandes oportunidades. Luego de su derrota, el 21 de febrero de 2016 pudo dar una jugada magistral y retirarse. Por un lado, cerraba el ciclo del Proceso de Cambio con resultados muy favorables en todos los planos y se erigía como el gran arquitecto del Estado Plurinacional, un auténtico fundador del Estado Plurinacional; por otro lado, aceleraba el recambio generacional preparando a sus propios seguidores y al país para su sucesor; y finalmente mostraba una vocación democrática al aceptar los resultados en las urnas aunque no le favorezcan, aplicando así la máxima zapatista con la que entró a su gobierno: mandar obedeciendo la voluntad popular. Pero no, prefirió la artimaña jurídica.

Habiendo cometido un primer error, en el proceso electoral de este año pudo intentar marcar distancia entre ser el presidente de la nación y el candidato de un partido. Aunque era difícil por la manera cómo organizó el tablero, pudo intentar cierto grado de equidad en la contienda, no utilizar los recursos públicos para la campaña, no ser candidato y autoridad a la vez, separar las funciones y dejar que, auténticamente, la nación decida su continuidad o su partida. Pero no, prefirió organizar una elección de Estado con un candidato-presidente con todo a su favor.

37 La noche anterior se cumplió el plazo puesto por Camacho a Evo para que renuncie. Es la recta final, una semana. Va a La Paz con la carta y la Biblia. No puede bajar del aeropuerto de El Alto. Morales va perdiendo apoyos, hay muertos en las filas de los opositores.

Una tercera equivocación sucedió el 20 y 21 de octubre. Pudo dejar que el Órgano Electoral Plurinacional, ya vapuleado y con el mayor de los descréditos en sus espaldas, hiciera su trabajo sin intervenciones. Pudo darles autonomía, no dar línea, no hacer llamadas telefónicas, no intervenir. Pudo impulsar elecciones limpias, no propiciar el fraude con otras artimañas. Pero no, al verse perdido, prefirió hacer notar su poder, entorpecer el trabajo de aquellos que deberían ser independientes, manipular datos, tiempos, boletas, votos.

Los días después de la elección, pudo ser presidente de los bolivianos, hablar como un hombre de Estado, un mandatario de millones de personas de diversidad étnica, ideológica y social. Pudo poner las bases para pacificar el país, matizar las posiciones, buscar salidas negociadas, políticas. Pero no, prefirió dejar de ser presidente y devenir el dirigente belicoso de siempre. Polarizó, insultó, amenazó, mintió, amparó a sus bases ayudándoles para que se movilicen –ofreciendo desde palos hasta mingitorios– y privó de la protección básica a los ciudadanos que no estaban con él. Y peor, cumplió la amenaza de muerte –anunciada por su alfil Torrico–; hoy carga con dos fallecidos y varios heridos que nadie olvidará.

A partir del 2 de noviembre le queda poca pista. Ojalá que no cometa el último error. Evo ya perdió legitimidad, apoyo, decencia y dignidad. Ya no está a la altura de la historia. Tiene una nación en contra por donde se le mire, es su peor momento. Hay una salida de emergencia, un último paracaídas, esperemos que lo sepa usar y que no tenga que huir en helicóptero o ensangrentarse más las manos para continuar con la tozudez de quedarse atornillado a la silla presidencial. Evo llevó al país al borde del abismo, ojalá no dé el último paso en falso arrastrándonos a todos al despeñadero.

Entrego estas líneas en la mañana del lunes 4 de noviembre, unas horas antes de la concentración en Santa Cruz y de que se venza el ultimátum de 48 horas. Tal vez le lleguen tarde al lector, con nueva baraja. El país se mueve deprisa.

6 de noviembre de 2019

Me queda claro que Evo es cada vez más el problema y no la solución.

Que se vaya el Evo. Ya basta. No entiendo cómo nos ha podido llevar a este punto. Chau.

7 de noviembre de 2019

Las agresiones están en varios lados. La violencia se desborda. En Vinto, la alcaldesa del partido de Morales es vejada públicamente, un opositor en es muerto a palos por partidarios del presidente y dos personas que se manifestaban contra Evo mueren por disparos.

> Lo de Vinto, indignante. La muerte del joven en Cochabamba y de los dos cruceños en Montero imperdonable. Toda la violencia desbordada duele. Los grupos de choque me recuerdan a los paramilitares de la dictadura; los tipos tirando petardos desde los ministerios y los policías gasificando me evocan imágenes del *gonismo*. Camacho, impresentable, primo hermano de los ministros *masistas*, un espejo, otro animal político; palabras más, palabras menos, podría formar parte del gabinete.
>
> ¿Qué tipo de régimen conduce Evo? ¿Es democracia lo que tenemos en las calles hoy? Como presidente, Evo es el principal responsable de la situación. Es un incendiario, está cosechando todo lo que sembró, la acumulación de sus malas decisiones y sus caprichos. A Evo le encantan los escenarios polares, es más guerrero que gobernador. Levantar la bandera del racismo es una retórica estratégica con fines políticos, sabe que pega, que moviliza, que irrita, poco importa qué consecuencias tenga. Está tirando por la borda todo lo bueno que hizo en ese tema, todo lo avanzado, reavivando intencionalmente episodios de hace una década. Si de quedarse en el poder se trata, poco importa tener que volver a empezar.

Y pensar que pudo haber sido el político más grande de la historia de Bolivia. A ver qué país queda después de la era de Evo. ¿Futuro seguro?

Álvaro García da una lamentable conferencia de prensa. Todo lo plantea a medias o al revés. Se ve que ya no tienen agenda.

Ay Álvaro, qué está pasando...

"Todo se hubiera evitado si hubiera dicho 'acepto mi derrota'" (dijo en la última conferencia de prensa el 7 de noviembre). Sí, si Evo lo hubiera dicho en el 2016, todo esto se hubiera evitado. "Acepto mi derrota", no violaré la constitución, respetaré la decisión popular. Bien hubiera sido...

"No se puede pedir a ningún funcionario público que vaya en contra de la Constitución". Y Evo la doblegó luego de que perdió el referéndum.

Terminar citando "la Santa Biblia" para responder a Camacho es grotesco. Ya lo he dicho: son siameses. Ahora tenemos dos pastores que hablan Biblia en mano.

Son capaces de todo, decía alguien por ahí. Lo son, no solo de no asumir las muertes responsabilidad del Estado y su gente, sino de acudir a la Biblia para terminar un discurso. Patético.

Así estamos. A dónde hemos llegado.

Morales utiliza una estrategia diferenciada. Vuelve a los ponchos o tenidas de oficinista urbano según sea el caso. Llama a todas las fuerzas que hayan logrado representación parlamentaria a un diálogo, pero ya es tarde. Muchos sectores piden su renuncia. Carlos Mesa dice que no tiene nada qué negociar, y reitera que pide nuevas elecciones. Escribo en mi muro.

> Evo, vestido con trajes que hace tiempo no usaba, es como el último borracho de una fiesta: no se quiere ir aunque ya nadie lo soporta.

La evocación provoca comentarios todavía más aguerridos. Respondo.

> Me impresionan las virulentas reacciones de quienes siguen a Evo como un mesías cuando se pone algo crítico, en el límite de la sátira, en el Facebook. Por el contrario, mansos cuando el *vice* miente frente a la pantalla o cuando el gobierno minimiza los muertos que son su responsabilidad. La política, sus pasiones y sus furias son un laberinto que no deja de sorprenderme.

10 de noviembre de 2019

Sale el informe preliminar de la OEA que muestra que hubo fraude y pide anulación de las elecciones. La COB, al lado de muchos sectores, pide la renuncia. El alto mando militar es el último en pronunciarse sugiriendo que Evo se vaya (se dice que Evo ya había tomado la decisión previamente). El presidente se aferra al discurso del golpe de estado y renuncia. Encuentro un pertinente tuit de Elena Poniatowska que lo comparto: "¿Por qué los presidentes de la república quieren eternizarse en el poder? ¿Por qué insiste Evo Morales en creer que no hay nadie más que él?". Acompaño el mensaje con mi texto:

> Para los que no están en Bolivia: no hay golpe de Estado, esa es la última invención y mentira del gobierno de Evo. Hay lucha contra el fraude. Compleja, contradictoria, diversa, pero con la intención de que Evo se vaya por la vía democrática, cómo debió hacerlo hace dos años. Y que lo haga antes de regar más sangre, sembrar más violencia y, lamentablemente, tirar por la borda todos los logros. Ojo, el principal enemigo del "proceso de cambio" es Evo y su capricho.

Luego de la dimisión oficial, digo:

> ¡Renunció por fraude! Ganó el pueblo boliviano.
>
> Toca la transición democrática, pacífica. Construyamos las instituciones y la cultura democrática que Evo quiso arrebatarnos. No excesos, todo en el marco de la democracia

Comparto finalmente el comentario de una amiga que recuerda que el antropólogo Xavier Albó habría dicho en 2016 antes del referéndum del 21 de febrero: "Evo: ándate por la puerta grande de la historia".

11 de noviembre de 2019

Continúa la discusión sobre el supuesto golpe de estado. Retomo la reflexión de una colega socióloga.

Del muro de Fernanda Wanderley:

> Não hubo golpe de Estado en Bolivia
>
> Por favor se informen antes de repetir versiones falsas que no son justas con la población boliviana! La ciudadanía se rebeló contra un enorme y comprobado FRAUDE ELECTORAL!! Fue una manifestación muy sacrificada de jóvenes, mujeres, indígenas, trabajadores, campesinos, personas humildes, clase media, empresarios, mineros, vecinos de diferentes barrios....! Lo que hicieron fue defender su voto!

Más tarde vuelvo con otras palabras.

> Evo pudo haber organizado una transición democrática, ordenada. Prefirió sembrar el caos. Pudo cuidar el "proceso de cambio" y no rifarlo por su capricho; prefirió que si no era él, no era nadie, a costa de perder lo ganado en estos años. Pudo dejar la presidencia en su momento, siguiendo las normas institucionales; prefirió torcer la Constitución.
>
> En Bolivia no hay Golpe de Estado. Hay un pueblo que defendió su voto, un gobierno que hizo fraude demostrado por todos lados. Y hay, claro está, un ex-presidente mezquino que sembró zozobra, creó un monstruo y dejó todo un desastre. Hay mil contradicciones y problemas nuevos, tensiones y fantasmas, vacíos y oportunistas. Hay de todo.
>
> Pero hay la esperanza de la reconstrucción de un país. Ojalá se imponga la cordura, las rutas

> democráticas, las instituciones que siempre debieron estar ahí.
>
> Bolivia vive un momento difícil, necesita apoyo para sanar las heridas, para reconstruir los lazos. No más incendiarios. Es tiempo de construir la paz y la democracia.

Lo dicho genera casi 300 reacciones, 140 comentarios y es compartido 192 veces. Ahora sí las amistades se fracturan, recibo agravios desde personales hasta profesionales. Evo parte a México y es recibido como jefe de estado. Un solo coro lo aplaude. Lamentable. Es el día que más veces envío mensajes en Facebook, llego a más de veinte. Demasiado para una sola jornada. Estoy exhausto, es un diálogo de sordos, no puede seguir así. Estoy indignado, lloro frente a las noticias, el miedo, la ausencia de poder, la mezquindad, la mentira, la farsa. Me siento impotente. No sé qué queda. La esperanza se esfuma.

19 de noviembre de 2019[38]

(texto inédito)

Lo que Evo nos dejó

Evo se fue en avión, Goni en helicóptero, a dieciséis años de distancia. Dos presidentes que parten dejando el país hecho trizas. Veamos en esta ocasión algunas herencias de Morales.

Economía vs. democracia. Una de las principales banderas del gobierno *masista* fue mostrar los envidiables logros económicos. Y tenía mucha razón, pues maravillan los resultados que, además, fueron de la mano de una redistribución estratégica y lucha contra la desigualdad. Pero, ¿de qué sirven formidables números si no tienen una estructura política que los sostenga? Dicen los economistas que el dramático escenario que hemos vivido los últimos dos meses, además de las deudas previamente contraídas, el próximo año sumirán al país en una de las peores crisis financieras. Vaya a saber quién queda en la silla presidencial, lo cierto es que tendrá que pagar las facturas del desfase entre economía y política generado por Morales.

El retorno del racismo. En el 2006, cuando Morales llegó al gobierno, una de las primeras batallas fue la lucha contra el racismo. Cierto, en una sociedad colonial era impensable un presidente indígena, y los grupos más conservadores tuvieron eso como bandera. Sin embargo, la audacia política del expre-

38 Abandono la estrategia de escribir en redes sociales. No lleva a ningún lado, devalúa las ideas y a las personas. Desaparece el argumento, empobrece todo intercambio. Ahora solo las uso para compartir información.
Escribo dos artículos para el periódico, el primero no lo mando porque es tiempo de paz, pero aquí es pertinente compartirlo. El segundo es el que sale publicado.

sidente más su política pública lograron batallar con mucho éxito esa impronta. En unos meses volcó la balanza, y hasta hace poco nadie podía vincular el origen social de Morales –que no es indígena propiamente dicho, no hay que olvidarlo– con una gestión poco eficiente. Lo propio con sus ministros y diputados, la evaluación de sus gestiones, sus aportes y límites no tenía que ver con su origen étnico. Pero más importante fue que la política económica impulsó una sociedad pluricultural, distribuyendo capitales por distintos sectores, y dando una verdadera batalla a la estructura racista y colonial que por siglos había gobernado el país.

Ahora bien, cuando Morales se ve perdido, prefiere desechar todo lo avanzado en el tema y volver al refugio discursivo de la víctima del racismo. Prefiere mostrarse como el marginado, el humillado, al que no lo quieren por su origen, y no como el poderoso presidente que logró pelear e instalar una plataforma que puso al tema étnico en otro lugar. A veces, en política, la voz del oprimido tiene más valor que la del déspota poderoso; es cuando hay que jugar a serlo.

Lo mismo se podría decir de la relación campo vs. ciudad. Desde que Morales vio los resultados desfavorables en las elecciones, desempolvó el argumento del voto rural, que llega tarde, que hay que defender (lo que luego se demostró que era falso, nunca faltó el voto rural, estuvo en las oficinas de La Paz a tiempo igual que todos). Paradoja: a Morales le tocó, por la inercia y por su iniciativa, un país mayoritariamente urbano y joven, con fronteras urbano/rurales difusas, más continuidades que rupturas. Pero claro, ante la desesperación de perder el poder, vuelve al relato del país que recibió y no del que dejó. Reaviva una diferencia que en los hechos no se sostiene, pero que políticamente es eficaz.

En lo político, Morales nos deja un país destrozado. Pudo, en 2016, construir una sucesión; pudo, en 2019, respetar los resultados –su proyecto hubiera tenido increíble

continuidad en manos, por ejemplo, de Carlos Mesa–; tras su renuncia, pudo dejar que la sucesión constitucional continúe y que su senadora asuma la presidencia para convocar a elecciones. Pero no, prefirió el vacío sin importarle el daño, como niño rico caprichoso –en eso y en tantas cosas más se parece a Goni–, quiso llevarse la pelota y que nadie juegue si él no está presente y si no es el capitán del equipo.

De Morales heredamos, quienes venimos de una tradición progresista, la constancia de que la izquierda puede ser tan responsable de un fraude como fueron los militares a finales de los setenta. Que en la izquierda hay impostores que se presentan como nobles, indígenas, socialistas con buenas intenciones, y que no son más que políticos mezquinos que buscan, antes que nada, el poder. Y sobre todo nos deja un país con luto, con nuevos muertos, con niños que enfrentan la noche con un miedo horrendo esperando que algún grupo armado de palos y piedras rompa los vidrios de su casa o le prenda fuego. Me recuerda a mi infancia en tiempos de Banzer y García Meza. En parte, también deja luto en Senkata y en Sacaba, aunque en ese caso es responsabilidad compartida con Añez.

Morales es un impostor. Un político hábil, mañoso. Cuando necesita, desempolva el discurso del racismo o del Golpe de Esado, inventa pruebas, busca víctimas. No le gusta la democracia, le gusta el poder. Goza de actuar en un país polarizado, disfruta de la tensión sin importarle las consecuencias. Es un señor de la guerra dispuesto a todo y ya encontró su rival perfecto. Al medio está el país, el "proceso de cambio", todo lo avanzado, pero a estas alturas le importa poco.

Nos deja un país en llamas. "Volveré y seré millones", lo que alguna vez fue un grito de esperanza, se ha convertido en una sentencia macabra. Ojalá que Bolivia esté por encima de sus gobernantes, es la única esperanza.

19 de noviembre de 2019

(El Deber)

Por la paz, las elecciones y la democracia

Hoy en la mañana desperté y escribí un largo artículo sobre la situación de Bolivia, pues es lunes y me toca enviar mi columna a *El Deber*. Hacía un balance del país en la actualidad, de las herencias del gobierno pasado, de las políticas del actual, de los problemas y tensiones. Ponía sin tapujos cómo veo a cada gobernante, cada iniciativa. Pero leyendo la prensa matutina, prefiero dejar esas letras para otro momento, ya saldrán.

Considero que hoy toca pensar en el país de otra manera, en la paz, en la salida democrática. Hay mucho duelo, mucho miedo, mucho dolor y rabia. Los trenes están a punto de chocar, nos dirigimos hacia un suicidio colectivo. Solo muerte, solo luto. Si no encontramos una salida, quien alce la bandera de la victoria tendrá una mano todavía más ensangrentada. Costará décadas lavar nuestras insignias. Nadie gana, no se engañen, aquí no hay un vencedor.

Tenemos dos caminos. Podemos armar los ejércitos, hacer discursos encendidos con cualquier contenido que exalte a la batalla, que dé valor y encienda los ánimos guerreros. Podemos dotar de armas o recursos legales a quienes nos escuchan, darles buenas razones para dejar la vida en el camino o para lastimar y matar al otro. Podemos encontrar argumentos justos. Pero por otro lado, podemos esforzarnos por encontrar una base para el entendimiento, una pequeña tabla de salvación que permita que no sucumbamos, una tímida luz al final del túnel. Podemos apostar a no dar el paso al abismo, a frenarnos en seco, reconocer nuestras diferencias y, mínimamente, descubrir un punto de encuentro.

Podemos demostrar que le apostamos a la democracia, que le apostamos a la pluralidad, a construir puentes en vez de cavar trincheras. Aunque estoy lejos, siento que el pueblo boliviano quiere más paz que guerra, quiere diálogo y no velorios, quiere democracia. Que los extremos se hagan a un lado, que los diplomáticos de cada posición encuentren la manera de llegar a acuerdos. Es el momento de la política, no de la guerra; aunque parece cursi repetirlo: "démosle una oportunidad a la paz".

La responsabilidad está en manos de todos no solo de los que gobiernan. Todos tenemos una llave para salvar país. Es tiempo de la palabra, no de las metrallas, de los palos, de las piedras. Dejemos que la ternura se sobreponga a la indignación, que la esperanza gane a la soberbia. Desempolvemos nuestra historia, escuchemos a nuestros mártires, nuestros héroes y estemos a su altura. Seamos dignos herederos de este país que ha pasado por tantas dificultades, pero que ha logrado avanzar. Tenemos poco tiempo y mucha responsabilidad. Pasado mañana Bolivia tiene que seguir en pie, plural, democrática, unida, digna.

3 de diciembre de 2019

(El Deber)

La decepción y la esperanza

Las últimas semanas han sido demasiado intensas. He pasado por varias etapas, desde indignación y activa participación en redes sociales (con la obvia consecuencia de pérdida de amigos y ganancia de simpatías nuevas), hasta la desilusión, el silencio y la autocensura. Ante la mentira, el descaro y la impostura, he buscado refugio en los libros. Casualmente, en esa temporada estaba revisando algunos textos de George Orwell que me han recordado que no soy el primero en desencantarse de lo que, en el principio, pareció una bella y noble utopía.

Mi interés no estuvo en los dos clásicos y más leídos aportes de Orwell, *Rebelión en la granja* y *1984* –en Bolivia tal vez el primero debería ser un libro de distribución gratuita para no olvidar cómo los dominados se convierten en poderosos y reproducen el poder igual o peor que antes–; mi interés se concentró en el Orwell periodista en la guerra de civil española, su desilusión con la izquierda y su relación con la "verdad".

He recorrido esas letras mientras veía con sorpresa cómo era recibido Evo Morales en el exterior luego del abandono de su patria y de su discurso mañoso. Particularmente me asombró la reacción en Argentina –previsible– y en México. Francamente me ha choqueado cómo la izquierda mexicana se compró todo lo que Morales quiso vender.

Orwell, como voluntario en la resistencia en Barcelona escribe regularmente para Londres. En el prólogo del libro *El poder y la palabra*, redactado por Miguel Berga, el autor señala cómo Orwell en ese episodio conoció y buscó "desenmasca-

rar la función del lenguaje como recurso clave en la implantación de sistemas totalitarios"[39]. El escritor está impactado por que el sentido de la verdad varía "con base en las preferencias políticas" de cada frente; dice Orwell en otro documento: "todo el mundo se cree las atrocidades del enemigo y descree las que habían cometido los de su propio bando, sin preocuparse siquiera en tener en cuenta las pruebas"[40]. Es más, queda impresionado al ver cómo en Londres los intelectuales toman posiciones y discuten en base a suposiciones emocionalmente fundadas y "sustentadas en eventos que no ocurrieron jamás"[41].

Con el relato del Golpe de Estado en Bolivia y la supuesta persecución –hasta el límite de correr riesgo la vida de Morales, siempre según él–, además de la discriminación que habría sufrido por ser indígena –repetido hasta el cansancio por sus intelectuales orgánicos–, la izquierda mexicana creyó a pie juntillas cada una de las afirmaciones sin preocuparse de verificar ninguno de los dichos de expresidente. La responsabilidad de Morales en el fraude, el despotismo en su forma de gobierno, los tres muertos opositores (dos a balas y uno a palos) en los últimos días antes de su partida, y muchos hechos más, fueron borrados de un plumazo.

Como bien sugería Orwell, "el poder hipnótico de las palabras" y su capacidad de "anulación de la capacidad crítica" se encarnaron en un colectivo que, solo porque el gran hermano Evo lo decía, tenía que ser verdad. El periodista boliviano que radica en México, Rafael Archondo –que maneja información siempre comprobada y seria–, se preguntaba con

39 Berga, Miguel. 2017. "Prólogo", en Orwell, George, *El poder y la palabra*, Barcelona: Random House.

40 Orwell, George. 2011. *Recuerdos de la guerra de España*, Barcelona: Random House, p. 13.

41 Ibid., p.29.

pertinencia en un artículo ¿Por qué no nos creen cuando decimos lo que pasó en Bolivia? Entretanto, yo escuchaba un coro de respuesta: "Nomás no", si lo dijo Evo, es cierto, y todo lo demás es mentira y propaganda de los golpistas racistas-fascistas. Orwell hubiera respondido: "el propio concepto de verdad está desapareciendo del mundo"[42].

El prologuista que he evocado del libro de Orwell trae a colación una cita del diccionario de Oxford que es especialmente pertinente, la posverdad: "relativo a aquellas circunstancias en las que apelar a las emociones y las creencias personales resulta más influyente para moldear la opinión pública que los hechos objetivos". Otra vez: pregunto en México por qué muchos afirman que hubo golpe en Bolivia, y solo me gritan: "lo dijo Evo". Y peor, el que se oponga a la verdad del gran hermano, es cómplice del golpismo-fascismo-racismo.

Por supuesto que ante ese escenario, no hay discusión posible. El diálogo se acabó, reina el insulto.

Orwell siempre fue un autor de cabecera. Admiré su profundidad, agudeza y claridad. Pero ahora me ayudó a entender más un episodio tan dramático como el que hemos vivido en Bolivia. Hago mía la decepción de Orwell que, luego de su paso por la guerra de España y conocer el funcionamiento interior de los partidos de izquierda, descubre el horror de la política.

Hace unos días, Rafael Puente, una autoridad moral del movimiento progresista boliviano –que entre otras cosas formó parte del primer gabinete de Morales–, escribía un clarificador artículo que tituló "¿Cómo que golpe de estado?". Luego de repasar las razones por las que lo sucedido en Bolivia no entra en esa definición, comparte su decepción y el temor por lo que viene. "A ver si aprendemos", concluye Puente. Cierto,

42 Ibid., p. 32.

comparto su angustia. A ver si aprendemos. A ver si ya no cometemos los mismos errores.

Es tiempo de repensar el inmenso poder del poder y su capacidad de destrozar los más nobles proyectos. Es tiempo de preguntarse en qué hemos fallado, por qué cuando la izquierda llega al gobierno se parece tanto a la derecha. Es tiempo de refugiarse abajo, en las pequeñas cosas, en los proyectos comunitarios, y volver a caminar, pero por nuevas rutas que conduzcan a mejores destinos.

17 de diciembre de 2019

(El Deber)

El poder y las ideas

Sigo dándole vueltas a lo sucedido en los últimos dos meses en Bolivia. No se apacigua mi asombro. Uno de los aspectos llamativos fue la dependencia del mundo de las ideas de las iniciativas del campo político. Me explico.

En el país, la política tiene un peso mayor, incomparable con otras naciones. Todos se interesan por ella, todos tienen una opinión y somos capaces de defenderla apasionadamente a costa de perder amistades o fracturar relaciones familiares. Vivimos impregnados del quehacer político que, además, es transversal, toca todas las regiones, las clases, las generaciones, los géneros.

Por lo mismo, el campo intelectual boliviano ha estado siempre influido por lo que sucedía en lo político, y habida cuenta que es fácil cambiar de un campo a otro, fue común en nuestra historia que intelectuales pasen a ser ministros y viceversa. Pero a pesar de esa estrecha relación, la producción de ideas mantuvo cierta sana diversidad y relativos grados de autonomía que variaban de acuerdo con circunstancias históricas.

Por ejemplo, en la era neoliberal se acuñó la figura de "intelectual cortesano" para referirse a los diversos colectivos que giraban alrededor del proyecto liderado por Goni –con alternancias menores–. Su intención fue construir un aparato explicativo funcional al modelo a través de instituciones, coloquios, libros. Lo notable fue que, teniendo todo a su favor, no se logró imponer un pensamiento único y, entre el final del

siglo pasado y el inicio del presente, hubo muchos polos que aportaban debates diferentes.

Tras la llegada de Morales al gobierno, una de sus agendas más importantes luego de controlar la convulsionada sociedad que recibió, fue imponer una narrativa interpretativa que sustente la formación del Estado Plurinacional y la Revolución Democrática y Cultural un nuevo set de categorías sobre las cuales repose el "proceso de cambio".

Lo hizo con mucha eficacia, pues desde la vicepresidencia ser armó una artillería que consistió en un programa de publicaciones, investigaciones, invitados internacionales, seminarios. Se buscó imponer un nuevo pensamiento único y que nadie dispute La –con mayúscula– interpretación de lo público; un nuevo monopolio de la verdad. Por las características del vicepresidente, y su innegable competencia en ese ámbito, la tarea fue relativamente fácil. Se sustituyó el "intelectual cortesano" por el "intelectual de Estado" y se logró en pocos años marginar a las disidencias, quitarles palestra y recursos dejando el escenario propicio para que se escuche una sola voz, una sola manera de comprender y explicar lo social.

Las últimas semanas del gobierno de Morales y particularmente en los días posteriores, este aparato interpretativo volvió a definir los términos de la discusión, y caímos en su juego. Por ejemplo, luego de su huida a México, el gobierno saliente –basado en su autoridad política e intelectual– decidió que lo importante era hablar de un golpe de estado y del racismo (todos sabíamos que era una estrategia para ocultar el bochorno del fraude), y los más prominentes pensadores, nacionales e internacionales, se pronunciaron sobre el tema. Vaya, hasta Zizek, que sabe poco de Bolivia, dijo algo. Quedaron del lado otros temas que son interesantes, por ejemplo, ¿cuál es la característica sociológica del "movimiento de las pititas"?, ¿es el primer movimiento social resultado de los logros del Estado Plurinacional?, ¿es rostro paradójico y más creativo de

la verdadera "generación Evo"?, ¿cuál el rol de la tecnología en estos meses? Tal vez en lugar de concentrarse en la biblia de Camacho y en la retórica victimista de Evo, debimos apuntar a otros fenómenos que estaban sucediendo en ese mismo momento. Tal vez ser más autónomos e imaginativos.

La supremacía del pensamiento único oficial durante los largos años del gobierno *evista* fue notoria, para bien y para mal. Tal como sucedió en otros ámbitos, se aplanó la diferencia y se ocultó –en el mejor de los casos– la disidencia; la única voz legítima con los altoparlantes del Estado se escuchó en todos los rincones. Toca ahora reconstruir la autonomía del campo intelectual, valorar la discusión y el desacuerdo. Crear espacios de auténtico debate de ideas que estén más allá de las estructuras estatales y de la agenda política, aunque la atraviesen. Tal vez sea tiempo de sentarse a pensar de otro modo y a discutir sin la necesidad de imponer.

31 de diciembre del 2019

(El Deber)

La ingenua esperanza

En diciembre de 2018, hace exactamente un año, escribí un texto en este mismo espacio que lo titulé "Ojalá". Ahí reflexionaba sobre el proceso electoral en puertas, su riesgo y posible desenlace. De los dos principales contendientes decía:

"A Evo no le temblará la mano si tiene que polarizar la nación hasta extremos absurdos, preferirá lanzarse al precipicio abrazado de sus caprichos y terquedades antes que acariciar la sensatez. No le importará matar al verdadero proceso de cambio del cual es el padre, si él no queda en la dirección. Mostrará que su mezquindad es más grande que su visión de país, demostrará que es más un padrastro egoísta que un verdadero padre de la nación (ojalá me equivoque). Mesa buscará la unidad frente a Evo, ser la alternativa más real. Tendrá primero que elaborar un discurso que el país escuche, más allá de los temas fáciles como la corrupción, los gastos, los abusos o los errores. Tendrá que canalizar el desencanto amorfo de sectores tan distintos en una sola dirección, lo que no es fácil sin contar con aparato ni pilares ideológicos contundentes. Se verá obligado a recibir cualquier apoyo, a sumar con la ilusión de después dividir, sin contemplar el costo de la factura".

Y concluía: "Ojalá que las elecciones no nos dejen tan magullados. Ojalá que el país sobreviva a los embates ciegos y furibundos que nos esperan. Ojalá que las furias no nos lleven a todos al abismo".

Lo demás es historia conocida, no tiene caso abundar en lo sucedido los últimos dos, tres meses, cada uno sacará sus conclusiones. Pero me atrevo, ahora que estamos todavía en el paréntesis navideño, a escribir mis deseos para el año que comienza.

Tengo la esperanza de que colectivamente podamos salir del hoyo en el que estamos metidos. Que las posiciones beligerantes de ambos bandos se escuchen menos, y que los negociadores encuentren los puntos básicos para la convivencia. Que el Tribunal Electoral nos conduzca por elecciones limpias, equitativas, confiables, y que el resultado sea aceptado por todos. Que no haya razones para acusar al otro y que el nuevo gobierno, sin importar su color, sepa administrar la diferencia, la pluralidad y gobernar con sabiduría.

También abrigo el sueño de empezar a saldar deudas en términos de derechos humanos y abusos de poder. Que se conforme una nueva comisión de la verdad que investigue todas las muertes desde 2006 hasta hoy; que con plena libertad, independencia y autonomía identifique a los culpables y los someta a la justicia. Ninguna muerte puede quedar impune.

Sueño con que los sectores progresistas de la sociedad boliviana, libres, independientes y autónomos, que por suerte no tienen un solo color, ni un solo líder, ni una sola bandera y que están regados en múltiples organizaciones, partidos, comunidades y colectivos, cierren filas para defender los mejores logros del "proceso de cambio". Que entendamos que hay temas en los que no se puede ir para atrás, que son el resultado de la lucha de décadas, que son un patrimonio de los bolivianos –no de un partido– y que toca a todos impedir que se destruyan.

Termino con la voz más fresca que ha salido a la luz gracias al vacío y al relevo político y generacional que nos dejó la movilización. Eva Copa, en una reciente entrevista, ante la pregunta sobre las próximas elecciones, asegura que se debe empezar por "curar las heridas que hemos tenido entre bolivianos". Y cuando es interrogada sobre sus hijos, sostiene que quiere "que vivan en un país libre, en un país tolerante, donde todos tengamos derecho a pensar como queramos en el marco del respeto, un país con valores".

Ojalá. Esa es mi ingenua esperanza para 2020.

Un Balance
(11 de noviembre de 2019)
Bolivia otra vez al borde del abismo[43]

A partir de la noche del 20 de octubre, Bolivia vive un proceso delicado que ignoramos qué consecuencias pueda tener. Recapitulemos.

Evo Morales ganó las elecciones presidenciales de 2005 con 53,5% de los votos. Su victoria fue el resultado de la acumulación de luchas sociales contra el neoliberalismo instalado en el país desde 1985 que fueron gestando fracturas en el modelo, generando movilizaciones en distintos frentes, que explotaron en 2003 y dieron como resultado, por un lado, la huida del principal arquitecto del modelo, el presidente Gonzalo Sánchez de Lozada, y dos años más tarde, el resultado electoral del MAS, partido de Morales.

Desde 2006 hasta la fecha, se pueden identificar al menos tres momentos: los primeros años de recomposición de las fuerzas políticas de la derecha tradicional ahora arrinconada y reaccionado desde las regiones –en medio la refundación del país a través de la Asamblea Constituyente–; luego, desde 2009, la gestión política propiamente dicha, con el apoyo popular expresado en las urnas, lo que le permitió al gobierno holgura para llevar adelante una agenda en lo económico y social –cuyos resultados se verán adelante–; y a partir de 2010

43 Suárez, Hugo José. 2019. "Bolivia al borde de un abismo" en *Open Democracy*, consultado en línea el 02/03/2020 en https://www.opendemocracy.net/en/author/hugo-jose-suarez/

que empiezan las rupturas al interior del gobierno (alejamiento de sus intelectuales y funcionarios de alto nivel, fin de alianzas con otras agrupaciones de izquierda, expulsión de dirigentes sindicales y creación de organizaciones paralelas), las contradicciones (por ejemplo marcha de los indígenas del Territorio Indígena y Parque Nacional Isiboro-Sécure TIPNIS en 2012), que se expresaron en la pérdida del Referéndum 2016. En 2019 estamos en un cuarto y peor momento del MAS.

En ese ambiente es que llegaron las elecciones de este año. ¿Qué pasó entre el 20 y 21 de octubre? ¿Por qué se ha llegado a ese punto?

Estamos atravesando por una crisis que desequilibra el modelo de gestión política del MAS.

El inicio de la crisis está el resultado del referéndum del 21 de febrero de 2016, en el cual Evo, como se dijo, perdió. Ese primer momento generó unidad en un sector anti-evista que se sintió profundamente engañado cuando, al año siguiente, el presidente apeló al Tribunal Constitucional del Estado Plurinacional para que declarara inconstitucional el artículo aprobado años atrás por la Constitución y diera paso libre a un eventual tercer gobierno. Esto fue de la mano de la conformación del Tribunal Supremo Electoral, máxima instancia del Órgano Electoral Plurinacional, compuesta por miembros funcionales al MAS. De hecho, fue en ese período en el cual varios vocales renunciaron y fueron rápidamente sustituidos por gente de confianza del presidente. De ahí en adelante, una parte de creciente de la población se desencantó del *masismo* y de las instituciones de ejercicio electoral y vio que sus artimañas, jurídicas y políticas no tenían límites.

El segundo episodio se da en la campaña electoral. La oposición tuvo varios frentes, pero el más visible fue Carlos Mesa, candidato de Comunidad Ciudadana. El MAS impulsó una campaña de Estado. Habida cuenta que las autoridades eran funcionarios y candidatos a la vez, acudieron al aparato

estatal para publicitar sus propuestas. Sin el menor disimulo, utilizaron ministerios, helicópteros, coches, medios de comunicación y recursos públicos para apoyar su oferta. Centenas de funcionarios fueron movilizados –por cierto, aquellos que por oficio dan parte de su salario al partido– para encuentros, marchas y eventos. Si bien esa es una práctica que tiene larga data en el país, nunca se había tenido tanto poder en múltiples esferas para que fuera tan efectiva.

El tercer momento fue el día mismo de las elecciones. El país llegó a las urnas con una polarización creciente, pero no extrema y en un clima de tensa calma. Lo demás es historia conocida: todo iba funcionando relativamente como lo previsto hasta que a las ocho de la noche el sistema Transmisión de Resultados Electorales Preliminares (TREP) deja de funcionar misteriosamente. Hasta ese momento, con 83% de las actas contadas, Morales tenía 45% y Mesa 38%, lo que implicaba una segunda vuelta. Veintidós horas más tarde, nuevamente el TREP aparece en las redes pero con una tendencia favorable a Morales (46,8% vs. 36,7%). Las distintas explicaciones del porqué del apagón fueron contradictorias, nadie supo explicar qué pasó. Estaba claro que la institución electoral quedaba sobrepasada y quedaba abierto el escenario para la política. No había instancia legítima, autónoma e imparcial: el árbitro –ya de dudosas competencias– había desaparecido. A partir de ahí, el país era otro. Mesa ya se había declarado ganador y empezó la movilización civil.

Entre el 21 y el 31 de octubre, Bolivia vive un cuarto momento en el proceso de descomposición. Por un lado, el presidente deja de gobernar para la nación y deviene un líder de sus bases –sindicales y electorales–; parece que abandonara la presidencia para asumir la conducción de sus militantes. Irrumpe en la discusión para amenazar, agredir, descalificar. Da rienda suelta a sus legionarios para que desaten violencia, y lo hacen con marchas, dinamita, chicotes, palos y piedras. Les

da todas las condiciones para que se movilicen: transporte, alimentación, baños públicos, autorización de cualquier exceso. No hay autoridad que regule.

Por otro lado, la oposición convoca a paro cívico nacional que es acatado prácticamente en todos los puntos del país. Se organizan cabildos y manifestaciones en las ciudades capitales, bloqueos y marchas que convocan a miles de personas. Los brotes de violencia y choques empiezan a ser cada vez más fuertes. Paralelamente, el gobierno llega a un acuerdo con la OEA para realizar una auditoría de las actas, que es rechazada por Mesa y los dirigentes cívicos por calificarla como mañosa, unilateral y focalizarse solo en algunos puntos de las elecciones y no en el proceso general. Muchas organizaciones civiles también la rechazan y manifiestan su profunda desconfianza. A la vez, empiezan a salir a la luz otras informaciones que siembran más dudas sobre lo sucedido en el OEP. El vocal y vicepresidente del Tribunal Supremo Electoral, Antonio Costas, renuncia por "la desatinada decisión" de suspender la publicación de los resultados del TREP. Luego se conoce que la orden de cortar la emisión del TREP vino desde altas esferas del gobierno, cuando ya tenían 94% de la información que abarcaba también el área rural. Los empresarios responsables del conteo entregaron un informe el 28 de octubre en el cual afirmaron que la noche del 20 de recibieron la llamada telefónica de la vocal del TSE, María Eugenia Choque, con la instrucción de suspender la difusión –porque los resultados no favorecían lo suficiente al MAS–, mientras que se les corta el servicio de internet, indispensable para su trabajo. Al entregar su informe, Marcel Guzmán de Rojas –gerente de la empresa Neotec– observa "vicios de nulidad" que cuestionan la elección. También en esos días aparecen múltiples denuncias de fraude y pruebas –unas aclaradas y otras no– de distintos actores políticos y profesionales. En ese momento, en las calles hay confrontación masiva, dudas bien fundadas de que

algo no estuvo limpio en las elecciones, el gobierno apelando a la OEA a la Auditoría.

Y es así como llegamos al quinto episodio, que se abre el 30 de octubre con la muerte de dos manifestantes cívicos en contra del gobierno en Montero (Santa Cruz) y varios heridos por disparos. Al día siguiente, se llevan a cabo cabildos simultáneos en todo el país. La demanda, además del luto por los fallecidos, fue más radical que las anteriores: renuncia de Evo Morales y Álvaro García Linera y nuevos comicios. En estos cabildos la novedad es que aparece una fractura entre los movimientos cívicos y la dirigencia de Carlos Mesa. El recientemente conformado Comité Nacional de Defensa de la Democracia, que bajo la dirección de Comunidad Ciudadana aglutina a varios dirigentes, no participó en los cabildos, e incluso uno de los puntos resolutivos se dice abiertamente que se trata de un movimiento cívico no alineado a Mesa. El gobierno pidió tregua hasta que se conozcan los resultados de la auditoría de la OEA, pero es ampliamente rechazada por todos los sectores de la oposición.

Para el 2 de noviembre, el panorama ya es completamente diferente. La iniciativa la tuvo el líder cívico Luis Fernando Camacho, quien, en una multitudinaria concentración en el Cristo Redentor en Santa Cruz, dijo que "es necesario que tomemos medidas mucho más duras" y dio un ultimátum a Evo Morales: en 48 horas debe renunciar. Ante sus masas aseguró que "el lunes se va a ir, se va a ir, se los garantizo". A la vez, se evocó abiertamente a que las Fuerzas Armadas "se pongan del lado del pueblo", y aseguró que "no estamos derrocando a un Gobierno, estamos liberando a toda una nación". En su discurso, con una imagen de la virgen en el atril mirando al público y un rosario en su mano derecha, Camacho introdujo el elemento religioso con especial contundencia: Evo ofende al pueblo boliviano y a Dios.

El fin de semana hasta la llegada del lunes 4 es de los más tensos. El gobierno juega todas sus cartas, manda al canciller a la OEA para denunciar un supuesto golpe de Estado, otorga un bono extra de fidelidad a los policías y cerca la Plaza Murillo, moviliza a sus bases. El domingo 3 queda claro que la oposición tiene dos frentes, el de la Coordinadora de Defensa de la Democracia, dirigida por Comunidad Ciudadana, y los líderes cívicos a la cabeza de Santa Cruz. CC se desmarca del ultimátum de Camacho y pide "una nueva elección, administrada por un nuevo OEP imparcial y con la observación rigurosa de la comunidad internacional".

La primera semana de noviembre el país está al límite de una guerra civil. El martes Camacho vuela a La Paz pero no logra salir del aeropuerto. El miércoles hay enfrentamientos duros en Cochabamba y La Paz, distintos sectores toman algunas oficinas públicas, los bloqueos y desbloqueos son violentos, los grupos de choque del gobierno se intensifican y son confrontados en varios puntos. El seis de noviembre, fruto de los enfrentamientos, en Cochabamba muere a golpes un joven de 20 años que protestaba contra el gobierno; paralelamente, la alcaldesa de Vinto, militante del MAS, es humillada y denigrada públicamente. El vicepresidente Álvaro García concentra la atención en ese hecho denunciando racismo y acusa a la oposición de ser responsable de la violencia; manipula datos e informaciones a su favor. La confrontación entre el bloque oficial –que utiliza al Estado y sus bases afines– y la oposición –con distintas estrategias y voces, pero que coinciden en la partida de Morales– es radical y, según parece, irreconciliable.

El liderazgo en La Paz lo tienen Camacho y el dirigente del Comité Cívico de Potosí Marco Antonio Pumari, que participan en una manifestación con cocaleros de Yungas y representantes de varios sectores; dicen que no se irán de la ciudad hasta recuperar la democracia y conseguir la renuncia de Evo. Asimismo, la empresa Ethical Hacking, que fuera

contratada por el OEP para una auditoría al TREP, concluye que el proceso está "viciado de nulidad" por la injerencia y las anomalías. El cuerpo policial se amotina en distintos lugares quebrando la unidad de las instituciones del orden público.

El sábado 9 de noviembre, el presidente da una conferencia de prensa en la que invita a los partidos que tuvieron asambleístas en las elecciones pasadas a un encuentro para pacificar el país sin una agenda cerrada, con participación de las iglesias y de los organismos internacionales. Minutos más tarde Carlos Mesa, el invitado principal, dice que no tiene nada qué negociar con Evo Morales, que él debe resolver y dar una salida. Al día siguiente, el 10 de noviembre, la OEA presenta el informe preliminar de la auditoría realizada a las elecciones y concluye que "se encontraron irregularidades, que varían desde muy graves hasta indicativas. Esto lleva al equipo técnico auditor a cuestionar la integridad de los resultados de la elección". La misma tarde las Fuerzas Armadas piden la renuncia del presidente, varios ministros, embajadores, diputados y altas autoridades empiezan a hacerlo. El mismo día, Evo Morales y Álvaro García Linera presentan su carta de dimisión.

Hasta ese momento, ¿qué estaba en juego en Bolivia hoy? Lo que se ha puesto en cuestión, no es lo ideológico, el sentido societal, ni el diseño de Estado; no es una confrontación de clases y menos de grupos étnicos; no son dos proyectos históricos como el socialismo vs. el neoliberalismo (aunque en distintas dosis estos elementos puedan aparecer). Lo que entra en crisis es el modelo autoritario de gestión política con el cual el MAS había actuado con holgura los últimos años, y su capacidad de reproducción. El modelo *masista* tenía seis pilares: un liderazgo indiscutible tanto al interior del partido como para la nación; un partido que funciona como operador y concentrador del poder distribuyéndolo entre sus bases y sus alianzas estratégicas; una base sindical sólida, esta-

ble, fiel y homogénea con capacidad de movilización cuando se la requiera; acuerdos de distinto tipo con organizaciones sindicales y comunitarias en varios puntos del país, los acuerdos se los lograba gracias a concesiones o dádivas específicas negociadas puntualmente con cada sector; control de todos los poderes del Estado (ejecutivo, legislativo y judicial), los poderes fácticos (arreglos con los medios de comunicación y acuerdos pragmáticos con la banca o empresarios) y los órganos estatales que deben tener cierta autonomía; pacto estratégico con las Fuerzas Armadas a quienes se les da favores para mantener fidelidad. Lo anterior en un clima económico óptimo, apoyado en desarrollo sostenido, acuerdos internacionales de inversión y proceso de equidad y redistribución de los ingresos públicos.

El modelo fue el resultado de una accidentada construcción de años, paso a paso, cada dimensión con un ritmo distinto. Su eficacia fue contundente, tanto que le permitió al gobierno estabilidad política inusual en Bolivia y llevar adelante macroproyectos que en otras coyunturas hubiera sido imposible de realizar. Sin embargo, en los últimos meses, las fracturas empezaron a ser cada vez más evidentes, y la capacidad de gobierno más accidentada, lo que explotó en octubre como una demanda de democracia en todo el país. Aparecieron nuevos actores con capacidad de movilización, que el gobierno no controlaba.

Si la disputa del 20 de octubre hasta el 10 de noviembre fue por el poder más que por la conducción de la historia, luego del informe de la OEA, la emergencia de los Comités Cívicos con el liderazgo cruceño y la renuncia del presidente, se abre un nuevo juego que involucra, ahora sí, dos horizontes de historicidad distintos: el que encabeza Carlos Mesa que representa, grosso modo, cierta continuidad en el proyecto económico y democrático vs. Camacho y los comités cívicos que encarnan la renovación del proyecto neoliberal con anclaje

autoritario territorial y un fuerte sesgo religioso conservador. Es muy probable que estos dos bloques disputen el rumbo de la nación en el futuro.

Por último, en la salida de Evo Morales, al verse desnudado frente al fraude comprobado por la auditoría internacional, ha introducido un recurso retórico contundente para la historia nacional, que es presentarse como víctima de un Golpe de Estado, y su ausencia ha generado un peligroso vacío de poder. En principio, hasta ahora no se puede hablar de un golpe porque no se ha roto el orden institucional; tenemos la renuncia del presidente luego de las presiones de muchos sectores y le corresponde a la Asamblea dar curso constitucional a la sucesión y llamar a elecciones. Sin embargo, se ha abierto un horizonte de posibilidades muy inciertas; se ha abierto una caja de pandora y no sabemos qué demonios puedan salir.

París, 11 de noviembre de 2019

Para terminar y volver a empezar

Con este texto he comenzado a cumplir una de mis deudas: escribir un libro sobre la política. Lo tenía pendiente y había pensado otro esquema, pero la política es autónoma, tiránica, irrumpe e impone sin preguntar. Así fue desde el principio. Nací en una familia donde la preocupación por lo público estuvo sobre la mesa, en la cuna, en la fiesta, en la vida. Mis padres aprendieron eso de los suyos, y nosotros seguimos esa ruta. En mi infancia, supe muy rápido que el acontecer nacional nos incumbía de sobremanera, que teníamos una voz en el devenir de la colectividad, que la lucha por la justicia era una de nuestras misiones. Aprendí que la política tiene riesgos, en la dictadura supe que hay que guardar secretos entre los niños, no decir el nombre de los amigos de los padres ni sus actividades ni ideas. Y aprendí, con poco más de diez años, que la política podía arrebatarme a mi padre (asesinado en la dictadura en 1981). Supe que es pasión, miedo, emoción, esperanza y lucha.

Con esa herencia, en varios momentos estuve invitado a entrar a la arena, ser candidato, diputado, ministro, funcionario, pero, por alguna razón que todavía no comprendo, opté por la sociología y me dediqué a la vida universitaria. Quizás cuando Evo Morales asumió el gobierno, fue que sentí más fuerte el llamado de las sirenas. Era mi generación, mis colegas y amigos quienes estaban conduciendo las riendas. Por eso, ya lo he dicho, me entregué desde las letras al proyecto. Por lo mismo mi crítica que hoy vuelco sin tapujos a ese sueño, o más bien a quienes lo convirtieron en pesadilla.

Es cierto, quizás mi posición es más cómoda. Eric Hobsbawm en su autobiografía escribe un capítulo sobre "ser comunista", y lo divide en dos partes, primero cuenta la experiencia de quienes, adhiriéndose a esta doctrina, no atravesaron por el ejercicio del poder, y, en la segunda, se refiere a los que sí lo hicieron. De los primeros dice: "los comunistas como yo, cuyos partidos nunca subieron al poder ni se vieron involucrados en situaciones que requerían decisiones acerca de la vida y la muerte de los demás (la resistencia, los campos de concentración), lo tuvimos más fácil"[44]; no sucedía lo mismo con quienes sí lo hicieron: "ellos no eran ajenos al poder, eran el poder; no eran oposición, sino el Gobierno, a menudo de países donde no eran del agrado de su población. La policía no era su enemigo, sino su agente. Y para ellos el futuro glorioso tras la revolución no era un sueño, sino una realidad"[45]. Me identifico, claro está, con quienes no tuvieron el mando, solo la palabra. Parte de mi "ventaja" es que nunca ocupé un cargo público, nunca tuve deudas con un líder ni subordinados, no repartí puestos ni contraté funcionarios, no debí guardar fidelidades que me lleven a los oscuros pasajes de intercambio de favores y complicidades. Desde esa posición de cómodo desapego, es que escribí estas líneas, como un observador comprometido que veía cómo paso a paso el mayor proyecto en este tiempo luego de la recuperación democrática se venía abajo.

Por lo anterior, he empezado el volumen con mis primeras intervenciones apoyando el "proceso de cambio" desde 2005 y termino con la renuncia de Evo Morales el 10 de noviembre del 2019. No han faltado voces que me critican por guardar silencio frente a los inaceptables excesos de la su-

---

44 Hobsbawm, Eric. 2003. *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Barcelona: Ed. Crítica, p. 127

45 Ibid., p. 138.

cesora de Morales, incluso quienes me acusan de complicidad. No es así, ya volcaré mi mirada a otras experiencias cuando llegue el tiempo. Tengo claro que la transición es desastrosa, que los nuevos administradores del poder son impresentables y que este es el momento para repensar y refundar la izquierda, defender lo acumulado y reconstruir la política. Pero, por lo pronto, he quedado tan lastimado espiritualmente que prefiero guardarme esa voz. Quizás una sola certeza: la política es un demonio juguetón que moldea a sus títeres a su antojo, en serie, prácticamente idénticos. Parece que lo más sabio es esquivar tanto sus furias como sus encantos, no apostar, no levantar banderas con facilidad y buscar que la preocupación por los demás encuentre otros caminos. Las formas para la solidaridad, para el bien común, para la justicia y la igualdad son infinitas, y dependen de nuestra creatividad. Cada quien tendrá que encontrar su manera, su lugar para contribuir al bienestar de todos.

* * *

La política tiene rostros, formas, dimensiones, niveles que hay que saber distinguir para comprender y, si se quiere, juzgar a quienes la ejercen de manera cotidiana y profesional. Pensemos sobre todo en la cultura de la izquierda latinoamericana, pero, a la vez, las categorías podrían utilizarse para otras experiencias.

La utopía. Cuando las ideas más nobles, sobre todo alrededor de justicia, libertad, igualdad ocupan el epicentro de la acción política, podemos decir que se vive un tiempo de política utópica. Los valores son los que marcan el ritmo de la acción pública; el análisis y la estrategia giran alrededor suyo, nada por encima de ellos. Es tiempo de heroísmo y héroes, de morir por las ideas, de considerar traidor al que las abandona o claudica, el disidente o el delator. El héroe, el mártir,

encuentra un escenario óptimo, es quien puede darlo todo, incluso la vida, por los ideales, por los grandes valores.

El estadista. Cuando se está en ejercicio de gobierno, las decisiones son cosa de todos los días. Se requiere sobre todo una agenda pública, un proyecto de desarrollo, político, social, económico, administrativo, cultural, que repose en una visión de estado y de sociedad, una perspectiva a largo plazo y un plan a corto plazo, un horizonte y una pragmática y estrategia operativa para llegar a él. Es cuando se debate qué camino tomar, qué decisión, si estatizar o liberalizar, si promover e invertir tal industria o tal otra, etc. Ahí el que dirige es un estadista, alguien que tiene claro hacia dónde se debe guiar a la sociedad y cuáles son las acciones concretas para llegar. Los valores y el heroísmo están en segundo plano, se trata de llevar adelante el proyecto.

El pragmatismo del poder. Con el poder entre las manos, no solo hay que tomar decisiones de largo aliento pensando en la sociedad que se quiere construir y el tipo de Estado, sino que hay que administrar lo mínimo y lo máximo del poder. Hay que jerarquizar, nombrar ministros, repartir el poder en proporciones desiguales, formar un grupo cercano al líder y de confianza, exiliar a los amigos dudosos o muy críticos, darles posiciones poco peligrosas; tener claro el juego de aliados y enemigos; de cercanos o arribistas; de técnicos o convencidos. Ahí hay que cortar cabezas, hay que serruchar al que se descuida, hay que cuidarse de todos y crear alianzas y equilibrios que permitan gobernar. Todo buen gobernante logra esa tarea.

Estas tres categorías no son un juicio de valor, las tres son necesarias, indispensables. El buen político es el que sabe calibrarlas, equilibrarlas, no dejar que una coma a la otra o más bien subrayar una o la otra en el tiempo correcto. Jugar a ser héroe cuando la circunstancia así lo exige, mostrarse como estatista cuando se tiene el poder, y administrarlo con cuidado

en lo mínimo para mantenerse y poder gobernar. El que solo tiene una de estas características, se convierte o en un mártir que queda en el camino de la política, o en un tecnócrata obsesivo con un proyecto de desarrollo, o en un déspota tiránico.

* * *

Ecos de aquellos días intensos: mis dos fracturas

De todo lo vivido en los últimos meses en Bolivia, tal vez lo más doloroso fue el desencuentro y malestar con mi familia y con México. Unas semanas atrás, un amigo me contaba que en La Paz se había peleado con sus padres por su posición; alguien más me decía que cortaron relaciones por las miradas divergentes. Es un hecho: este conflicto entró, y en algunos casos quebró, la lógica interna de los parientes. Quizás los que más resentimos la ruptura interna y desgarradora fuimos quienes tenemos una tradición de la izquierda nacional y con duros episodios durante el régimen militar. Reavivar la retórica de los 70 al interior de los núcleos familiares, unos diciendo que estamos en una dictadura y los otros sosteniendo que estamos luchando contra el autoritarismo, fue devastador, agotador. Por sabiduría, en mi caso decidimos concentrar los intercambios menos en la política. Lo que me quedó claro es que nacía una agenda de restauración de los lazos directos, que también fueron lastimados en este tiempo. Hablar del encuentro de los bolivianos y de la paz es una retórica pública global; lo cierto es que a mí me dejó la necesidad de volver a tejer nuestros intercambios con base en el inmenso amor que sea capaz de administrar los desencuentros. Es parte de la tarea.

Con México el asunto ha sido más complicado. He explicado cómo México jugó un rol tenebroso en todo esto. Pero lo que más dolió fue observar cómo López Obrador se compraba el discurso de Evo. Mientras que en Bolivia había una movilización enorme para derrocar al presidente que más

tiempo quería detentar el poder a cualquier costo, AMLO solo veía el buen indígena moralmente superior, y víctima de injusticia y maltrato por su condición étnica. La impostura de "me salvaron la vida", frase de Evo llegando a la Ciudad de México, se creyó a pie juntillas. Toda mentira o verdad a medias, en México se la leía como certeza incontestable. Y se gestó una ola ideológica que tapó todo, la dudosa elección, las muertes, la corrupción, el abuso de poder. Mi voz era un inaudible canto frente al estruendo que apagaba cualquier opinión distinta –me llamaron "golpista, fascista, racista"–. Se creó una nueva hegemonía de pensamiento que condene la disidencia, que la estigmatice. Se construyó un nuevo pensamiento único con medios, política, movimientos, intelectuales. Muy pocos, contados con los dedos, fueron quienes escucharon mi palabra sin leerla como una voz de la "derecha golpista". Una sola interpretación primaba, los amigos, los políticos, los medios y los intelectuales repetían el mismo libreto. Fue patético.

Volver a México me costó. Como el conflicto era con Bolivia, cuando el tema alcanzó con una dimensión diplomática, preferí autocensurarme. No había condiciones para el argumento. Me quedé descolocado, desfasado. De muchas maneras, el episodio me alejó de una fracción de la izquierda mexicana que se reveló dogmática, colonialista y abusiva.

* * *

¿Con qué nos quedamos luego de estos años vividos? ¿Qué aprendimos?

Es mucho lo vivido como para no extraer enseñanzas, tal vez esa sea nuestra única misión. Me quedo con la certeza de que, como ya se dijo tanto, *todo lo sólido se desvanece en el aire*. Como nada está predeterminado, su curso es siempre incierto. Lo más noble se puede convertir en ignominia en pocos años. La mentira, la soberbia, el despotismo, la farsa son patrimo-

nio de nadie, y se pueden ocultar bajo cualquier lema seductor. Ahora tengo certeza que un bonito slogan se puede devaluar y terminar siendo en la práctica lo contrario de lo que enuncia. A las palabras se las puede manosear, reinterpretar. El juego de la retórica política es dejar una verdad que tape las mentiras, que oculte los desaciertos. La tiranía de la verdad a menudo depende de la versión que se impone, de la correlación de fuerzas en el ámbito político; lo sabíamos desde León Portilla, *la visión de los vencidos* se oculta, la narrativa oficial es la que perdura.

Mi entrañable amigo Guy Bajoit me contó alguna vez que, en las discusiones del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en los setenta, él insistía que el día que ellos llegaran al poder, él sería el primer crítico. Intentaban convencerlo de todo lo contrario, de lo útil de contar con él en una función pública, pero insistía: sobra gente para ocupar espacios de poder, falta para controlarlos. En suma, tal vez sean más útiles no quienes están dispuestos y deseosos de subir a la torre de control, sino quienes no perderán la capacidad de ser disidentes. También me queda claro que parte de la labor operativa en la gestión pública es construir reglas e instituciones creíbles, independientes, legítimas, sólidas, con normas claras para su operación. Someter todo a la voluntad del líder, del partido, del sindicato o de la gran causa es el germen de la destrucción del proyecto. Por último, no podemos quedar prisioneros de las grandes interpretaciones dominantes, por muy atractivas que parezcan. Vale disentir. Nadie tiene el monopolio de la razón y no hay una sola ruta. El compromiso con el futuro y la comunidad es diverso, las maneras de acción múltiples.

Luego de tanta agua corrida bajo el puente, me simpatizan más las apuestas por lo pequeño, las que huyen de acumular el poder en unas solas manos o agrupaciones, la solidaridad directa, el cara-a-cara de lo colectivo. Es tiempo de nuevas rutas, de imaginación y ternura para poder volver a soñar.

ADENDA 1

Tres lecturas y dos aprendizajes de octubre-noviembre 2019 (junio 2020)

Hace unas semanas me invitaron a evaluar lo sucedido en Bolivia en octubre-noviembre del 2019 a seis meses de distancia. El país está en un escenario completamente distinto, la pandemia del Covid-19 removió demasiadas cosas y los actores políticos están jugando sus fichas en consecuencia. Todo puede pasar, la moneda sigue en el aire.

Lo anterior no impide que debamos volver a aquellos acontecimientos, lo tendremos que hacer repetidas veces los próximos lustros, pues en buena medida ahí se cristalizaron varias tendencias que marcarán nuestro avenir. Creo que al menos hay que plantear tres posiciones explicativas y sacar dos enseñanzas analíticas.

La primera línea de interpretación es leer lo sucedido desde la teoría de la conspiración. Recordemos que, groso modo, esa orientación explica los hechos políticos poniendo la atención a grupos que entre bambalinas, impulsan acciones desestabilizadoras. En el caso boliviano, esta explicación viene casada con la idea del Golpe de Estado, el rol de los vínculos secretos de las élites políticas de la derecha con el gobierno estadounidense, con gobiernos conservadores de la región y sectores empresariales locales.

El segundo eje analítico nos ofrece la teoría de los movimientos sociales. El responsable de la acción es un actor social que con su práctica disputa la conducción de la historicidad y remueve el escenario político. Así, Bolivia habría atravesado por el nacimiento de un nuevo movimiento social -que algunos llamarían las "pititas"- que, a pesar de su abigarrada constitución, efímera estructura y desmembrada conducción, tuvo el mérito de canalizar un malestar expandido. El "malestar boliviano" fue el que logró enfrentarse a una poderosa estructura de Estado muy bien armada e incluso pudo derrotarla. En esta perspectiva -que los más entusiastas apelarán a una "recuperación democrática", lo que a mi entender es una *sobreinterpretación* y por tanto un error-, en octubre-noviembre nació y murió un movimiento social -resultado de la política del Estado Plurinacional- que no fue controlado y orquestado desde el MAS.

La última orientación es la teoría del poder. Desde ella se pone la atención en la capacidad de acumular un capital político, edificar instituciones sólidas, además de un líder carismático que orquesta, controla y tiene el monopolio del poder. El cambio sucede cuando el modelo de gestión política entra en crisis, sea por contradicciones internas o por factores externos, y deja de ser eficiente para mantenerse y reproducirse. Tras su fragilidad y disfunción, se derrumba con facilidad. En Bolivia, en parte es lo que sucedió, como lo he explicado en otro documento.

Las tres miradas son necesarias y ayudan a comprender mejor lo sucedido. Es un error querer jerarquizarlas o darle mayor peso a alguna; todas explican parte del cambio. Pero cada una requiere un estudio minucioso para entender realmente cómo sucedieron las cosas, y sobre todo, ninguna debe ser utilizada en código político.

Y ahí aparece el primer aprendizaje: pensar desde las ciencias sociales. Ya lo han dicho muchos pero vale la pena su-

brayarlo. Interpretar lo acontecido al calor de los intereses del campo político conduce a instrumentalizar el análisis viciando los datos y resultados. Nada más arriesgado y peligroso; la sociología tiene un siglo intentando sacudirse de los mandatos interpretativos (sean eclesiales, nacionalistas, partidarios, sindicales, etc.).

La segunda enseñanza es utilizar los conceptos como resultado de un tiempo y un espacio, siendo muy cuidadosos en no cambiar de contexto o de temporada sin mediación. Por ejemplo, decir que en Bolivia hubo Golpe de Estado -tesis sostenida por el MAS-, va de la mano del argumento de que el año pasado se dio una nueva "recuperación de la democracia" -idea de algunos cercanos al nuevo gobierno-. La dupla analítica que fue muy útil en los ochenta -Golpe y recuperación; dictadura y democracia-, perdió potencia y más bien se convirtió en argumento político de unos y otros. A casi cuarenta años de 1982, explicar el acontecer con esas categorías vetustas es como querer desempolvar un vestido del armario de los recuerdos para ir a la próxima fiesta. No funciona.

Por otro lado, hay que ser extremadamente cuidadosos en las generalizaciones que pueden llevar a errores garrafales. Me explico. Buena parte de la izquierda colonialista y ortodoxa internacional -que no la ecuménica y renovada- leyó lo que sucedió en Bolivia como el ascenso de la derecha creyente conservadora. Se comparó una y otra vez a Añez con Bolsonaro, y quizás la imagen que más circuló fuera del país fue la de la presidenta con la Biblia en mano en el Palacio recibiendo la banda presidencial de un militar. El error estaba en que en vez de leer el asunto religioso y político desde la complejidad interna del país, se lo hacía a partir de la experiencia brasilera. La trampa era que, como siempre pasa en los países pequeños, se hablaba de Brasil para explicar Bolivia. Es como estar en una cama elástica saltando con un elefante al lado: toda la atención va a ir para el peso pesado y desde ahí se dará cuenta

de lo pequeño considerándolo como un anexo que responde sólo a la influencia del poderoso. Esa actitud colonial se filtró en muchos intelectuales que veían lo que querían, y metían todo lo que pasó en la nación muy compleja y contradictoria, en una gran ola conservadora latinoamericana. En suma, no explicaban nada, aunque el argumento sí servía para sensibilizar a ingenuos fuera del país.

Considero que los procesos hay que leerlos en el contexto de sus países y tender cautos puentes analíticos si es necesario. Por ejemplo, mientras que muchas plumas se han activado para hablar de la nueva derecha latinoamericana -homogeneizando y aplanando diferencias-, nadie hizo una comparación fina entre el movimiento de Chile y el de Bolivia que no sólo se dio en los mismos meses sino que, es una hipótesis, tenían muchos más elementos en común que diferencias. Habrá que explorar esa idea, pero tengo la impresión de que el desencanto chileno y el malestar boliviano son primos hermanos; que la indignación frente al poderoso, la sed de democracia, la participación de jóvenes y tantos otros factores, fueron transversales a ambas naciones.

Por último. Todo acontecimiento es un desafío para la interpretación. Si a algo nos obliga lo sucedido en Bolivia, es a exigirnos pensar de otro modo, buscar nuevas categorías, frescas, imaginativas, autónomas y precisas. Sólo así podremos, al menos en parte, acercarnos a una lectura renovada de ese doloroso episodio de nuestra historia.

ADENDA 2

El eco de Octavio Paz
(junio, 2020)

En México se ha generado una discusión sobre las posiciones políticas de Paz, al calor del escenario actual. Los dos polemistas son Enrique Krauze, quien se reclama su heredero intelectual y abierto defensor del liberalismo, y el senador de MORENA Martí Batres. El fantasma del controvertido intelectual sigue levantando polvareda; a más de dos décadas de su partida, todavía reinterpretan sus decires para ver a quién queda al mejor abrigo de su sombra.

Batres en su artículo "Izquierda y derecha en Octavio Paz" (*El Financiero*, 01/06/2020) marca distancia pero subraya su admiración intelectual y resalta los momentos en los que el poeta fue crítico al poder establecido (su renuncia como embajador en India en 1968, su condena al golpe de Estado en Chile en 1973, su apoyo a Julio Scherer y la libertad del periodismo en México). Se detiene en un largo episodio, en el que coincide con Krauze, donde Paz es tan duro con la izquierda como con la derecha:

> "Los de izquierda no han podido unirse ni, lo que es más grave, han sabido elaborar un programa de veras nacional que, simultáneamente, sea viable y corresponda a la realidad real de México. La izquierda está paralizada por una tradición dogmática y por su pasado stalinista. La derecha no existe, al menos como pensamiento

político. Hay que repetirlo: nuestra obtusa derecha no tiene ideas sino intereses..."

Luego prosigue el senador con momentos en los que Paz se refiere al PRI, al PAN y al Partido Comunista. Resume sus argumentos y recuerda que el intelectual anotaba "la inexistencia de una tradición socialista democrática". Concluye Batres que "a la luz del tiempo, podemos ver que la izquierda se unió, se apoyó en la historia de México y rompió con los dogmas que le impedían ser mayoría"; en suma, respondió a los anhelos del premio Nobel. En cambio la derecha "no pudo elaborar pensamiento; nunca dejó de ser una coalición de intereses económicos", y califica a Krauze como promotor de un "discurso oscurantista".

Enrique Krauze escribe "Octavio Paz y la izquierda" (*Reforma*, 31/05/2020). Cuestiona que los eternos detractores de Paz ahora lo reivindiquen, y divide a la izquierda entre "aquella que escuchó a Paz y cambió" y la que persistió "en su tradición dogmática" (donde, según él, se ubicaría Batres). Continúa con una selección de extractos del literato donde se refiere básicamente a la izquierda y concluye, como normalmente lo hace la izquierda cuando desempolva a Marx o a Lenin, con la frase "hoy más que nunca, el pensamiento de Paz está vigente". Reproduzco algunas citas:

> "Los grupos que desean el cambio en México […] deberían examinarse a sí mismos y hacer la crítica de sus actitudes y sus ideologías. Entre nosotros abundan los teólogos soberbios y los fanáticos obtusos: los dogmas petrifican". ("Reflexiones sobre el presente", 1973)
>
> "La izquierda mexicana ha cubierto la realidad real del país con una capa de fórmulas y lugares comunes. Hubo un obscurantismo clerical; ahora hay un obscurantismo progresista". ("La Universidad, los partidos, los intelectuales", 1977)

> "El dogmatismo fue, en el pasado, un rasgo que distinguía a los conservadores. La izquierda era crítica y antidogmática. Hoy el dogmatismo se ha refugiado en la izquierda. Es una prueba más de que la antigua clasificación entre izquierda y derecha pierde más y más sentido". "conversación con Paz, 1985)
>
> "No olvide que lo que hoy llamamos izquierda, comenzó en el siglo XVIII como un pensamiento crítico. La gran falla de la izquierda -su tragedia- es que una y otra vez, sobre todo en el siglo XX, ha olvidado su vocación original, su marca de nacimiento: la crítica. Ha vendido su herencia por un plato de lentejas de un sistema cerrado, por una ideología". ("El poeta en su tierra", 1994)

No estoy seguro de la utilidad de las reflexiones de Paz en el contexto actual. Tengo la impresión de que un debate, acaso el más superficial, se da en los polos ideológicos bien representados en la dupla Krauze-Batres. Para ellos, el uno es la izquierda no renovada, y el otro es la derecha sometida a intereses económicos privada de ideas. Pero el *lópezobradorismo* y en general la composición de MORENA es más pragmática, ecléctica y abigarrada; es decir que, en otro nivel, es menos ideologizada: ahí se juegan intereses concretos, operativos, alianzas estratégicas que escapan al corsé de las ideas puras y que son, al final del día, las que hacen la política diaria. ¿Cómo entender el enorme respaldo empresarial a AMLO, su cercanía con Carlos Slim o Manuel Bartlett, la presencia de cristianos conservadores en el gobierno? ¿cómo explicar las lógicas corporativas en decenas de sectores que se mueven por pequeños acuerdos y prebendas mínimas o generosas siempre funcionales y eficaces? Sobran los ejemplos, pienso en las bases perredistas de mi colonia en la Ciudad de México

que se convirtieron a MORENA cuando vieron que así iban a tener mejores réditos.

Dicho de otro modo, en cierto sentido -y matizo mi afirmación-, la matriz analítica izquierda-derecha no es necesariamente la que más aclara y permite explicar el panorama político actual, o en términos del propio Paz, "antigua clasificación (…) pierde más y más sentido", o al menos no es la única ni la dominante. Batres trae una cita de Paz que, cambiando las mayúsculas, se aplica a muchos: "El PRI no es un partido que ha conquistado el poder: es el brazo político del poder". Con un simple ajuste, en ese guante cabe MORENA, o el MAS (en la Bolivia de Evo como presidente). Es decir, en ese punto, el problema no es la posición ideológica sino el control del poder y la desesperación por no dejar que se vaya de las manos.

Pero si a pesar de lo anterior tomamos en serio el debate, hay cierta sabiduría en el ensayista que vale la pena retomar, y lo digo como ciudadano de una de las izquierdas latinoamericanas (no olvidemos que hay muchas, y que las más vistosas y dominantes no son ni las únicas ni las más pertinentes).

En la crítica de Paz a los horrores del stalinismo, advierte que la izquierda no asume sus propios crímenes: los matiza, los disimula, los oculta, o simplemente miente. Nada más cierto- Orwell escribió mucho sobre el tema-. Por ejemplo, siguiendo el caso boliviano, buena parte de las comisiones de derechos humanos -extranjeras y algunas nacionales- sólo ven las matanzas cuando son cometidas en gestiones de derecha, y omiten con escandalosa desvergüenza las de los regímenes de izquierda. Y ojo que no es un tema de números, por principio toda vida segada cuenta, y su defensa es una exigencia que nada tiene que ver con la posición política de la víctima, ni con la de la autoridad.

En el caso de los últimos acontecimientos de octubre -noviembre del 2019 en Bolivia, se denunció las muertes del

gobierno de Jeanine Añez, pero no se mencionó los decesos sucedidos en múltiples circunstancias en los 13 años de gobierno de Morales. Es más, se ocultó tendenciosamente que al menos tres de los muertos en esos dramáticos días, fueron opositores a Evo asesinados mientras se manifestaban en su contra. ¿En qué quedamos? ¿hay muertes de primera y de segunda de acuerdo a quién afecta? ¿los responsables de izquierda no son tan responsables como los de derecha? Otra vez con Paz, la izquierda debería asumir sus crímenes y castigar a sus culpables en vez de justificarlos con retórica engañosa.

También es fundamental el esfuerzo incesante, difícil y desafiante por mantener una postura crítica, rol que debería ser el corazón de la intelectualidad progresista. Si la crítica no proviene del mundo de las ideas, ¿de dónde vendrá? Si los intelectuales nos sometemos a las exigencias propias del campo político, todos perdemos. Paz vio con claridad el peligro de que ganen la batalla los "teólogos soberbios y fanáticos obtusos", sepultando la "vocación original" de la izquierda que nació siendo "crítica y antidogmática". Suscribo el llamado de atención del ensayista: hoy "el obscurantismo progresista" se ha apoderado del pensamiento de cierta izquierda -o de *su* izquierda- y ha exiliado a toda voz disonante.

En los episodios de Bolivia del año pasado, el apelativo de "traidor" circuló como nunca en boca de los promotores del nuevo pensamiento único de la "auténtica" izquierda contra nombres que simplemente no repetían el libreto oficial de Evo Morales y Alvaro García. Intelectuales y activistas como Luis Tapia, Silvia Rivera, Pablo Solón, Rafael Puente, Raúl Prada y tantos otros fueron acusados de "hacerle el juego a la derecha", por decir lo menos. A mí no me fue mejor.

Es curioso, el transitorio autoexilio de Evo en México permitió a la izquierda mexicana cerrar sus dispersas filas al lado de los ilusionistas bolivianos que vendían el relato del golpe de Estado. Se refugiaron todos en una dogmática y có-

moda trinchera que no permitía ver los excesos, los abusos de un presidente que, más allá de su lejano origen indígena, había devenido en una autoridad despótica. Incluso, por ejemplo, Carmen Aristegui que se caracterizaba por cierta equidad periodística dando la voz a las partes de un conflicto, entrevistó repetidas veces y con entusiasmo a Alvaro García y no a Carlos Mesa, que era, en ese momento, la contraparte que tenía otra visión de los hechos. Así, con facilidad se posesionó la tendencia dogmática y conservadora que aplanó cualquier disidencia.

En suma, la izquierda mexicana, y lo que queda de la boliviana, bien debiera releer a Paz no necesariamente desde el tenor de la discusión Krauze-Batres, sino desde el código crítica y autocrítica. De lo contrario está condenada a repetir los errores y convertirse en los conservadores de este tiempo. No olvidemos a Paz: "los dogmas petrifican".

Esta edición se terminó de imprimir
en julio de 2020 en los talleres del
Grupo Impresor SRL
Av. Abdón Saavedra 2120, Sopocachi, La Paz, Bolivia

ISBN: 978-99974-16-40-7